

Almost ² in love



Adriana LS Swift
Pandora

Almost ²

in love



Adriana LS Swift
Pandora

Almost ²

In love

Almost ²

In love

Adriana L.S. Swift

Pandora

©Adriana L.S. Swift, 2017

©Almost in love (2), 2017

©Pandora, 2017

Apartado de Correos 4015, 24010, León (España)

www.pandora-magazine.com

info@pandora-magazine.com

©Edición de cubierta: Pandora

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Registrado en Safe Creative.

Código de registro: 1709253598225

Editado en España.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Índice

Prólogo	13
I	19
II	31
III	49
IV	61
V	77
VI	111
VII	127
VIII	147
IX	173
X	189
XI	209
XII	221
XIII	237
XIV	257
XV	267
XVI	293
XVII	303
XVIII	315
XIX	335
XX	357
Epílogo	371

*A los buenos profesores,
por contribuir a hacer un mundo mejor.*

«Con las alas livianas del amor salté estos muros
pues que para el amor no hay límites de piedra,
y lo que el amor puede, lo ha de intentar amor.
Tus parientes no han de poder intimidarme»

Romeo a Julieta. Segundo acto, escena II,



Prólogo

Diciembre, 1987

Una boda no es una simple celebración a la que invitar a familiares y amigos. Es el momento en el que te comprometes con la otra persona a amarla y protegerla, a pasar tus buenos y malos momentos con ella. Y eso es algo que Carles y Silvia saben bien. Ambos acaban de salir de una pequeña iglesia de un barrio de Barcelona que nada tiene que ver con el suyo. Es el único en donde les han permitido casarse de esta forma. El sacerdote que ofició la boda pensó que ella estaba embarazada; de ahí las prisas y el secretismo.

Pero nada tenía que ver con eso.

—Voy a entrar contigo —le repite Carles a las puertas de la casa de Silvia.

—Pero es mejor que sea yo sola la que...

—Soy tu esposo —le recuerda—. Nadie podrá impedirme que esté a partir de ahora a tu lado.

Coge su mano y deposita un beso sobre el anillo que hace menos de una hora le puso en el altar.

Ella asiente, dejando escapar un suspiro antes de llamar a la puerta.

Segundos después, el personal de servicio les abre la puerta. Silvia y Carles entran y se dejan guiar por las alegres voces de conversaciones cercanas, provenientes del señorial salón del palacete en donde Silvia vive.

—Está Jordi —susurra Silvia a su esposo con horror.

Él, igual de aterrorizado, traga saliva y se arma de valor, un valor que sólo tiene cuando está al lado de su ahora esposa.

—En unos minutos, todo habrá acabado —le dice él, cogiendo su mano con fuerza y dando los últimos pasos hasta entrar por fin a aquel salón, en donde encuentran a ambas familias reunidas, charlando como tienen costumbre.

Y no hace falta que ella llame de ninguna forma la atención. Ellos han ido dándose cuenta con rapidez de que algo está sucediendo cuando ven a Carles y Silvia de la mano en el umbral de la puerta.

—¿Qué significa...? —comienza a decir el padre de Jordi con voz atronadora, en cuando ven que la pareja no suelta sus manos y tampoco emiten palabra alguna.

—Por favor, Joan —le reprende Carla, la madre de Silvia—. Hija, ¿qué es lo que sucede?

Pero ésta se ha quedado muda. No puede dejar de mirar a Jordi, que se cruza de brazos en aquella butaca, al lado de su propio padre. Tiene una expresión calmada, todo lo contrario que su padre. Ve como éste se levanta y posa la mano sobre el hombro de Jordi a modo de apoyo emocional.

Su padre ya se ha posicionado, y no ha sido a su lado precisamente.

—Queríamos comunicarles que Silvia y yo nos acabamos de casar.

Y a Carles le ha costado media vida pronunciar esas palabras sin que le tiemble la voz al hacerlo, pero si no era él, Silvia no iba a ser capaz. Y ya no importa que a su alrededor comience todo el mundo a gritar, llorar y a amenazar con cientos de barbaridades a ambos. No, no importa nada de eso. Ellos van a irse de aquí juntos, a su nuevo hogar. No les importa si nadie apoya su decisión; podrán vivir con eso. Sólo han querido hacer las cosas medianamente bien; todo lo mejor que han podido dadas las circunstancias.

—Mamá, Adrià, por favor —interrumpe con rotundidad Jordi, silenciando a todos como por arte de magia.

Se dirige hacia Silvia y Carles. Éste se coloca delante de su esposa, temiendo lo peor.

—Jordi, vamos a hablar las... —comienza a decirle.

Pero Jordi tiene otra cosa en mente. Abraza a Carles y acto seguido a Silvia, dejando asombrados a todos los presentes.

—Enhorabuena —les dice todavía de pie frente a ellos.

—Jordi, nosotros... ¿Está todo bien? —pregunta Silvia, sin creerse lo que acaba de suceder.

—Sois mis amigos y si vosotros sois felices, yo también —contesta con una gran sonrisa. Se gira hacia sus familias y añade—: Todos deberíamos estar felices con esto si realmente los queremos.

A partir de ese momento, todos ellos hacen un esfuerzo por mantener las formas. No parecen contentos con la situación pero vuelven a ser las familias de clase alta que son y, como tal, deben hacer gala de un saber estar diferente al que podría verse en otra casa de nivel no tan elevado. Ante todo, hay que mantener la compostura.

Lo que nadie se explica, ni en ese momento ni cuando todos se despiden en buenos términos, es el motivo por el que Jordi ha reaccionado tan cordialmente. Y es que ni él mismo lo sabe. Lo que tiene muy claro es que jamás, por ninguna circunstancia, perdonará lo que ambos le han hecho.

Nunca perdonará que un Calçó haya sido quien le haya arrebatado al amor de su vida.



I

Diciembre, 2014

Ernest

No puedo dar clase. No puedo estar con Marta. No puedo involucrarme en ciertos trámites de la empresa de mi padre. Y yo me pregunto, ¿qué sigo haciendo en Barcelona?

Ah, sí. Se me olvidaba. No puedo salir del país hasta que se resuelva el gran lío que se ha formado con aquella denuncia.

Vuelvo a levantarme del sofá y paseo como lobo enjaulado por el salón. Necesito salir de aquí, pero no quiero ver a nadie. Tampoco cojo el teléfono si no es mi padre o Elise, que se ha enterado de lo sucedido y me llama cada pocas horas para ver cómo me encuentro.

Como una mierda, así me encuentro en este momento.

Han pasado solamente cuatro días desde mi detención y no consigo calmarme. Al menos, mi padre envió al mejor abogado de Barcelona y en pocas horas estaba fuera de comisaría, por lo que no hubo tiempo para que la prensa se enterara de lo que había sucedido. Ni siquiera los alumnos saben nada todavía, aunque hoy Eugeni, el único que a

día de hoy sabe algo, tendrá que ir a mi clase a dar explicaciones del por qué de mi suspensión temporal y...

Vuelvo a sentarme y enciendo la televisión. Después de unos segundos de zapping, la apago y dejo caer el mando encima de la mesa. ¿Qué hará Marta cuando se entere de lo que ha pasado? Puede que me odie y no quiera saber nada, o puede que quiera hablar conmigo. En el primer caso, no hará falta hacer nada más. En el segundo... No voy a dejar que ella se vea involucrada.

Eso jamás.

Me levanto una vez más. Me acerco a la ventana y observo a la gente saliendo de sus casas, camino del trabajo. Tienen suerte aunque ellos en este momento estén deseando acabar la jornada y volver a su hogar. Daría lo que fuera por poder estar ahora mismo entrando por la puerta de aquella clase, buscando con la mirada a mi bella noiava. La extraño tanto que el pecho me duele al pensar en ella, sintiendo cada segundo su ausencia. Ahora mismo todo lo que sucedió hace días con Josep me parece una soberana idiotez. Desperdiqué un valioso tiempo con estúpidos pensamientos, pudiendo haber estado con ella, disfrutándola día y noche.

La gente continúa pasando por debajo de mi ventana, siguiendo con sus vidas, mientras la mía hace días quedó destruida.



Marta

—O a patinar —propone Montse con la vista perdida en la mesa todavía vacía del profesor.

—¡No! ¡A paintball! —exclama Iona, entusiasmada con su propia idea.

Montse se gira hacia ella, indignada.

—¿Qué mierda dices? ¿A ponernos como guarras de pintura por todas partes?

Montse e Iona van hablando de qué hacer este fin de semana. Personalmente, no me apetece moverme de casa y dejo que sean ellas las que planeen lo que quieran. No sé por qué Iona se molesta en hacer planes con Montse, si a última hora va a dejarnos tiradas o va a querer que sus amigas Pili y Mili vengan, con lo cual, el plan estará chafado desde el principio.

—A ver, chicos, os pido un momento de silencio —escuchamos decir a Eugeni, que entra con seriedad en nuestra clase, cerrando la puerta a su paso—. Tengo algo que deciros.

La gente le mira extrañada. ¿Qué pasa aquí? ¿Ernest no va a venir hoy?

—¿No hay clase? —pregunta Ignasi con tono burlón—. ¿Podemos irnos ya?

Sus amigos le ríen la gracia pero Eugeni hoy parece no estar para bromas.

—Hoy Ernest Calçó no va a venir —nos explica—. Ha tenido una complicación y hasta nuevo aviso, seré yo quien imparta sus clases.

—¿Qué pasó? —preguntan desde las primeras filas.

—No hay de qué preocuparse —intenta calmarnos, escuchando a la gente empezar a alarmarse, hablando de alguna extraña enfermedad—. Puede que todo se aclare y Ernest vuelva pronto a sus clases.

—¿Que todo se aclare? —pregunta ahora Iona, levantando el tono de voz—. ¿Qué es lo que tiene que aclararse?

Nuevos murmullos en el aula. No entiendo qué sucede. Desde que no apareció este lunes en la plaza, no he vuelto a saber de él. No sé si se encuentra bien, si le ha sucedido algo o si ha terminado su trabajo en la empresa de su padre y se ha ido a París.

No sé nada de él, porque ni él ni yo nos hemos molestado en volver a estar en contacto.

—Eso no es algo que me corresponda decir a mí —contesta Eugeni, sacando unos papeles de su carpeta e intentando poner orden en la clase sin ningún éxito.

Y es entonces cuando Pili y Mili intervienen. Se giran hacia Montse, que lleva callada desde que Eugeni empezó a hablar.

—¡Al final lo hiciste! —gritan ambas con emoción—. ¡Oh, dios mío! ¡Te atreviste a hacerlo!

Eugeni las manda callar, pero ellas le ignoran por completo.

—En eso habíamos quedado, ¿no? —las responde Montse, molesta por la emoción de sus dos amigas.

Ellas ríen como locas.

—¡No creímos que fueras capaz! —y comienzan a hablar entre ellas—. ¿Vamos nosotras también?

—¿De qué están hablando? —pregunto a Montse.

—De nada —me responde sin mirarme.

Iona observa la escena e interviene.

—Montse, ¿qué has hecho? —le pregunta.

—Lo que tenía que hacer, nada más.

—¡Ha denunciado a Ernest por acoso! ¿A que es eso? —le dicen Pili y Mili casi al unísono, echándose a reír.

Eugeni consigue hacerse con el control de la clase amenazando con un examen. Pero yo no puedo ni escucharle.

—Montse, ¿has hecho eso? —pregunta Iona en bajo, mientras la clase ya ha empezado.

—No podía hacer otra cosa —se disculpa cabizbaja—. Espero que me apoyéis porque estoy pasando un momento muy...

—¿Que te apoyemos? —le digo, poniéndome en pie sin poder controlar mi ira—. ¿Dices que te apoyemos? ¿En qué quieres que te apoyemos? ¡Di!

—Marta, haz el favor de... —escucho a Eugeni decirme.

—¡Lo estoy pasando fatal! —contesta Montse con lágrimas en los ojos.

—¿Lo estás pasando fatal? ¡Ernest no te ha acosado en su vida!

Iona me agarra, intentando que me siente y no siga gritando.

—¡Lo hizo! —y ahora Montse también se levanta—. Ernest no es ningún santo, ¿sabes?

—Sé bien cómo es Ernest y en esta clase no hay nadie que piense que es un acosador.

—¡Marta! ¡Siéntate y cállate o vas fuera! —me amenaza Eugeni.

—Bueno, nosotras sí que... —comienzan a decir las dos borinots.

Y me tienen todos hartos.

—Vosotras sois solamente un par de...

—¡Siéntate, joder! —me grita Iona, tirando tan fuerte de mí que hace que me siente al momento.

—¡Si vuelvo a escuchar una palabra más, os dejo la asignatura suspensa y os volvéis a matricular el año que viene!

Muy bien, no volveré a decir una sola palabra.

Comienzo a recoger mis cosas.

—¿Qué haces? —susurra Iona.

—Me voy.

—Quédate y luego lo hablamos con tranquilidad.

Ni siquiera contesto. Tampoco respondo a Eugeni, que me pregunta con tono autoritario dónde voy.



A él se lo voy a decir...

Ernest

Escucho que alguien está abriendo con llave la puerta de casa y me giro hacia allí, sorprendido. Veo a Marta entrar a toda prisa, con los ojos llenos de lágrimas. Voy a levantarme pero ella llega hasta mí antes de darme tiempo a moverme.

—¿Por qué no me dijiste lo que pasaba? —pregunta entre lágrimas, abrazándome—. ¿Por qué no me contaste lo que Montse había hecho?

—Marta, deberías estar en clase, ¿qué es lo que...? —le digo, intentando que me mire.

—¡Debiste decírmelo, maldita sea!

Sigue llorando y me abraza con fuerza, impidiendo que me mueva. Parece ir calmándose ella misma poco a poco, y es entonces cuando aprovecho para soltar sus brazos de mi cuello y hacer que se siente a mi lado para poder hablar con ella.

—No quería meterte en esto —es lo primero que le digo.

—Iba a acabar enterándome, pero tú no me dijiste nada; no es justo, Ernest, no has sido justo conmigo. Me he enterado de la peor forma posible y me siento como una estúpida.

Sigue llorando pero no con la misma intensidad.

—¿Eugeni? —pregunto.

—No, él no dijo nada, fueron las dos borinots y Montse.

Así que a estas alturas, toda la ciudad debe saberlo. Y pronto los Casals...

—Siento lo que está pasando —y con todo el dolor de mi alma, pronuncio las siguientes palabras—: siento que te hayas enterado de lo que sucedió con Montse de esta forma. Sé que tuve que contártelo y no dejarte creer que me alejé de ti por lo de Josep, pero...

Ella cambia su gesto y abre los ojos con asombro.

—¿Qué es lo que has dicho? —pregunta con lentitud.

—No sé hasta dónde te ha contado Montse, pero te pido disculpas por...

—No, no, no... Espera... —frota sus ojos y vuelve a mirarme—. Esto no es cierto. Tú no le has hecho nada a nadie. Montse ha mentido al hacer lo que...

—Marta, sólo espero que algún día me perdones.

Aguanto las lágrimas todo lo que puedo mientras veo a mi noiava comenzar a llorar de nuevo en silencio. Me mira como si no me conociera, como si luchara contra ella misma para no creer lo que le estoy diciendo.

—Me estás mintiendo. Tú no eres así. Yo te conozco —comienza a decir como para ella misma.

—Sólo nos conocemos desde hace pocos meses —le recuerdo.

—Con un solo día fue suficiente para...

—¡No somos los protagonistas de una película, Marta, ésta es la vida real!
¡Despierta! ¿De acuerdo?

Me levanto después de gritarle aquello, yendo hacia la ventana del salón.

—Ernest —la escucho decir, de nuevo a mi lado—. Por favor, no me hagas esto.
No intentes que crea que...

—No intento que creas nada. Te digo lo que hay, nada más.

—¿Estás queriendo decir que quisiste abusar de Montse?

Su voz ahora es casi un susurro.

—Se me fue de las manos —contesto secamente sin mirarla.

—No es cierto —sigue diciendo como en bucle—. Eso no puede ser...

—Deja las llaves en el hall cuando te vayas —es lo único que le contesto.

Se hace un horrible silencio en este momento. Lo único que se escucha es el sonido de una obra a lo lejos y conversaciones descuidadas de algunos de los vecinos bajo esta ventana.

Marta no vuelve a pronunciar palabra. Me tira las llaves al suelo, a mi lado, corre hacia la puerta y se va dando un estruendoso portazo.

Me deja solo, como nunca antes me había sentido hasta ahora.



II

Ernest

Voy a acabar volviéndome loco según mi abogado. Tengo que salir, me dice. Me tiene que dar la luz del sol. Creo que eso lo dice para que aproveche ahora, antes de que me metan entre rejas durante una buena temporada. Porque ahora a otras dos alumnas, Pilar y Aurora, les ha dado por denunciarme también, y esto ya ha salido hasta en las noticias. Es muy goloso el tema: profesor universitario, recién llegado de París, acosando a alumnas de la EBU.

Maravilloso.

—Sé que las cosas no pintan bien —me repite Bruno, mi rechoncho y bonachón abogado fuera de la oficina, y cruel y despiadado en su trabajo—, pero nada es imposible —se levanta para irse después de nuestra reunión—. Piensa en lo que te dije, d’acord?

—Te dije que no iba a hacerlo.

—Pero es tu única coartada en los tres casos —me dice, intentando que recapacite—. Ella puede echar por tierra las tres denuncias.

—Te he dicho que no voy a meterla en esto y te prohíbo que lo hagas tú —le digo tajante.

Él niega con la cabeza, compadeciéndome por mi decisión. No pienso ceder. Me da igual lo que me diga ni cuánto tenga que estar en la cárcel. Ella va a quedar al margen

de todo esto.

Cuando Bruno se va, me acerco a la cocina, esperando que me entre el apetito al ver la comida que él mismo me ha traído. Me quedo mirando las baldas del frigorífico de nuevo llenas y cierro la puerta en cuanto el frío se me hace molesto. Hace tres días tomé una sopa; creo. Mañana a lo mejor sí que consigo comer de nuevo, puede que me levante con algo de hambre. Pero en cuanto siento que me estoy despertando, el peso de los problemas me aplasta y no soy capaz de aligerar la carga el resto del día.

Vuelvo al sofá, cojo la manta y me la echo por encima. En la calle llueve de manera racheada en este día de mierda de pre-nochebuena.



Marta

—¿Entonces te quedarás en casa? —pregunta mi padre en la cena.

—Yo le dije que viniera conmigo si quería... —dice Iona, sentada a mi lado.

—No me apetece ir a ninguna parte —respondo a mi padre, mirando de reojo a Iona—. No sería tampoco la primera navidad que paso sola. Son días normales...

No, en mi familia no son de celebrar la navidad. Más bien no son de celebrarla conmigo. Siempre me quedaba con algún familiar de pequeña, ya que mis padres se iban primero a ver la marcha de los restaurantes y luego a cualquier país del mundo lo suficientemente lejos como para no poder siquiera llamarme. Fui creciendo y de vez en cuando me quedaba con alguna de mis amigas, pero creo que este año no quiero ni moverme de casa.

Para qué...

—Pero promete que tendrás cuidado —dice mi madre con calidez, llevándose el tenedor a la boca con un nuevo trozo de entrecot.

—Es pensar en lo que hizo ese desgraciado y... —mi padre trata de calmarse y prosigue—. Cuánto me alegro de que lo vayan a meter en la cárcel; cuanto más tiempo, mejor. Y pensar que pudiste encontrarte con él algún día y...

—Pero no sucedió nada —se apresura a decir Iona, intentando que Montse, aquí

presente, no diga que nos daba clase.

A Iona y a mí nos costó explicar a mi padre que Ernest nunca me dio clase. Por suerte en las noticias no han dicho la asignatura que impartía, sólo la facultad, y se ha quedado algo más tranquilo.

—Tuvisteis suerte —dice ahora Montse, con ese aire taciturno que tiene desde hace semanas.

—Ese desgraciado... Un Calçó tan cerca de mi hija...

Mi padre lleva días sin tener otro tema en su cabeza. Y a mí me duele que me mencionen tantas veces a Ernest, por lo que llevo también días con el ánimo por los suelos. Todavía no sé qué pensar de todo esto. Montse fue mi amiga antes de conocer a Ernest y ella parece estar pasándolo mal. Pero Ernest... Conozco a Ernest, él no es capaz de hacer nada de lo que le acusan ni Montse ni Pili y Mili. No, no es así. Me da igual que él me lo reconociera cuando fui a su casa. No me importa. Él no es así, es mi noiva, haya pasado lo que haya pasado. En este tiempo he sido incapaz de hablar como antes de todo esto con Montse. Hoy está aquí invitada por mis padres, porque ellos creen que seguimos siendo amigas y no quiero levantar sospechas, así que le trasladé la invitación con una gran sonrisa. Pero sigue sin cuadrarme todo esto. Iona tampoco las tiene todas consigo pero prefiere no remover las cosas.



Pero yo...

No puedo.

—Montse, no nos has contado nunca lo que pasó —le digo de forma distraída mientras me peino frente al espejo de mi habitación.

Hemos subido un rato después de que Xavi llevara a mis padres al aeropuerto, esta vez para coger un vuelo a Kenia. Se van a pasar estos días de safari, viendo cómo unos animales se comen a otros. Un plan formidable para unas navidades...

—Sé que te gustaba Ernest y no quiero... —se disculpa.

—Ya no me importa —insisto—. Y te vendrá bien echarlo fuera.

Veo la mirada que me echa Iona por el reflejo del espejo, sabiendo lo que pretendo. Sacude la cabeza en señal de desaprobación pero no dice nada.

—Bueno, fue el lunes siguiente de ir a París —comienza a decirme—. Yo tenía unas dudas con respecto al trabajo que teníamos que presentar sobre la visita y fui antes de entrar a su clase...

—¿Antes? —pregunto, procurando que no se me note el nerviosismo que siento ahora.

Y creo que Iona está igual que yo. Cuando Montse empezó a hablar, ella seguía leyendo un libro pero en cuanto ha dicho aquello...

—Sí, antes —repite, parece que intentando aguantar las lágrimas—. El lunes llegué antes a la facultad y subí a su despacho. Y él empezó a decirme que en París se había dado cuenta de lo mucho que yo...

Desconecto a partir de ese momento. Miro a Iona, que tiene los ojos tan abiertos que pareciera que se le fueran a saltar de la cara. Ella sabe que el lunes y el martes Ernest y yo desayunamos juntos, como muchos otros días hacemos. Que llegamos allí casi a la hora a la que abre la facultad. Ernest suele llegar antes para prepara todo y yo llego justo cuando Fermín, el bedel de la facultad, está comprobando que todo esté en orden antes de que los alumnos lleguemos. Lo saludo y luego subo al despacho, en donde Ernest ya ha preparado todo y desayunamos con tranquilidad hasta la hora a la que empieza el movimiento en la facultad. Eso es precisamente lo que sucedió tanto el lunes como el martes.

Pero eso Montse no lo sabe.

—...y salí de allí corriendo, antes de que empezara su clase —concluye, tapándose la cara con las manos, emitiendo falsos sollozos.

Será hija de...

—Ya pasó, Montse, no te preocupes —le digo, sentándome a su lado y poniéndole la mano en su hombro—. Estamos aquí contigo. No te va a volver a hacer nada.

Iona sigue en shock, primero por lo que acabamos de descubrir y luego por mi reacción. Pero mi mente está más allá de esta conversación y hago un esfuerzo sobrehumano para contenerme y no estropearlo todo.

Porque en este instante me gustaría comenzar a gritar y echarla de mi casa para no volver a verla jamás.



Ernest

El sonido del timbre del portal me despierta de golpe. No sé qué hora es. De noche, es de noche a juzgar por la luz de farolas que se cuelga por la ventana del salón. No quiero ver a nadie, joder... Me echo la manta por encima y cierro de nuevo los ojos, intentando volver a coger el sueño.

El timbre suena una vez más, ahora con más insistencia.

Me levanto de malas, maldiciendo a quien esté llamando vete tú a saber a qué horas de la noche.

—¿Sí?

—Ábreme, soy yo.

Sacudo mi cabeza para despertarme del todo. He creído escuchar a Marta pero eso no puede ser. Ella no...

—¿Quién?

—Ábreme ya mismo, no estoy para bromas —me exige ella.

Creo que es porque mi cerebro todavía no ha despertado del todo o por la debilidad que desde hace días siento, pero abro en cuanto me lo ordena. Y antes de poder siquiera llegar a la puerta, escucho que llama.

Al abrir, veo a mi noiava calada hasta los huesos, con su melena rubia cayéndole por los hombros y los ojos enrojecidos, no sé si de ira o de tristeza.

—Marta, ¿qué es lo que...?

Ella pasa y cierra la puerta. Tira al suelo su empapado abrigo y se lanza a mis brazos, besándome con la misma intensidad que siempre, con el mismo amor, la misma ternura. Nuestros cuerpos se reconocen y hierven al instante. Y cuando creo que esto va a pasar de un beso, ella se separa de mí. Respira con dificultad, alterada, no sé si por el momento o por otra cosa.

—¿Por qué me hiciste creer que eras culpable? —es lo primero que me dice.

—¿Cómo?

—O empiezas a hablar con algo más que monosílabos o...

Me río, pero el esfuerzo de haberme levantado y aquel beso, hacen que tenga que apoyarme en el mueble del hall.

—Muy bien, lo siento —le digo—. ¿Por qué dices que yo te hice creer eso?

—¿Qué te pasa? —pregunta con el ceño fruncido.

Y creo que se ha dado cuenta de mi estado actual por cómo me mira.

—Me despertaste, estoy cansado —explico.

—Tienes mala cara —comienza a decir, mirándome de arriba abajo mientras se hace una coleta—. Y estás... más... ¿Por qué estás tan delgado y con esas ojeras y...?

—¿Has venido a reñirme? —protesto, yendo al sofá, seguido por ella.

Me siento, pero ella se queda de pie, con los brazos cruzados y sin desfruncir el ceño.

—¿Qué has comido hoy?

—Ay Marta, por favor... —me quejo con gesto cansado, echándome la manta de nuevo por encima.

Ella no contesta. Veo cómo se acerca a la cocina y me obligo a mí mismo a levantarme para ir detrás de ella. Al llegar tengo que sentarme en uno de los taburetes mientras ella observa en el frigorífico la comida que Bruno trajo hace unas horas.

—¿Hace cuánto que no vas a la compra? —me dice sacando una bolsa de carne.

Empieza a rebuscar en las puertas inferiores y saca una bolsa pequeña de patatas, recién comprada también por Bruno.

—Es comida de hoy —contesto.

—Tú no comprarías los yogures de esa marca —me explica mientras empieza a pelar un par de patatas, encendiendo a su vez la freidora—. Alguien te está trayendo comida.

Sonrío con su inteligencia.

—Mi abogado —digo por fin.

—¿Por qué no estás yendo tú? —vuelve a preguntar—. Y lo más importante, ¿por

qué ni siquiera estás comiendo lo que te trae?

Me quedo callado ante sus preguntas, las cuales considero retóricas.

—¿Por qué has venido, Marta?

Ella suspira antes de contestar.

—Porque, aunque me hayas intentado echar de tu lado para no meterme en problemas, yo he seguido pensando que tú no habías hecho nada. Y hoy Montse nos contó lo que supuestamente había pasado.

—No quiero que tú estés en medio de todo esto —me apresuro a decir.

—No es decisión tuya, noiva, voy a hacer lo que yo considere que...

Escucho de nuevo esa forma de llamarme y, si tuviera fuerzas suficientes, me echaría a llorar de alegría.

—Ven aquí, por favor —le pido, extendiendo una mano hacia ella.

Me mira todavía medio enfadada pero deja lo que tiene en las manos y se acerca a mí. La abrazo de nuevo con las pocas fuerzas que me quedan y agradezco que ella me devuelva el abrazo.

—Esto no te va a librar de la bronca que voy a echarte hasta que me canse —amenaza, haciéndome reír de nuevo.

¿Hacía cuánto tiempo que no reía?

—Haz lo que quieras, pero no te metas en medio de todo esto, ¿de acuerdo? —le pido.

—Ya hablaremos después de lo que voy a hacer —se suelta de mi abrazo y se va a sacar una sartén del cajón bajo la vitro—. Ahora necesitas comer algo. Eres como un niño...

—Un niño que te ha enseñado a hacer un filete con patatas —le recuerdo.



Me mira de reojo y la veo sonreír por fin.

He conseguido que se cambie de ropa mientras la suya se seca en el radiador de la

habitación. Se sorprendió cuando vio que sus cosas estaban en donde las había dejado. ¿Dónde iban a estar?

Después de una tardía cena, me encuentro mucho mejor. No es que haya recuperado las fuerzas por completo pero creo que con el estómago lleno y mi novia al lado, la situación es menos mala.

—Pero tus padres se enterarían de todo, y no tienes que pagar por esto —intento explicarle todavía.

Quiere ir mañana mismo a comisaría para que se retiren todos los cargos contra mí. Pero eso implicaría que se descubriera ante todo el mundo. ¿Qué sucedería entonces? Sé muy bien que los Casals no se conformarían con una pequeña reprimenda.

—No es pagar. No has hecho nada y yo soy testigo de ello.

—Pero te preguntarán qué hacías a esas horas en mi despacho.

—Preguntarte dudas antes de ir a clase.

—Y tendrás que hablar de lo que sucedió con Pilar y Aurora.

—No me importa.

Retuerce la manta entre sus dedos, nerviosa.

—Y tus padres no estarán muy contentos, primero al saber que te daba clase, segundo por tener cualquier tipo de relación conmigo, y tercero por defenderme.

—Bueno, soy una adulta y...

—Y Montse va a dejar de hablarte de por vida, igual que las otras dos.

—Me da lo mismo, ¿de acuerdo? —me dice ya de malas—. Me da igual lo que vaya a pasar.

Resoplo, rendido.

—Hablemos antes con mi abogado —propongo—. Me mataría si dejo que hagas algo sin consultarle.

—Muy bien, llámale.

—Si le llamo a la una de la madrugada, no creo que le haga gracia.

—Mañana entonces —insiste.

—Mañana es nochebuena —ella hace un gesto molesto y se recuesta sobre mí,

mimosa—. Por cierto, ¿no deberías estar en casa?

Acariciar el pelo de Marta es algo que no sabía que echaba tanto de menos.

—Mis padres ya se fueron —murmura ella.

—¿Cómo que se fueron?

—Nunca pasan las navidades en casa. Hasta después del día de reyes no vuelven a...

—¿Y tú?

—Con algún familiar, alguna amiga...

Hago que se incorpore para mirarle a los ojos.

—¿Con quién vas a pasar las navidades este año?

—En casa —responde con la boca pequeña.

—He preguntado con quién.

—No soy de celebrar estas cosas... —se disculpa, quitándole importancia.

—Mañana trae lo que necesites y quédate conmigo.

Sus ojos somnolientos se abren de golpe.

—¿Contigo?

—Aquí, conmigo. En casa.

—Tú tendrás tus planes y...

—Mi plan siempre serás tú.

Sonríe y me besa con ternura.

—¿Pasaremos entonces juntos las navidades? —pregunta con ojos emocionados.

—Si quieres, hasta podemos decorar la casa —propongo.

—¿Y poner un árbol?

Su entusiasmo repentino es contagioso.

—Claro, no es navidad si en casa no hay un árbol —respondo, riéndome con ella.

—Pero mañana es nochebuena y tú todavía no tenías el tuyo...

Cojo a mi noiava y la siento encima de mí, rodeándola con mis brazos y besando

un segundo sus labios.

—Siento muchísimo haber intentado alejarte de mí —le confieso, poniéndome serio—. Te prometo que no volveré a hacerlo. Pase lo que pase.

—¿De verdad?

Asiento y ella vuelve a besarme, esta vez con más calma. Veo de reojo cómo se quita disimuladamente el pantalón del pijama.

—¿Tienes calor? —pregunto para hacerle rabiar.

Ella sonrío pero no me responde de forma verbal, sino bajándose mi propio pantalón.

—¿Dónde tienes...? —dice, preguntándome por los preservativos.

—Donde siempre.

Se levanta y se echa a correr hacia la habitación sin la parte de abajo de su pijama, algo que me hace reír. A los pocos segundos aparece de nuevo con pasos más calmados, trayendo en la mano lo que fue a buscar, agitándolo frente a mí. Se sienta de nuevo en mis piernas, con las suyas a ambos lados. Abre el envoltorio ella misma y me lo pone, consiguiendo con ello que mi excitación aumente varios grados de golpe. Se coloca sobre mi miembro y desciende sobre él con lentitud, martirizándose de placer. Nuestros besos se tornan inquietos y ansiosos, mientras ella comienza a subir y bajar calmadamente, parece que disfrutando tanto como yo de esto. Sentir a Marta de nuevo tan unida a mí es lo que creo que necesitaba para volver a estar vivo. Al menos ahora sé que quiero seguir adelante, y eso es más de lo que hace unas horas sentía.

—Te quiero un infinito, noiva —me susurra en cuanto su orgasmo va descendiendo de intensidad junto con el mío.

Sonrío con su dulce y graciosa expresión, adorándola.

—Te quiero otro infinito, noiava —contesto.

III



Ernest

Marta ha salido hace unos minutos para recoger unas cosas de su casa. Me dijo que tardaría un rato pero que estaría aquí a la hora de comer. Y yo me he decidido a salir de casa por fin, después de estas semanas de encierro voluntario. Le prometí que iría a comprar algo para adornar la casa y quiero comprarle también un regalo de navidad, aunque esto no se lo he dicho. Será una sorpresa.

Me ha costado un largo rato decidirme a cruzar el umbral de mi comfortable hogar, pero aquí estoy. El frío viento golpea con fuerza mi rostro cuando salgo a la calle. Hacía tanto que no salía, que me cuesta acostumbrarme al aire helado, a los olores de panaderías y floristerías de alrededor, al ir y venir con prisa de la gente que pasa por mi lado. Siento una angustia repentina y me invaden las ganas de subir corriendo a casa y refugiarme bajo la manta, pero prometí a Marta que, cuando ella llegara, tendría todo listo para empezar a adornar el piso, así que cojo aire, me abrocho el abrigo y comienzo a caminar.

Primero a por su regalo. Lo tengo pensado desde hace tiempo, así que entro en la tienda de arte que hay dos calles más allá de la mía. Un día Marta me habló de un maletín de pintura que había visto en un vídeo de internet. Decía que tenía de todo, que era el más completo que existía; era el sueño de todo artista. Y precisamente ese maletín lo tienen en

esta tienda, como un artículo meramente de escaparate por su prohibitivo precio. Pero si finalmente entro en la cárcel, quiero que Marta me recuerde cada vez que pinte, y creo que no podría regalarle nada mejor. Sí, algo egoísta por mi parte, pero el amor a veces es así, y no pienso culparme por desear que mi noiava me recuerde cuando yo no pueda estar a su lado.

—Buenos días —le digo al dependiente de la tienda, situado detrás del amplio mostrador—. Me gustaría comprar el maletín que tienen en el escaparate.

Levanta la vista y la posa sobre mí, escrutándome con la mirada, pensando si le estaré tomando el pelo o hablo en serio.

—¿Qué maletín? —inquire colocándose correctamente las gafas, saliendo del mostrador.

—Ese maletín —respondo señalándolo.

—Pero se tiene que pagar al momento, no podemos financiar...

Asiento, algo molesto por ese comentario.

—¿Me lo podría envolver para regalo? —le pido, intentando que saque ya el maletín del escaparate y pueda volver a casa cuanto antes.

El dependiente me mira unos segundos más pero por fin se decide y coge el pesado y aparatoso maletín, llevándolo al mostrador, en donde lo posa con cuidado.

—¿Va a pagar en efectivo o con tarjeta? —me pregunta.

Entiendo. Antes de nada quiere saber si voy a poder pagarle para no trabajar en vano.

—Con tarjeta —respondo, sacando la cartera—. En efectivo esa cantidad seguro que no está permitida por blanqueo o algo así...

Frunce el ceño con mi pequeña broma y coge mi tarjeta. Y la cara le cambia cuando es aceptada por el banco. Su atención se vuelve exquisita e incluso me obsequia con varios lienzos para que la persona a la que va dirigida el regalo, pueda empezar a pintar cuanto antes.

Salgo de allí con una gran bolsa que estoy deseando colocar bajo el árbol. Imagino la cara que pondrá mi noiava cuando vea todo esto, y mi ánimo aumenta a cada paso que doy.

Y ahora tocan los adornos. Me cuesta decidirme, ya que hay varias tiendas en

donde poder comprar desde el más pequeño adorno hasta el más grande de los abetos. Al final acabo entrando en un pequeño establecimiento de mi calle. Cojo una cesta en la entrada y comienzo a meter distintos objetos en ella; cuanta más variedad, mejor, ya que no sé cómo querrá adornar la casa.

Suena mi móvil cuando estoy ya haciendo cola en la caja. Es mi noiava y una gran sonrisa aparece en mi cara.

—¿Ya estás en casa? —me pregunta en cuanto se lo cojo.

—Todavía no, estoy en la tienda de abajo comprando los adornos.

—¿Todavía? —dice con tono de desesperación.

—Me he liado un poco, lo siento.

—Yo ya estoy en tu calle, ¿estás en la tienda de Mabel?

—No, en la de enfrente.

—Vaya... Tenías que haber ido a la de Mabel. Me cae bien, ¿sabes?

—El año que viene si quieres...

Escucho su sonrisa al otro lado y me entran ganas de besarla ya mismo.

—Perdona —escucho a alguien decirme a mi lado—. ¿No eres el de la televisión? ¿El que acosó a todas esas pobres chicas?

Joder...

Yo no contesto, pero Marta ha debido de escuchar algo por desgracia.

—¿Quién te ha dicho eso? —me pregunta al otro lado de la línea, con tono de enfado.

—No te preocupes, no es nada —susurro al teléfono para calmarla—. En un momento ya...

—Oye, hablo contigo —vuelve a insistir esa señora—. ¿No me entiendes o es que como no quieres acosarme a mí, no te importa que te esté hablando?

—Disculpe, señora, no quiero problemas —contesto con prudencia—. Sólo he venido a comprar unas cosas y...

—Pásame a esa loca —escucho a Marta decirme.

—¿Eres tú? —pregunta ahora la señora de la caja, en donde acabo de dejar mi

cesta—. Aquí no vendemos nada a hijos de puta como tú. Lárgate ahora mismo y ni se te ocurra pisar mi tienda nunca más.

Guardo mi móvil sin despedirme de Marta; no quiero que escuche todo esto.

—Perdone pero yo no he hecho... —intento explicar, no entiendo a qué viene de repente este linchamiento público.

—¿No has escuchado a la dueña? —me dice ahora una nueva señora—. Vete de una vez, psicópata.

El bullicio que se forma es demoledor para mi estado de ánimo actual. Dejo la cesta en aquel mostrador y voy a comenzar a caminar hacia la puerta cuando veo que por la misma entra Marta, vestida de forma elegante con su abrigo blanco, botas altas rojas y un gorro también rojo, tipo boina francesa. Las gafas de sol que lleva puestas y su manera de caminar, decidida y segura, le dan un porte distinguido que no pasa desapercibido para aquellas señoras que hasta hace un segundo me estaban gritando.

¿Qué es lo que pretende viniendo hacia mí de esa forma?

—Buenos días —le dice a la dependienta.

No me ha mirado siquiera, como si no me conociera.

—Hola, buenos días —le contesta ésta—. ¿Quería algo?

Marta saca de su bolso de Guess la cartera. La abre y deja en el mostrador un fajo de billetes que impresiona a todas las allí presentes. Parece que yo he pasado a ser ignorado, eclipsado por la cantidad de dinero de la que Marta hace gala, no sé todavía por qué.

—Me gustaría comprar algunas cosas para mi casa. Tengo esta semana varias fiestas y alguien me sugirió que saliera de Pedralbes para encontrar adornos más originales y... —echa un vistazo alrededor y vuelve a dirigirse a la atónita dependienta, que sigue sin quitarle el ojo de encima a todos aquellos billetes—. Bueno, creo que aquí podría encontrar algo bonito. ¿Cree que me llegará con esta cantidad de dinero?

—Bueno, yo... —balbucea la señora sin ser capaz de pronunciar palabra.

—A lo mejor es poco, ¿verdad? —responde Marta, con un tono altivo y snob como nunca le había escuchado. Rebusca de nuevo en su cartera y comienza a sacar tarjetas de varios bancos—. Puede que tenga que tirar de tarjeta; tengo la horrible manía de no llevar mucho *cash* encima, tendrá que disculparme...

La dependienta está a punto de llorar de emoción cuando ve la palabra *platino* en una de las tarjetas, seguida de un par de ellas con la palabra *oro*.

Todo el mundo se moviliza a nuestro alrededor. Yo ya no existo para ellas. La dependienta le pide a Marta que tenga un poco de paciencia, que en unos segundos tendrá preparado todo, y nos dejan solos mientras todas se van pasillo arriba, pasillo abajo, eligiendo lo que Marta podría querer comprar.

—¿Qué es lo que...? —susurro a mi noiava sin entender todavía lo que pretende con todo esto.

—Shhh... —me dice mirándome de reojo.

Intuyo una leve sonrisa en su rostro y con ello mis nervios se van calmando. Tenerla cerca de mí tiene una especie de efecto balsámico que siempre agradezco.

En un par de minutos, la dependienta y sus improvisadas ayudantes dejan una cantidad ingente de adornos navideños en el mostrador. Incluso han sacado uno de los más grandes árboles que he visto en mi vida, dejándolo junto a la caja para que Marta se lo pueda llevar también.

Cuando la dependienta va a coger por fin todo aquel dinero, que estoy seguro que en mente ya tiene gastado, Marta nos sorprende a todos.

—¿Me podría dar el libro de reclamaciones, por favor? —le pide con calma.

—¿Cómo? —pregunta atónita aquella arpía de mujer—. Si ha tenido algún problema conmigo, podemos...

—Quiero el libro de reclamaciones. Me ha querido timar y quiero dejarlo por escrito antes de llamar a los *mossos*^[1].

Marta va sacando su móvil, como si fuera realmente a llamar a la policía.

—Perdone pero yo no he hecho nada —se apresura a explicar la dependienta, presa de un ataque de pánico—. Dígame cuándo he intentado yo...

—Ahora mismo —responde con tranquilidad—. El libro de reclamaciones. Ya.

—¡No he hecho tal cosa! —vuelve a insistir, a punto de echarse a llorar.

—Sí, quería denunciar una estafa... —comienza ahora a decir Marta al teléfono.

—¿Qué hay de la presunción de inocencia? —se queja una de las señoras que hasta hace un momento estaba intentando echarme del local.

Marta sonríe. Guarda entonces el móvil en su bolso, junto con todo el dinero y las tarjetas.

—La presunción de inocencia tiene que aplicarse a todo el mundo —les dice con seriedad y se gira hacia mí. Me besa y me deja a mí y a las presentes con la boca abierta—. Si usted no hubiera sido tan ruin, hoy habr a tenido una cuantiosa suma de dinero en el bolsillo. Y ahora, si me disculpan, voy a gastarme todo esto en la tienda de enfrente. Buenos días —y dirigiéndose a mí—.  Vamos?

Se gira hacia la puerta y comienza a caminar hacia all , dejando sin habla a todas las presentes. Las miro una a una, mucho más seguro de mí mismo que hace unos minutos, y salgo detrás de Marta.

La pillo justo al entrar en la tienda de Mabel.

—No tenías por qué hacer lo que hiciste —le digo en cuanto la alcanzo.

—Siento si te sent  mal pero no pude... Es que yo... No soy así, ya lo sabes, pero yo... En ese momento yo no...

Cojo a mi noiava entre mis brazos y la beso delante de quien quiera vernos.

Cuando nos separamos, parece que todo lo de hace un momento hubiera desaparecido por fin.

—Trae esa mochila—le digo, cogi ndosela del hombro—.  Cogiste todo lo que necesitabas?

Ella asiente y coge mi mano.

— Y esa bolsa tan grande? —pregunta ahora, viendo lo que llevo en mi otra mano.

Me encojo de hombros y ella menea la cabeza mientras sonríe, temi ndose que sea un regalo para ella pero no imaginándose lo que puede ser en realidad.

Estoy deseando que llegue la noche para poder hacerla feliz.



IV

Marta

Esto no ha sido tan sencillo como parecía en aquel vídeo de internet. Solamente para hacer la salsa del pollo me he pasado media hora. Cuando no se me olvidaba poner el ajo, era el perejil, luego sabía demasiado picante y tenía que añadir más agua, después no sabía a nada... Ernest tuvo que dejar de hacer los canapés para terminar haciendo mi parte de la cena o no habríamos acabado nunca.

—Menuda cocinera estás hecha —me dice pasándome la bandeja que acabo de pedirle, ya sentados en la mesa.

—No sé cómo puedes cocinar para que parezca tan sencillo —me quejo—. Porque, claramente, no lo es.

Ernest se ríe y me coge de nuevo la bandeja de canapés después de haberme servido, posándola al otro lado de la mesa.

—Lo he hecho durante muchos años. Imagino que será cuestión de práctica.

—Bueno, yo ahora ya sé freír cosas. El siguiente paso es asar.

—Deberíamos centrarnos primero en que no se te salga el agua cuando cueces. O que no se te pegue en el fondo. Todavía no entiendo cómo pudiste quemar el arroz aquel día...

Volvemos a reírnos, recordando épocas mejores. Aquellos días en los que me

quedaba a dormir en su casa y a la mañana siguiente desayunábamos en esta misma mesa, antes de ir a la facultad.

—Echo de menos que seas mi profesor —le confieso—. Todos en realidad te echamos de menos.

Él coge mi mano y la aprieta.

—Gracias, noiava —contesta emocionado—. Yo también extraño ir a daros clase.

—No es lo mismo con Eugeni.

—Pero es un buen tipo.

—No eres tú —puntualizo—. Y las clases son un infierno ahora.

—¿Por qué?

Hemos pasado de estar riéndonos a carcajadas a que nuestro tono sea de una seriedad aplastante.

—La gente no deja de cuchichear cosas, tonterías. Sacan historias escabrosas de donde no las hay y yo quiero callarles a todos ellos y...

Creo que puede sentir mi desesperación por cómo aprieta mi mano.

—Ojalá pudiera hacer algo para hacerte sentir mejor.

Le miro a los ojos y veo lo que le duele toda esta situación. No puedo imaginarme cómo lo tiene que estar pasando. Mi Ernest está sufriendo y yo fui tan estúpida alejándome de él...

—Ya lo estás haciendo —le contesto—. Has dejado que esté a tu lado de nuevo y juntos vamos a arreglar esto.

—Siento lo que hice pero... —se apresura a disculparse.

—Entiendo por qué lo hiciste —le corto—. Pero me has prometido que no volverás a hacer algo así.

Él sonrío por fin, mientras asiente. Me da un nuevo apretón en la mano y se la lleva a los labios, besándola. Sonrío con él, sintiéndome de nuevo feliz por estar a su lado.

Maldita sea... Mi móvil comienza a sonar. Lo miro de reojo y me sorprendo al ver que es mi padre quien llama.

—Un momento —le digo a Ernest, cogiendo el móvil con la mano que tengo libre

—. Hola papá, ¿qué tal todo por Kenia?

—Hola hija, feliz noche —me contesta con voz cordial—. Te hemos llamado a casa y no estabas.

—Ehm... Ya, es que me fui a cenar fuera.

—¿Con Josep? —pregunta ilusionado.

—Ya os dije que Josep y yo habíamos cortado, papá...

Ernest abre los ojos ante esa frase. Sonríe y se acerca más a mí. Besa con delicadeza mis labios, dejándome con ganas de más.

—Seguro que lo arregláis.

—¿Vosotros todo bien? —pregunto, intentando cambiar de tema.

Mi padre en ese momento me pasa a relatar el último safari al que fueron, la fiesta a la que asistirán esta noche y lo mucho que me quieren. Me cuelgan en cuanto se escucha que están llamando a la gente para una pre-fiesta a la que ellos al parecer tienen ganas de asistir. Y mi mundo vuelve a estar solamente al lado de mi noiva.

—¿Todo bien? —pregunta éste.

—¿No te enteraste de mi *ruptura* con Josep? —le digo con una sonrisa.

—No estuve muy atento a las noticias... —reconoce, y entiendo por qué.

—Ya acabó todo —le aseguro.

Vuelve a besarme.

—Gracias, *carinyet* —me susurra entre besos.

Y qué bien sienta que Ernest me agradezca las cosas con sus tiernos besos.



—Quiero despertar así todos los días de navidad —me dice Marta sobre mi pecho, después de haber hecho el amor.

—¿Sólo los días de navidad?

Le hago cosquillas y ella ríe. Me besa los labios y vuelve a tumbarse en mi pecho, besándomelo también.

—¿Crees que algún día nosotros...?

—Nosotros, ¿qué? —pregunto acariciando su pelo.

—Ya sabes... A veces pienso si podremos...

Me muevo y hago que me mire, tumbándonos de lado ambos.

—Ya sabes lo que pienso —le digo acariciando su brazo—. Sólo hay que esperar a que acabes este curso y... Bueno, o esperar a que salga de la cárcel.

Ha sido una broma de mal gusto, lo sé. Ella no se ríe. Acaricia mi mejilla y besa mis labios una vez más.

—Eso no va a pasar, ya lo sabes —me asegura, totalmente convencida—. Mañana tienes que llamar a tu abogado, que no se te olvide.

—Gracias por recordármelo —le contesto de forma burlona.

Ella me saca la lengua y hago como si voy a mordérsela, haciendo que ría de nuevo.

—En medio año podremos hacer lo que queramos —me dice con emoción.

—Sabes que cuando nuestras familias se enteren...

—No podemos estar toda la vida ocultándonos.

—Por mi parte no hay problema, lo digo porque sé lo difícil que es perder a una madre y no quiero que tú pierdas de golpe a ambos, Marta.

—Si ellos me quieren, acabarán aceptándolo.

Sonrío con su inocencia. Es realmente enternecedor ver que Marta piensa así. Yo sé que cuando mi padre se entere, no volveré a saber nada de él, pero no me importa.

No quiero ni puedo vivir ya sin ella.

—Algún día se acabarían enterando —le digo con resignación—. Iba a ser muy

extraño que te vieran embarazada y les dijeras que fue el Espíritu Santo...

—¡No digas esas cosas! —exclama, muerta de vergüenza, ocultando su rostro en mi brazo.

—¿El qué? ¿Que algún día vamos a tener hijos? No lo veo tan traumático...

Me río con su tierna angustia.

—Ni siquiera nos hemos casado y ya hablas de tener hijos —se queja mientras beso sus labios.

—No hace falta estar casados para tener hijos —replico—. Como profesor, me veo en la obligación de darte una clase práctica de cómo...

Voy a hacer descender mi mano más allá de su vientre, pero su ceño fruncido me frena.

—No sabía que eres de los que no se casan y... esas cosas. Muy francés...

—¿Cómo? —pregunto, procurando no reírme.

—Que no quieres casarte —explica medio enfadada.

—¿Acaso me has preguntado si quiero casarme?

—¡Por supuesto que no! —medio grita, sonrojándose.

—¿Entonces por qué dices que soy de los que no quieren casarse?

—Porque... Has dicho que...

—He dicho que no era necesario para tener hijos, no que no quiera casarme.

Abre la boca sin emitir sonido alguno, entendiendo.

—Vale, bueno...

—¿*Vale, bueno?*

—Sí, no sé, nada...

Me río nuevamente y, sintiéndolo mucho, esta vez me río de ella.

—¿Esperabas que te pidiera matrimonio?

—¡Ernest, claro que no! —exclama de nuevo angustiada.

—¿Entonces no quieres casarte conmigo?

—Joder, Ernest, me estás volviendo loca, déjame en paz ya...

Se cruza de brazos y se gira, dándome la espalda. La abrazo por detrás y beso su hombro hasta llegar a su cuello.

—Primero deberíamos ir al salón para que abrieras tu regalo —le propongo—. Puede que después de ver lo que es, seas tú la que quiera pedirme matrimonio.

Se gira para mirarme, todavía con seriedad en su rostro, pero no aguanta mucho tiempo de esa forma y se echa a reír.

—¿Qué es lo que me compraste? —inquire con curiosidad.

—Puedes comprobarlo por ti misma.

Le hago un gesto con los ojos para que se levante de la cama y ella de un salto sale, cogiendo una amplia camiseta y poniéndosela por encima mientras corre hacia el salón, emitiendo pequeños grititos de niña pequeña, haciéndome reír con ellos. Salgo de la cama yo también, aunque algo más calmado. Cuando llego al salón, ella ya está sacando su regalo de debajo del árbol a duras penas, arrastrándolo como puede.

—El tuyo está ahí detrás —me dice señalando bajo el árbol una pequeña cajita que no había visto hasta ahora.

—¿Para mí también hay algo? —pregunto agachándome para cogerlo.

Vuelvo al sofá y ayudo primero a Marta a subir su paquete a la mesa para que pueda abrirlo sentada a mi lado. No quiero perderme ni un segundo su cara cuando vea lo que es.

El mío es más sencillo de abrir. Lo desenvuelvo y me encuentro una caja de Cartier roja, adornada con ribetes dorados alrededor. Marta me mira de reojo, esperando que la abra. Cuando lo hago, veo dentro un reloj de bolsillo de oro envejecido, con una elegante cadena.

—¿Te gusta? —pregunta expectante—. No sé por qué, pero el primer día que te vi entrar en clase, imaginé que de un momento a otro sacarías uno de éstos y...

Me he quedado sin palabras. Es asombrosamente bonito, adornado por fuera con un tren antiguo en relieve. Lo abro y compruebo que está ajustado a la hora actual. Un leve tic tac arrulla este momento, y mi primer pensamiento es que no quiero separarme de este regalo jamás. No quiero tener que dejarlo en casa si entro en prisión.

Y es que no voy a soportar estar lejos de Marta nunca más.

La abrazo y le doy mil veces las gracias, con mil besos en su boca.

—Tenemos que hacernos una foto juntos para ponerla dentro —le digo, volviendo a abrirlo y a cerrarlo, como hipnotizado por este sencillo mecanismo.

—¿Te gusta de verdad?

—Me encanta. Aunque no debiste gastar este dinero...

—¡Fue muy barato! —exclama, orgullosa—. Estaban de liquidación en la tienda y...

—Marta, lo más barato en Cartier tiene tres cifras...

Se me queda mirando sin comprender.

—Pero eso no es tan... —pronuncia lentamente, sin comprender qué es lo que quiero decirle con aquello.

—No me digas el precio, pero creo que esto casi tiene cuatro cifras —su gesto es de *pues lo que te decía, un chollo*—. Creo que voy a tener que darte clases también de lo que es caro y barato en la vida.

—¿Hice algo mal? —pregunta asustada.

Entiendo que para ella esto no es nada. Ha vivido toda la vida sin que nadie le haga entender el valor del dinero; las cantidades entre las que se manejan los de su alrededor son muy distintas a las del resto del mundo. Es por ello por lo que sonrío de nuevo y no le digo nada más. No entiende lo que quiero decirle con todo esto, así que lo dejaré para más adelante.

—Sí —contesto finalmente—. No abrir todavía mi regalo.

Vuelve a animarse con mis palabras y acaba de quitar el papel que envolvía su regalo. Comienza a sacar lienzos de diferentes tamaños sin dejar de mirarme de reojo. Cuando por fin ve aquella caja, se queda quieta y posa las manos sobre ella, como si no se atreviera a abrirla.

—¿Esto es...? —empieza a decir sin apartar la vista del maletín.

—Ábrelo y compruébalo tú misma —le insto.

Lo abre con cuidado y las diferentes bandejas van apareciendo ante ella. Pinturas de todo tipo, pinceles, ceras y utensilios que ni sé para qué sirven, todo ello colocado en varios niveles, los cuales Marta va descubriendo con creciente emoción.

—Esto... es... —dice lentamente.

Cuando se gira de nuevo hacia mí, veo que tiene lágrimas en los ojos.

—¡Pero Marta! —exclamo riéndome, acercándome a ella y abrazándola—. ¿Por qué lloras?

—Nadie me había regalado nunca nada que tuviera que ver con la pintura —me explica entre mis brazos, rodeándome ella también con los suyos—. No te imaginas lo que esto significa para mí.

—Puedes traer tus cosas aquí para tener más espacio para pintar cuando quieras —le propongo—. Podemos hacer sitio en el salón y...

Vuelve a abrazarme fuertemente mientras llora. Escucho que me da las gracias entre lágrimas, y no sé qué hacer para consolarla.

Poco a poco se va calmando. Se separa de mí y me mira todavía con sus ojos enrojecidos y húmedos por las lágrimas derramadas.

—No te imaginas cuánto te quiero, noiva —pronuncia con dulce lentitud.

—No creo que tanto como yo a ti.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Desde la habitación escuchamos su teléfono sonar. Le digo con la mirada que vaya a cogerlo pero ella no se mueve de mi lado.

—Hoy sólo quiero escuchar tu voz —me dice a modo de explicación.

—El maletín te ha convertido en una cursi...

—Serás...

Golpea mi brazo mientras se echa a reír conmigo.

—Todavía sigo esperando que me pidas matrimonio —le recuerdo.

—Yo te diría que sí.

—¿Si te lo pidiera yo a ti?

—Si en un futuro me lo pidieras.

—En un futuro...—repito, frunciendo el ceño por esa palabra que entraña demasiado tiempo.

—Cuando elijas mejor el momento —aclara.

—¿No te parece buen momento el día de navidad, después de haberte hecho un

regalo que hasta te ha hecho llorar?

Se ríe, seguramente de mi frustración. Creo que se lo toma a broma pero no se imagina lo serio que esto es para mí. Nunca me había imaginado queriendo pasar el resto de mi vida junto a nadie. ¿Una chica que tuviera todo lo que haga que me enamore y quiera vivir por y para ella?

Y ahora sé que, desde hace tiempo, ya la he encontrado.



V

Ernest

e todas las veces que me he reunido con mi abogado este mes, hoy es el día que estoy más nervioso. **D**Marta está sentada en el sofá cuando hago pasar a Bruno. Ésta se levanta como si hubiera llegado un alto cargo del gobierno de los Estados Unidos, esperando que nos acerquemos.

—Ernest, ¿qué es lo que...? —comienza a decir Bruno hasta que ve a Marta, esperando frente a él a ser presentada.

—Bruno, te presento a Marta —le digo yendo con él hacia el sofá—. Marta, éste es mi abogado.

Se dan la mano y los tres nos sentamos, dejando que pasen unos segundos en silencio antes de que volver a hablar.

—Marta ha insistido en... —comienzo a decir.

—Yo sé que todo lo que dicen de Ernest no es verdad —dice ella, cortándome en mitad de la frase.

Bruno se ajusta las gafas y carraspea, acomodándose en su sofá, al lado del nuestro.

—Bien —le dice—. ¿Cómo sabes que no es cierto?

Marta me mira con el ceño fruncido y yo le indico con la mirada que cuente lo que tenga que contar.

—Yo estuve con él cuando dijo Montse que había pasado todo. Y Pili y Mi... Pilar y Aurora, las otras dos chicas, por poco fueron sancionadas por el decano por ser ellas quienes acosaron a Ernest. Yo estuve allí también cuando sucedió aquello.

—¿Estás segura de todo eso? ¿No será que estás enamorada de tu profesor y solamente quieres ayudarlo?

—¡Por supuesto que no! —exclama Marta, levantándose de golpe—. ¿Acaso me está llamando mentirosa? ¿Y es usted su abogado? —ahora me mira a mí—. Creo que deberías mandarle a la mierda, este tipo es gilipollas —estoy a punto de echarme a reír con su indignación cuando ella vuelve a hablar, dirigiéndose de nuevo a Bruno—. Para su información, tengo pruebas de todo lo que he dicho.

—¿Ah, sí? —pregunta él, cruzándose de brazos, divirtiéndose con todo esto.

—El día que dice Montse, Fermín, el bedel, me vio entrar a la facultad a primera hora de la mañana. Y el decano dejó por escrito lo sucedido el día del que hablan Pilar y Aurora.

—Aunque hayas estado con él esos días que dices, ¿no crees que le ha dado tiempo a estar con ellas también, en cuanto tú te fuiste o incluso antes de haber llegado? —insiste Bruno.

Marta me mira con ojos de *¿no vas a decirle nada?*

—Estoy completamente segura de que él no estuvo ni antes ni después con ellas —le contesta con decisión—. Cuando Montse dice que pasó, yo entré en la facultad la segunda según me dijo Fermín, y el primero fue Ernest, y al irme de su despacho, se fue él también porque tenía que ir a darnos clase precisamente a nosotros. Cuando dijeron Pili y Mili que había sucedido —dice sin tan siquiera darse cuenta de cómo las ha llamado—, entré y vi que ambas se estaban besando y tocando frente a él, y Ernest estaba llamando por teléfono. Cuando yo me fui, él también se fue. Por lo que sí, estoy totalmente segura de que ni antes ni después él pudo hacer absolutamente nada.

Ha ido subiendo el tono de voz con cada palabra que decía, pero Bruno no se ha inmutado con ello.

—¿Por qué has decidido hablar ahora y no antes?

—Porque no sabía los detalles, ¡nadie me los dijo!

—Y, ¿cuál era el motivo por el que precisamente tú has estado presente las dos

veces en las que tus compañeras acusan al señor Calcó de acoso?

—Porque yo...

Marta me mira sin saber si puede decir que estamos juntos. Duda un instante y se sienta de nuevo a mi lado, contrariada por la pregunta.

—Tengo entendido que tu familia no va a estar muy de acuerdo con esta decisión —añade mi abogado.

—No me importa —responde, aunque más calmada—. Yo sólo quiero decir la verdad.

—Porque estás enamorada del señor Calcó y mantenéis una relación, ¿no es cierto?

—Ehm...

Vuelve a dudar y se remueve en su sitio, inquieta.

—Bien —dice Bruno, abriendo su maletín y sacando media tonelada de papeles y su inseparable pluma—. Comencemos pues con el motivo por el que estabas allí las dos veces.

Marta me mira boquiabierta. Yo sonrío, viendo que no ha comprendido lo que acaba de pasar, y cojo su barbilla, besando sus labios brevemente.

—Bruno solamente quería saber el punto de partida —le explico.

—Y ya tenemos mucho ganado —prosigue él, levantando la vista hacia ambos—. Tenemos hasta el siete de enero para preparar bien todo. No es mucho tiempo pero yo creo que no habrá problema.

—Sigo sin comprender... —nos dice Marta, que todavía no se ha repuesto de lo que acaba de suceder.

Bruno sonrío y deja los papeles sobre la mesa, mirándola de forma muy diferente que como hasta ahora.

—Marta, vas a tener que testificar. Y en un caso así, no voy a poder librarte de hablar con el juez y dejar que el abogado de tus compañeras te pregunte cosas parecidas. Tenía que saber el trabajo que me iba a llevar prepararte, y si merecería la pena para mi cliente. Pero si tú estás convencida de que quieres hacer esto, creo que Ernest no entrará en la cárcel.

—¿En serio? —dice con emoción, mirándonos a ambos de forma intermitente.

La cojo por la cintura y la arrastro hacia mí para abrazarla mejor. Beso su mejilla mientras Bruno sigue hablando, preparándose para ponerse al día.

—Gracias por esto —le digo a mi noiava—. Si en algún momento ves que no...

—No vuelvas a decir una tontería así —me corta—. No pienso prescindir de ti en los desayunos nunca más.

—Ni yo de ti por las noches —le susurro al oído.

Ella sonríe con un brillo especial en los ojos.

—Primero tengo que preguntar —nos dice Bruno, sin hacer caso a nuestras muestras de afecto—: ¿Sabes los detalles que tus compañeras han dado sobre sus supuestas relaciones con Ernest?

—Bueno, Montse me contó algo pero no sé si...

Bruno le pasa unos papeles para que se ponga al día.

—Te veo bien —me dice ahora él, mientras Marta comienza a leer.

—Como algo mejor —contesto.

—Ya veo, ya...

Mira a Marta y luego vuelve a mirarme a mí con una pequeña sonrisa. Entrelaza sus manos y apoya los antebrazos en sus piernas.

—Y he salido ayer a la calle.

Él hace un gesto de sorpresa y asiente, sonriente. Vuelve a mirar a Marta, que sigue leyendo aplicadamente, como si incluso lo estuviera memorizando.

—Se te ve más animado, sí. Serán estas fiestas y todos estos adornos que se te ha ocurrido poner —dice mirando a su alrededor.

—Os escucho —nos interrumpe Marta, levantando un momento la vista de los papeles—. Por cierto, gracias por traerle comida de vez en cuando estos días —le dice a Bruno, volviendo a agachar la mirada.

—No hay de qué —contesta éste, mirándome sonriente.

Yo me encojo de hombros pero también sonrío.

—¿Te lo vas a aprender de memoria? —pregunto a mi noiava, besando su sien.

Ella parece no encontrar la gracia en mis palabras. Suspira y se dirige a Bruno con

seriedad.

—Dicen que Ernest les pidió que le hicieran una felación y que ellas preguntaron, asustadas, qué era eso. Creo que mi ex podría dar fe de lo muy bien que saben ambas lo que es una felación.

Bruno asiente satisfecho, imaginando un nuevo ataque, anotando algo en su cuaderno.

—Muy bien, lo añadiré a mis notas...

—Y le achacan a él lo de tocarse entre ellas —añade Marta—. Dicen que no sabían que eso podía hacerse entre mujeres y que Ernest tuvo que guiarlas, cuando hay una docena de testigos que vieron cómo me intentaban meter mano en mitad del pasillo.

En esta ocasión, mi abogado abre los ojos de par en par, pero se recompone rápidamente.

—Lo apuntaré también —asegura, volviendo a garabatear en su cuaderno. Me mira sonriente—. Me gusta que esta chica esté de nuestro lado.

—A mí también —respondo, apretando su cintura.

—Noiva, estamos trabajando —me reprocha.

Me río ante su seriedad y la paso por alto, besándola en los labios y haciendo que se ría por fin.

—Si no queremos que la gente sepa que tenéis una relación, más os vale comportaros en público —nos advierte Bruno, aunque de buen humor.

—Eso, profesor Calzó —se queja Marta—. Un poco de seriedad.

Los tres seguimos trabajando, aunque por primera vez desde que todo esto comenzó, el buen humor nos acompaña.

Y eso es algo que todos agradecemos.



—Apúntalo también —me dice, señalando la libreta que hemos dejado en la mesa frente a nosotros para apuntar todo lo que tenemos que tratar con Bruno en la próxima reunión.

—Cuando acabemos de cenar.

—Se te va a olvidar, y es importante.

—La Vila no es tan importante en este momento.

Deja los palillos dentro del cuenco de cartón y se estira para coger la libreta. Escribe algo en ella y vuelve a dejarla en donde estaba, volviendo a coger su cena.

—Ya está —me dice, satisfecho—. ¿Ves cómo no costaba tanto?

—Sí, profe...

Siento un mordisco en mi oreja y doy un respingo. Se ríe cuando me quejo pero me agarra por los hombros, sin importarle si puedo tirar mi cena en su sofá por el brusco movimiento.

Comenzamos a besarnos pero suena mi móvil de manera insistente.

Maldita sea...

—Cógelo si... —me dice, señalando con la cabeza mi móvil sobre la mesa.

Miro por encima y veo el nombre de Montse.

—Ni de broma, es Montse —le contesto, volviendo a recostarme junto a él. Seguimos cenando y vuelve a sonar mi móvil—. No, no voy a cogerlo —me adelanto a decirle, al ver su cara de *cógelo, anda*.

Seguimos cenando pero esta vez empiezan a mandarme mensajes. Demasiados. Y muy rápidamente.

Y vuelven a llamarme.

—Cógelo, no me importa —me dice con tono de indiferencia, sin mirarme siquiera.

Cojo el móvil con desgana, casi enfadada, y descuelgo.

—Dime, Montse.

—¡No me lo cogías! —grita, con un ruido de fondo demasiado fuerte.

—¿Qué querías? —pregunto—. Me iba a ir a la cama.

—¡Pero si estamos de vacaciones! ¡Arréglate, que vamos a buscarte!

—¿Vamos? ¿Con quién estás?

—¡Nos hemos encontrado a Fran! ¡Espera!

Mierda...

Ernest me mira de reojo y sigue cenando con su móvil en la mano, distrayéndose mientras yo hablo por teléfono.

—¿Marta? —escucho al otro lado a un Fran bastante perjudicado—. ¿Dónde estás?

—Fran, ¿qué ha pasado?

En cuanto Ernest escucha ese nombre, deja el móvil y se me queda mirando, frunciendo el ceño.

—¿Fran? —pregunta en voz baja—. ¿El profesor de la EBU?

Me llevo un dedo a los labios para hacerle callar.

—¿No puedes venir? —me grita Fran arrastrando cada letra—. Te echo de menos, Marta...

—Fran, tienes que irte a casa. No puedes quedarte con esa gente, con las cosas que están pasando últimamente. Ellas podrían también decir que tú... Estarías en un lío, ¿no lo entiendes?

—Qué sucede —susurra Ernest, ansioso.

—Quiero que vengas... —dice Fran.

El sollozo de éste se escucha bastante bajo, pero duele igualmente.

—Es mejor que no vaya, ya lo sabes —le recuerdo.

—Ven, por favor...

—Marta, ¿qué está pasando? —me dice seriamente Ernest sin bajar siquiera la voz.

—¿Estás con alguien? —pregunta Fran.

Joder...

Me levanto del sofá y amenazo con el dedo a Ernest para que no vuelva a hablar.

—Sal de allí —le digo a Fran—, se te escucha fatal. Dale el teléfono a Montse, sal

de allí y llámame desde el tuyo, ¿vale?

No entiendo bien su respuesta, pero a los pocos segundos escucho que me cuelga.

—¿Vas a explicarme...? —comienza de nuevo Ernest a preguntarme.

—Ahora no. Cuando consiga sacarle de allí.

De nuevo mi móvil suena, y esta vez es Fran quien me llama.

—Ya está —me dice éste—. Ahora, ¿vas a venir?

—¿Estás lejos de casa?

—Mmm... —y ahora parece que hablara con alguien que tiene cerca—: Hola, perdona, ¿estoy cerca de casa?

Me llevo las manos a la cabeza mientras le escucho reírse.

—A ver, cómo se llama el sitio en donde estabas.

Voy hacia la habitación y abro mi portátil. Veo a Ernest apoyarse en el umbral de la puerta con los brazos cruzados, pero no me da tiempo a atenderle. Estoy buscando el lugar que Fran me ha dicho para poder ir indicándole cómo llegar a su casa.

—Aquí no se puede girar —escucho que me dice Fran.

—Tienes que llegar a la esquina en donde hay un kiosco —le explico—. ¿Te acuerdas de las revistas de arte que me comprabas allí?

Ernest escucha eso y se da la vuelta, volviendo al salón y dejándome por fin sola.

—¡Ah! Sí, ya lo veo. Pero está cerrado...

—Da lo mismo. Sigue hasta allí y entonces gira a la derecha. ¿Ya estás en el kiosco?

—¿No vas a venir? —vuelve a insistir.

—Fran, por favor...

—Al menos dime lo que sucedió. Yo te extraño, Marta. Vuelve conmigo, por favor...

Llora y eso me duele. Es un buen chico, pero no podíamos estar juntos.

—Fran, ahora tienes que ir hasta el restaurante que tiene aquella fachada azul clara, ¿de acuerdo?

—Sí, pero dime por qué me dejaste.

—Ya lo sabes.

No me lo hagas volver a decir...

—¿No me querías?

Dios mío...

—No como debería haberte querido, Fran —le digo una vez más, como tantas otras desde que lo dejamos, hace ya más de dos años.

—Pero yo podría...

—¿Llegaste al restaurante? —le corto.

Consigo que se centre lo suficiente como para indicarle lo que le queda de camino a su casa. No cuelgo hasta que le escucho poner la televisión, indicativo de que ya ha llegado. O eso, o se ha colado en la del vecino, pero recuerdo que todos ellos eran un encanto, así que está en buenas manos de todas formas.

Vuelvo a guardar el ordenador, me levanto de la cama y voy hacia el salón, en donde un serio Ernest me espera en la cocina, con una copa de vino en la mano. No me mira ni siquiera cuando le quito la botella para servirme una copa yo también.

—Cuando quieras me puedes explicar por qué tus amigas pensaron que te gustaría pasarte por una fiesta en donde estaba uno de los profesores de la EBU, o por qué hablabais así él y tú, o por qué te compraba revistas de arte o, lo más curioso, por qué sabías dónde vivía.

Me lo suelta de golpe, todavía sin mirarme, y da un trago en cuanto termina de hablar, acabando su copa.

Me coge la botella y se sirve otra.

—Estuve con Fran hace tiempo.

Y ahora sí que me mira. Sigue muy serio, pero al menos me mira.

—¿Hace tiempo?

—Antes incluso de que fuera profesor en la EBU —y añado—: no tengo ninguna enfermiza fijación con liarme con profesores de la universidad, si es eso lo que estás pensando.

Creo que ha querido reírse con eso, pero ha preferido sentarse en uno de los

taburetes que tenemos junto a nosotros, a un lado de la isleta de la cocina.

—¿Así que él es con el primero que...? —asiento rápidamente, intentando evitar que diga toda la frase—. Y al parecer estaría muy dispuesto a volver contigo.

—Yo no quiero volver con él —me apresuro a decir.

Suspira y da otro trago a su copa.

—Creo... Creo que entiendo por qué no me quisiste decir quién era aquel día.

Levanta la vista y veo que sus ojos están más tranquilos; incluso sonrío levemente. Coge un taburete y lo coloca frente a él, haciéndome un gesto para que me siente en el mismo.

—¿Se te pasó entonces el ataque de hace un momento? —le pregunto, sentándome y haciéndole reír.

—Ya se me pasó, sí —contesta, apretando mi mano.

—Yo sólo te he querido a ti.

—No me importaría que hubieras querido a otros, Marta —me asegura.

—¿Entonces?

Se encoge de hombros antes de contestar.

—No entendía qué estaba pasando y... Lo siento —concluye su frase, sin saber cómo disculparse de otra forma menos directa que la que eligió finalmente, de manera completamente acertada.

—Siento no habértelo contado, pero es mi pasado.

—Lo entiendo, y por eso te he pedido perdón. ¿Él...? ¿Está bien ahora? Quiero decir, ¿llegó a casa?

—Sí, ya está en casa.

Se queda en silencio un momento y parece estar pensando en algo muy divertido por cómo intenta aguantar la risa para volver a hablarme.

—Entonces Fran es ese chico que me contaste que era tan patético en la cama...

Golpeo su brazo pero no consigo que deje de reírse. Agradezco su buen humor, pero no a costa de algo así. Es cierto, Fran era tremendamente penoso en la cama, pero es un buen chico.

—Me da mucha pena, Ernest, no te rías de algo así —le pido.

Él deja de reírse de forma tan escandalosa.

—Lo siento, lo siento —me dice—, ya está. Pero he de reconocer que ahora me siento mucho mejor.

Se acerca a mí y me da un beso en los labios, uno lento pero superficial, mientras acaricia mi mejilla.

—Deberíamos irnos a la cama —en cuanto digo eso, me mira con una gran sonrisa—. A dormir —especifico—. Mañana quería madrugar para estudiar un poco.

Resopla pero se levanta del taburete. Y sin esperármelo, me coge en brazos.

—Eres demasiado responsable —me dice, comenzando a caminar hacia la habitación—. ¿No podrías esperar al último día como todos los estudiantes?

—Esas cosas no se me dan bien, prefiero...

Llegamos a la habitación y me tumba con cuidado en la cama, echándose él a mi lado.

—Yo preferiría hacerte el amor todas las noches. Y todas las mañanas. Y ya el último día te echaría una mano para que te pusieras al día con todo. ¿O acaso piensas que los profesores creemos que vais a estudiar todo lo que mandamos en navidades?

—Pero yo...

—¿Quieres que te haga esta noche el amor y mañana te despierte de la misma forma o prefieres dormir y madrugar para estudiar?

No sé si son sus palabras o los besos que comienza a darme en el cuello al terminar de decirlas.

El caso es que me convence por completo.



VI

Marta

No me esperaba que un juicio fuera así. Ha sido todo muy rápido, más de lo que todos creíamos. Creo que nadie esperaba verme allí, y el abogado de mis tres compañeras de clase no supo reaccionar cuando comencé a contar todo lo que sabía. Trabajé mucho con Bruno estos días para que todo saliera bien, y el esfuerzo espero que dé sus frutos. Al menos el escándalo que se armó en la sala cuando empecé a desmontar la versión de las tres, aportando pruebas y más testigos, fue indicativo de que no todo está perdido.

—¿Queréis otro café? —nos pregunta Bruno a Ernest y a mí—. Puedo salir a por algo de comer también...

Estamos esperando en una sala del juzgado el veredicto y Bruno está de muy buen humor desde que hemos salido. Ha tenido un chivatazo y cree que Ernest será exculpado hoy mismo. Eso sí, aquí no acaba todo. Quiere limpiar su nombre y eso llevará unas cuantas gestiones más.

—Yo no tengo hambre —responde Ernest, retorciéndose las manos de forma inconsciente.

—Cuando acabemos aquí, podemos ir a comer algo —propongo.

Poso mi mano sobre las suyas y al momento deja de estrujarse los dedos.

—Es mejor que... —comienza a advertirnos Bruno.

—En casa —especifico.

—Tampoco estaría bien que os vieran salir juntos de aquí y llegar a su casa. Habrá prensa esperando en ambos sitios.

Ernest me mira de reojo. Y veo en sus ojos la necesidad de estar conmigo.

—Avisaré a Xavi para que nos espere en el garaje del juzgado —le digo—. Luego nos puede llevar a mi casa. Nadie sabe dónde vivo.

—¿A tu casa? —pregunta él, alarmado.

—No hay nadie, ya lo sabes —le recuerdo—. Mis padres no creo que lleguen hasta la semana que viene...

Me llamaron en nochevieja para felicitarme el año y me dijeron que seguramente tardarían algo más en llegar. Suelen hacer eso. Se cogen quince días de vacaciones y al final lo alargan unos días más, a veces semanas; pero ellos que pueden hacerlo...

—Si es un lugar seguro, deberíais quedaros unos días hasta que todo se haya olvidado —nos dice Bruno.

—Es seguro —respondo—. Podemos pedir a Xavi que vaya a tu casa a por algunas cosas y en cuanto el jaleo haya pasado...

—Eso si no voy a la cárcel.

—Ernest, mi contacto me ha dicho que estaban indignados con la burla que había sido este juicio, y no precisamente por ti —nos recuerda Bruno.

—Pero puede pasar cualquier cosa...

Se lleva las manos a la cabeza y apoya los codos en la mesa, resoplando.

—¿Cuánto pueden tardar? —pregunto al abogado mientras acaricio el pelo de mi nervioso noiva.

—No creo que mucho —contesta Bruno—. Llevan ya casi una media hora y el veredicto es bastante claro, así que...

Asiento y vuelvo a dirigirme a Ernest. Aunque yo también estoy de los nervios, intento que me vea calmada.

—Hoy me podías enseñar a hacer un postre —le propongo.

Me mira de reajo y sonrío levemente.

—Tenemos que pasar desapercibidos —me dice, ahora volviendo a estar serio—. Y si te enseño a preparar unas simples natillas, puede que tengan que ir los bomberos a casa...

Golpeo su hombro y él comienza a reírse. Me agarra por la cintura y me da un beso en la mejilla.

—Eres un capullo —me quejo, forcejeando para que me suelte.

—Gracias, noiava —me vuelve a decir, como tantas veces me ha dicho ya estos días.

—Deja de darme las gracias. Acabará sentándome mal.

—Es que no sé cómo agradecerte que...

—Enseñándome a preparar unas natillas.

Vuelve a reírse y por fin me gano un beso en los labios.

Alguien llama a la puerta, y los tres sabemos quién puede ser. Bruno se asoma y en cuanto se gira hacia nosotros, nos levantamos.

—Nosotros primero —me indica como cuando llegamos al juzgado.

—Llamo a Xavi y entro —le digo a Ernest, dándole un beso rápido antes de que Bruno abra de nuevo la puerta para salir.

—Te quiero —me susurra, como si no fuera a verme más en cuanto saliera por esa puerta.

—Yo también te quiero —le respondo con una sonrisa—. Todo va a ir bien, ¿vale? Porque si no, atraco el supermercado de enfrente y que me metan contigo en la cárcel.

Ernest vuelve a reír mientras Bruno le apremia para que salgan. Me echa un vistazo antes de desaparecer por la puerta. Sigue sonriendo, aunque sé que está muerto de miedo por dentro. Me gustaría poder estar a su lado en este momento, pero sería perjudicial para él.

Pero algún día...



Ernest

—Ya ha llegado, así que deja de mirar hacia atrás —me dice Bruno, cansado de mi nerviosismo.

—Sólo una vez —le pido—, necesito verla.

Ese suspiro me lo tomo como un *bueno, vale*, así que me giro y la veo allí, sentada unos bancos más atrás. Mi noiava, la que se ha expuesto públicamente para defenderme delante del mundo entero. Ella me sonrío pero me hace un gesto con la cabeza para que me dé la vuelta. Lo hago, pero con ella en la sala, todo me parece algo menos dramático.

Comienza a entrar gente frente a nosotros, precisamente quienes tienen en sus manos mi futuro, y me doy cuenta que los veo incluso borrosos.

Creo —porque no estoy seguro de mis actos ahora mismo—, que me levanto de la silla con Bruno. No soy capaz de escuchar lo que están diciendo. La jueza parece enfadada. Me mira seriamente, mirando a Montse, Pilar y Aurora a continuación. Todo me da vueltas pero me obligo a seguir de pie por mi noiava; ella es fuerte, y yo también tengo que serlo, pase lo que pase.

De repente Bruno me da un codazo. La jueza me está hablando. Sólo le escucho a él decirme que al menos asienta y es lo que hago: asiento como si estuviera entendiendo lo que me dicen.

Todos vuelven a levantarse y salen por la misma puerta por la que entraron hace un momento. Bruno me abraza. ¿Esto es una despedida? ¿Van a llevarme ya preso?

Me giro hacia el sitio en donde estaba sentada Marta y no la veo allí.

Y entro en pánico.

—¿Dónde vas? —me dice entre dientes mi abogado, agarrándome por el brazo.

Me freno en seco. No sé dónde pretendía ir en realidad. Sólo quería encontrar a Marta pero...

—No está —le digo—. Tengo que despedirme de ella.

—Ya la verás en un rato —me susurra, empujándome levemente para que me mueva.

—¿En un rato? ¿No estoy detenido? —pregunto sorprendido.

Bruno suspira, señalándome con la mano la puerta.

—Anda, vamos—me dice—. Ahora te explico en el coche.

—¿En el coche?

No soy capaz de llegar a comprender todavía lo que sucede hasta que las tres alumnas que me acusaron de semejantes barbaridades pasan frente a nosotros, llorando desconsoladas.

—Por favor, no nos denuncies —me pide Montse—. Yo sólo quería... Yo...

Su abogado le dice que guarde silencio y yo miro al mío, perplejo.

—Sus clientas no deberían hablar con mi cliente hasta que resolvamos qué hacer —le dice mi abogado al suyo—. No me haga pedir una orden de alejamiento para las tres.

—¡Ernest, por favor! —siguen gritando ellas cuando Bruno me arrastra hacia la salida.

—Al garaje, vamos —me dice Bruno sin soltar mi brazo, tirando de mí por el pasillo.

Pasamos como podemos entre la gente, que intenta que nos paremos a hablar con ellos, pero Bruno no está por la labor. Sólo repite una y otra vez que se comunicará en tiempo y forma nuestra decisión, nada más. ¿De qué decisión habla?

Llegamos por fin a un garaje lleno de coches y vacío de gente. Bruno mira con impaciencia por todas partes hasta que un coche aparece frente a nosotros.

El de los padres de Marta.

Entro en la parte de atrás como un zombie, todavía sin ser consciente de lo que está sucediendo. Pero el abrazo que recibo de ella, que se aferra a mí con todas sus fuerzas, me devuelve un poco más a la realidad.

—Enhorabuena, Ernest —escucho a Xavi decirme mientras salimos del garaje, evitando a la prensa que vemos agolpada en las puertas del juzgado.

—Gracias —respondo todavía algo perdido entre beso y beso de mi noiava.

—¿A Pedralbes entonces? —nos pregunta.

—Y entras al garaje —le pide Marta. Me mira y acaricia mi mejilla, pasando su otra mano por mi pelo—. Sigues conmigo —me dice emocionada—. Estás aquí...

—Estoy aquí —repito, intentando volver al aquí y al ahora. Miro a los ojos a Marta y se me contagia su sonrisa—. Lo has conseguido, noiava. Lo has...

—Lo hemos conseguido —me corrige, volviendo a besarme, posando acto seguido su frente sobre la mía—. Dios mío, lo hemos conseguido...

Su casa es una especie de palacete, típico de Pedralbes. Cinco modernas plantas con ascensor, habitaciones infinitas, comodidades de última generación y tonos blancos y negros en muebles, paredes y complementos del hogar. El único punto de color es su cálida habitación. Un dormitorio en el que se nota que duerme una artista por el exquisito gusto decorativo.

—Me gustaría no salir de aquí hasta que nos podamos ir a Gràcia —le confieso, tumbados en la cama.

Ella se ríe y sigue acariciando el brazo con el que la estoy rodeando los hombros, atrayéndola hacia mí.

—Me alegro que te guste.

—Es muy... tú.

Me gano un beso, no sé bien por qué, pero no pienso discutirlo.

—Deberíamos hacer algo de comer.

—No me apetece ni moverme —le confieso.

—También podemos pedir algo para que nos lo traigan a casa ya hecho.

—Me apetece comida griega —le digo, girándome hacia ella para mirar esos preciosos ojos claros.

—¿No te valía con unas pizzas? —se queja con una sonrisa—. ¿Comida griega?

—Habló la de la cadena de restaurantes temáticos.

Pero eso no le ha hecho gracia. Vuelve a estar seria aunque sólo durante unos segundos.

—Me encontré con el decano cuando salía de la sala —me dice.

—¿En serio? —pregunto—. ¿Seguía allí?

Llamaron a declarar al decano de la facultad de la EBU para confirmar el

testimonio de Marta, igual que a Fermín, el bedel que la vio entrar poco después que a mí pero que no vio por ninguna parte a Montse. Creí que ya se habría ido todo el mundo antes del veredicto, pero al parecer no fue así.

—Dijo que hablaría contigo estos días para que te incorporaras cuanto antes. Parecía avergonzado, porque para hablar conmigo de ese tema...

—La verdad es que no sé si...

Ella se incorpora de golpe.

—Tienes que volver —me dice—. Te extrañamos todos.

—Pero iba a ser muy complicado...

Ella comprende al instante.

—Que las expulsen.

Sonrío con su propuesta.

—Sé que han hecho algo horrible, pero no me perdonaría nunca haber truncado la vida de tres personas por una venganza.

—Pero ellas fueron crueles contigo sin motivo —protesta—. Hicieron que te detuvieran, que te echaran de tu trabajo...

—No tengo por qué actuar como ellas. Al fin y al cabo soy profesor, y debo dar ejemplo.

Se me queda mirando sin saber cómo rebatir eso, así que vuelve a tumbarse en mi pecho, abrazándose a mí.

—No es justo. Eres demasiado bueno, noiva.

—Soy profesor.

—Eres un poco estúpido...

—¡Oye! ¡Un respeto!

Se echa a reír en cuanto comienzo a hacerle cosquillas. No es hasta que escucho que grita que se rinde, cuando vuelvo a abrazarla, deteniendo la tortura.

—Vuelve, por favor —me pide una vez más.

Levanta la vista y no soy capaz de negarme a nada de lo que me pida.

—Hablaré con Bruno —le digo—. A ver cómo puedo hacer las cosas para que el

ambiente de clase no sea un desastre, estando los cuatro en el mismo aula...

Me abraza y me besa, agradecida.

—Entonces mañana ya podemos ir a la facultad y puede que esta misma semana...

—Ya veremos a ver lo que dicen. Sólo espero que nadie se haya dado cuenta de que nosotros...

—Estoy segura de que no. Si no, el decano no me habría dicho eso.

—¿Sabes? —le digo, intentando cambiar de tema—. Hoy estuviste fabulosa. Vas a ser una magnífica empresaria con esa oratoria que tienes.

—¿Eso es que me pondrás buena nota en tu asignatura?

—¿Por eso querías que volviera a darte clase?

Se ríe conmigo y volvemos a besarnos una y otra vez hasta que acabamos haciendo el amor, esta vez en su propio dormitorio, un lugar nuevo para ambos.

Pero el sitio no nos importa, con tal de poder seguir juntos.



VII

Marta

El decano llamó a Ernest ese mismo día por la tarde para pedirle que se reincorporara a las clases aquella semana. Nos pidió, a ambos, que no fuéramos por allí hasta el mismo viernes por la mañana. Quería tener antes una reunión con las tres chicas responsables de todo aquel lío para cerciorarse de que entendían que estaban a prueba, y que si no estaban fuera de la EBU era porque Ernest había decidido no interponer una demanda por los daños causados. Una rectificación pública le era más que suficiente. Sigo pensando que es demasiado bueno, pero él contesta siempre con una sonrisa, y así no hay quien discuta.

Parece que en dos días la prensa se ha olvidado por completo del caso, así que el viernes al llegar a la facultad, vemos que no hay ni un solo reportero. Espero que en su casa tampoco haya.

Xavi nos deja en la puerta de la facultad con un intervalo de dos minutos de diferencia, bajando él antes y teniendo que dar una pequeña vuelta para darle tiempo a entrar antes de hacerlo yo.

—¿Sabes? —me dice Xavi antes de que me baje—. Estoy muy orgulloso de ti.

—Vaya... —le digo con sorpresa—. Gracias.

—No creo que mucha gente se hubiera metido en un lío así por nadie, y me siento

orgullosa de tenerte como amiga.

—Xavi, no seas tonto. Yo solamente...

Él se gira para mirarme, sonriente.

—Si necesitáis cualquier cosa Ernest y tú, sólo tienes que...

Abro la puerta para salir, pero me acerco a su asiento antes, dándole un beso en la mejilla.

—Gracias, Xavi —le digo, saliendo del coche.

Me dirijo directamente a clase, en donde Ernest debería estar ya. Iona está justo en la puerta, mirando con ansiedad el reloj. Me ve aparecer y se me tira encima, como si hubiera estado sufriendo por mí. En realidad le agradezco que nos haya estado llamando casi a diario, ayudándonos en todo lo que ella podía, al igual que Judit. Ambas han sido unas verdaderas amigas, y no sé cómo podré pagárselo algún día.

—¿Ya ha llegado? —pregunto antes de entrar.

—Le vi yendo hacia los despachos —contesta.

—¿Y ellas? ¿Están ahí? —le digo mirando la puerta.

Iona se encoge de hombros, señalando hacia la clase. Y eso creo que es un sí.

Ellas están dentro.

—No creo que vuelvan a atreverse a decirnos nada ni a ti ni a Ernest. Los gritos que el decano les dio ayer, se escuchaban por toda la facultad.

Meneo la cabeza, nada convencida, pero entro a clase. Nuestros dos sitios están vacíos, parece que esperando por nosotras. Y el barullo que normalmente reina en clase antes de que el profesor llegue, se detiene en cuanto me ven entrar. Todos me miran, y es como si de un momento a otro se me fueran a lanzar encima.

—Iona... —susurro, muerta de miedo.

Ella sigue caminando con decisión hasta llegar a nuestros sitios, en donde nos sentamos.

Alguien siento que se acerca a mí. Cuando me giro, veo a Ignasi de pie a mi lado, mirándome con ojos calmados pero curiosos.

—¿Todo bien? —me pregunta.

Miro a Iona, por si ella tiene una explicación lógica para lo que está sucediendo pero, al parecer, está tan perdida como yo.

—Sí... Todo bien, gracias —contesto.

—Oye, siento todo lo que ha pasado —continúa diciéndome, frotándose el pelo—. Me gustaría hablar contigo fuera de clase.

—Ignasi, yo no...

—Aquí todos, o casi todos, te apoyamos —me interrumpe, y sé a quiénes se refiere con esa excepción—. Has sido muy valiente todo este tiempo y no lo has tenido fácil.

—Gracias, Ignasi... —respondo sin creerme todavía lo que está pasando.

Él sonríe y se va a su sitio con satisfacción. Miro a Iona y veo que está igual de sorprendida que yo. Al menos la gente vuelve a hablar de sus cosas, aunque en un tono algo más moderado, y puedo volver a relajarme un poco.

—No nos miran —me dice Iona.

Sé que habla de ellas tres sin necesidad de que mencione sus nombres.

—No las mires tú a ellas.

—Han estado toda la semana sin piarla —me cuenta—. Vienen a clase, se quedan en silencio, salen sin hablar, se van... Parecen fantasmas —y añade—: los fantasmas borinots.

Me río en bajo con ella, y creo que ya ha rebautizado a las tres.

Saco el móvil, preocupada porque Ernest no ha llegado todavía.

«¿Estás bien?»

Segundos después, recibo su contestación.

«Luego te cuento. Estoy yendo»

«¿Pasó algo?»

«Pasa que te quiero»

—Ay... —se me escapa en alto.

—Esa cara de tonta debe ser por... —comienza a decir Iona.

«Yo también te quiero»

—Ya viene —le digo.

—Pues ya era hora. Llega tarde —se queja bromeando.

—Algo pasó. Luego me cuenta.

—¿Qué es lo que...?

—Buenos días, chicos y chicas —nos dice Ernest con voz neutra, entrando en clase.

Me giro y veo que lleva el móvil en la mano todavía y, no sé por qué, pero me emociona saber que acaba de estar mandándome mensajes hasta hace unos segundos; me siento algo más segura, tranquila.

E incluso sonrío a su paso.

El silencio en la clase es abrumador. Tanto que el mismo Ernest nos mira extrañado en cuanto llega a su sitio.

Y lo que sucede a continuación, nos pilla por sorpresa; al menos a Ernest y a mí.

No sé quién comienza, pero la gente empieza a levantarse y a aplaudir en silencio, como una muestra de respeto hacia Ernest. Iona y yo nos levantamos, por supuesto, y me siento orgullosa de aplaudir a mi noiva yo también. Él me mira y no puede evitar sonreír aun estando abrumado por esta espontánea demostración de afecto de todos sus alumnos.

Salvo Montse, Pilar y Aurora, que se encogen en sus asientos, abrumadas también, pero de otra manera bastante diferente a la de Ernest.



Ernest

—Todos son unos falsos —me dice indignada.

—Ellos simplemente quisieron mantenerse al margen —intento explicarle aunque sé que tiene toda la razón.

—Falsos de mierda —vuelve a decir—. Se desentendieron de todo aun sabiendo

que lo que estaban diciendo esas tres era falso, ¿y ahora te vienen con abrazos y preocupándose por ti?

Se cruza de brazos, más que enfadada.

—Venga, noiava —le pido—, ya pasó todo eso. Ellos tuvieron un buen gesto conmigo y ya está.

Ella sigue enfadada. Parece dolida de verdad. Ha llegado hace poco a casa y le he contado por qué llegué algo tarde a clase hoy por la mañana. Los otros profesores estaban esperándome en la puerta de mi despacho con unos pasteles para celebrar que había vuelto. Es cierto, ellos desaparecieron hasta hoy mismo, pero no puedo estar molesto con todo el claustro. La gente es así, y hay que aceptar que no siempre actúan como tú lo harías. Es duro, pero hay que vivir en la realidad.

—Y encima Ana... ¡Ana! —exclama—. Ésa estoy segura de que fue la que más malmetió para que todo esto...

Agarro a mi enfurruñada noiava por la cintura y la arrastro hacia mí, besando su mejilla.

—Pero los pasteles estaban ricos, ¿no? —le digo, señalando con la cabeza la bandeja ya vacía sobre la mesa del salón.

—Bueno...

Marta sonrío tímidamente al principio, para acto seguido rendirse a la evidencia: no hemos dejado ni un solo pastel en ella.

En ese momento llaman al telefonillo del portal. Marta me mira extrañada mientras me levanto ante la insistencia del timbre.

—¿Sí?

—Abre, hijo —me dice mi padre.

Me quedo unos segundos paralizado mientras Marta me dice con los labios que qué sucede.

—Mi padre —consigo decir por fin mientras pulso el botón para que entre al portal.

Ella se levanta de golpe, algo perdida, sin saber qué hacer.

—Me voy —me dice.

—¿En pijama?

Se mira entonces y vuelve a quedarse clavada en el sitio.

Le señalo la habitación y se echa a correr hacia allí justo cuando llaman a la puerta.

Respiro profundamente y me acerco para abrir a mi padre. Y en cuanto estamos frente a frente, su rostro emocionado casi me hace olvidar el terror absoluto que siento en este momento. Me abraza con fuerza y vuelve a mirarme, sin soltar mis brazos todavía.

—Hijo, creí que hoy irías de nuevo a la empresa —comienza a decirme—. Te echamos de menos en la reunión.

—Hoy estaba cansado —respondo, señalándole el salón para que entre, cerrando la puerta en cuanto está dentro de casa.

—Imagino que habrá sido duro lo que...

—¿Quieres tomar algo? —le pregunto, intentando cambiar de tema.

Él me hace un gesto con la mano para indicarme que no quiere nada, y que me acerque a él.

—Me habría gustado que me dejaras estar a tu lado estas semanas —prosigue diciéndome en cuanto me siento.

—Fue mejor que te mantuvieras alejado, papá.

—Pero podría haberte ayudado.

—Ya hiciste suficiente —le digo—. Bruno fue de mucha ayuda.

Fue mi padre quien me buscó y pagó de su bolsillo el abogado. Eso es lo más que dejé que se acercara a mí, a través de Bruno. No quería que se viera envuelto en todo ese horror, más aún en su estado.

—Deberíamos salir a celebrarlo —propone.

—Sólo quiero volver a la normalidad cuanto antes, papá —contesto con voz cansada, intentando que entienda.

Él asiente, pero creo que todavía no cree que sea momento de irse.

—No me has contado todavía los detalles del juicio, y Bruno ya sabes lo profesional que es para estas cosas...

—No hay mucho que contar —me echo hacia atrás en el sofá, apoyando la espalda

en el mismo—. Se presentaron pruebas, testigos, y aquí estoy.

En realidad, no fue difícil convencer a mi padre para que no fuera al juicio. No podía estar allí por Marta, y le pedí que se mantuviera alejado hasta el final, que lo hiciera por mí; que no podría soportar verlo allí.

—Eso es demasiado resumen —se queja.

—De verdad, papá, lo único que quiero es pasar página y seguir con mi vida como si el último mes no hubiera sucedido.

Le digo aquello con desgana. Y es que es verdad. Estoy deseando que todo se normalice por fin para no volver a pensar en este último mes que he pasado.

—Y, ¿no vas a presentar cargos contra esas tres locas hijas de...?

—No quiero hacer nada —respondo—. Pasar página y ya está.

Él menea la cabeza, nada contento con mi decisión. Posa su mano en mi hombro antes de volver a hablar.

—Eres demasiado noble, Ernest. Así no vas a poder llegar a...

—Papá, por favor —le pido, sabiendo prácticamente de memoria lo que va a decirme a continuación.

Y es que no quiero llegar a lo que ha llegado él, que es lo que realmente quiere decirme. No quiero llegar a vivir para trabajar, no tener más vida que llevar una empresa y quedarme en ella de sol a sol, metido en un despacho. Quiero llevar la vida que llevaba hasta hace unos meses.

Con Marta a mi lado.

—Sólo estoy preocupado por ti —me dice mi padre.

—Lo sé, papá —e intento cambiar de tema—. ¿Qué tal tú? ¿Ya pediste la cita con el nuevo especialista?

—Me han dado para el mes que viene.

—¡Un mes! —exclamo, indignado.

—No es mucho... —responde con resignación.

—Esta vez voy contigo —le recuerdo—. No te olvides de avisarme cuando sea.

Mi padre asiente, sabiendo que voy a ir, quiera él o no, y decide no comenzar una

pelea después del mes que he pasado, así que me da una tregua.

No es hasta después de media hora cuando consigo despedir a mi padre, prometiendo vernos el lunes en su despacho.

Cierro la puerta y voy directo a la habitación en donde está Marta tumbada boca arriba en la cama, leyendo un libro en una postura imposible. Me ve entrar y deja el libro en la mesita. Su sonrisa vuelve a contagiarme y me acerco a ella.

—Siento haber tardado tanto —le digo, cogiendo su mano.

Ella me hace un gesto, como si me diera a entender que incluso le molesta que me disculpe por eso.

—Hacía tiempo que no le veías, es normal...

Acaricia mi mejilla y en ese mismo instante me doy cuenta de lo mucho que la quiero. No es solamente el cariño que podía sentir hasta ahora por otras personas. Es algo más. Es saber que puedo apoyarme en ella, suceda lo que suceda. Es sentir que quiero ser su apoyo yo también, quiero hacer que sea feliz como yo mismo lo soy a su lado.

—No quiso estar a mi lado —digo, pensando en alto.

Marta frunce el ceño, tratando de alcanzar mi lógica.

—Le dijiste que... —comienza a decirme, intentando disculparle.

—Pero tú estuviste conmigo, aunque intenté alejarte —y no sabe qué contestar—. Tú nunca dejaste de creer en mí.

—Él tampoco, Ernest, es tu padre...

Cojo la mano que acaricia todavía mi mejilla. La beso y siento que necesito estar más cerca de ella. La abrazo con todas mis fuerzas, y ella suspira en cuanto lo hago.

—No sé cómo agradecerte...

—Ni se te ocurra volver a darme las gracias, porque lo que... —comienza a decirme con tono enfadado.

—No me refiero solamente a haber declarado a mi favor —le explico—. Te engañé. Te eché de casa incluso —me hace un gesto de resignación, haciendo rodar sus ojos—. Y eso no te impidió volver a mi lado.

—Pero ya pasó todo, ¿no? —me dice con esa sonrisa de haberse salido con la suya, parafraseándome con inteligencia.

Me echo a reír y beso sus labios.

—Tienes toda la razón, noiava —le digo, acunándola entre mis brazos levemente—. Ya pasó todo.

Se lo repito de nuevo entre besos, aunque ni yo mismo me lo creo del todo. Pasó lo peor, es cierto, pero algo me dice que por ello las cosas no van a mejorar. Volvemos a estar como al principio o incluso peor, teniendo que escondernos y procurando que nadie vaya más allá de lo que sucedió en el juicio. Espero que todo vaya olvidándose y no llegue a ciertos círculos que ni a Marta ni a mí nos conviene que llegue.

No, las cosas no son sencillas para ninguno de los dos, pero estamos juntos. Casi podría decirse que hemos conseguido encontrar una especie de equilibrio para mantenernos cuerdos en la locura que son nuestras vidas.

El día en que podamos decir al mundo que nos queremos, está más cerca, de eso no hay duda.



VIII

Ernest

olver a desayunar a diario con Marta es como un sueño, más aún habiendo creído durante semanas que no podría verla cada día por tener que entrar a la cárcel. Estos días hemos podido desayunar antes de ir a la facultad, disfrutando de todo el tiempo que podemos para estar juntos. Sus padres vienen esta semana y se acabará dormir a diario juntos, desayunar en casa, todavía en pijama, ducharnos juntos y acabar haciendo el amor.

Hemos hecho un calendario para descontar los días que faltan para acabar el curso. Al día siguiente podremos dejarnos ver en pareja, y ya estamos planeando el momento. Marta quiere que vaya con ella a recoger las notas finales, de la mano. Yo soy más de dejar que la gente se entere cuando tenga que enterarse. De todas formas, nos pasamos horas hablando de ese momento, y eso es algo que a ambos nos hace mucho bien.

—Podríamos meter esta parte en columnas en esta zona de aquí... —me dice Marta, dibujando su idea a modo de esquema en el garabateado papel en donde estamos hablando del trabajo que tienen que exponer mañana mismo.

Por los impedimentos que ha habido con mi suspensión en la EBU, las exposiciones de trabajos hemos tenido que hacerlas durante toda la semana, aprovechando horas en las que ellos no tenían clases. Han sido muy comprensivos conmigo, no quejándose por ello, y en compensación yo también lo estoy siendo con ellos: todos están

aprobando.

Iona ha venido hace un rato a casa para ultimar detalles. Los tres estamos en la mesa del comedor, picando algo antes de cenar, hablando de manera distendida sobre temas de clase.

—Es mejor que os centréis más en la parte práctica, no tanto en la técnica —les recomiendo.

—Es lo que le decía yo ayer mismo —dice Iona—. Tendrás que ponerme a mí más nota que a ella...

—Esto es un trabajo en grupo —les recuerdo mientras se pican la una a la otra por el comentario anterior.

—Sigo molesta porque aprobaste a esas tres borinots —me suelta ahora Iona.

—Lo pasaron muy mal exponiendo —explico a ambas—. No quiero venganzas en mi clase, y tengo que empezar dando ejemplo yo mismo.

Marta no dice nada. Tiene la mirada perdida en aquellos papeles, los cuales garabatea sin sentido, intentando distraerse de la conversación. Beso su frente y acaricio su mejilla, haciendo que me mire y vuelva a sonreír.

—Por favor, esperad a que yo me vaya, ¿de acuerdo? —se queja Iona, haciéndonos reír a ambos.

—Muy bien —le digo—. Sigamos entonces. ¿Tenéis claro cómo vais a empezar y acabar la presentación? Ya sabéis que se valora también la forma, no sólo el fondo.

—Yo tenía pensado algo así como *¿os aburrís yendo a los museos, no entendiendo ni papa de nada de lo que hay allí?*

Marta da un empujón a su amiga, echándose a reír de nuevo.

Llaman al telefonillo de abajo, interrumpiendo las risas paulatinamente.

—Creo que podríais enfocarlo como si fuerais a vender realmente la aplicación a una empresa —les sugiero, yendo a ver quién llama—. ¿Sí?

—Ernest, soy Xavi.

Abro algo sorprendido, y vuelvo con ellas a la mesa.

—Es tu chico —le digo a Iona.

—Le dije que cenaríamos a las diez, pero se ve que ya me echaba de menos —se

pavonea, levantándose para abrir la puerta y recibirle ella misma.

—Tengo hambre —dice Marta—. Podíamos aprovechar que ya ha llegado Xavi y cenar algo.

Me acerco a su oído para contestar.

—Yo tengo ganas de cenarte a ti.

Ella ríe mientras yo comienzo a darle besos por el cuello, sin importarnos las quejas de Iona, que amenaza hacer lo mismo en cuanto Xavi suba.

Llaman al timbre y oímos cómo abre la puerta. Cojo a mi noiava por los hombros y la beso en condiciones. Me está devolviendo el beso con la misma intensidad, cuando escuchamos un grito de sorpresa de su amiga.

Y no me da tiempo a reaccionar.

Siento que alguien me arranca del lado de Marta, agarrándome por la espalda.

Marta comienza a gritar en cuanto recibo el primer puñetazo en la cara. Y no es hasta que veo venir el segundo, cuando me doy cuenta de quién es el que acaba de entrar a casa.

Jordi en persona.

—¡Para, papá! ¡Déjale en paz! —grita desesperada Marta, intentando sujetar a su padre para evitar que vuelva a pegarme.

Iona y Xavi tiran de él también pero, aunque podría haber esquivado este segundo puñetazo, contraatacando con otro, no he sido capaz. No puedo pegar al padre de Marta, no delante de ella precisamente. Soy su novio, sí, pero... Él es su padre, y no quiero que tenga que elegir entre él y yo.

—¡Maldito hijo de puta! —sigue gritando Jordi—. ¡Calzó bastardo! ¡Juro que voy a reventarte el cuerpo y se te quitarán las ganas de aprovecharte de mi hija!

Sólo escucho gritos a mi alrededor. Intento protegerme para que no me golpee con demasiada fuerza, pero no es hasta que Xavi consigue agarrarle los brazos cuando puedo respirar de nuevo.

—Señor Casals, hablemos de lo que... —le digo, secando mi labio ensangrentado con la mano.

Éste vuelve a querer lanzarse a mí pero por suerte Xavi lo retiene.

—Papá, por favor, deja que te expliquemos...

—¡No hay nada que explicar! —brama, haciendo que todos entrecerremos un instante los ojos—. ¿Pensasteis que no me enteraría de lo que sucedió en ese juicio? ¿De verdad creísteis que todo esto no llegaría a saberlo? No me lo podía creer cuando me llamaron ayer para contármelo y tuve que venir para verlo con mis propios ojos. Y aquí estáis los dos, ¡arrastrando mi apellido de nuevo por el suelo!

Marta se ha colocado entre ambos al creer que su padre se iba a soltar de Xavi, pero yo intento hacerla a un lado para que no le suceda nada. Ahora mismo su padre está incontrolable y no quiero que salga herida porque él no sepa ni dónde golpea.

—Vamos a sentarnos a hablar de todo esto, ¿de acuerdo? —vuelvo a insistir.

De repente deja de forcejear y Xavi cree que a lo mejor Jordi está dispuesto a hablar tranquilamente, así que va soltándole poco a poco.

Siento la mano de Marta agarrar mi brazo con verdadero terror. Tengo que conseguir calmar toda esta locura antes de que se nos vaya de las manos, aunque no tengo ni idea de lo que puedo hacer para ello.

—Primero —comienza a decir su padre, ajustándose la ropa de sport que ha traído, como si acabara de bajarse del avión hace minutos—, señor Pérez, está despedido —Xavi se le queda mirando con los ojos abiertos de par en par, no sabiendo cómo reaccionar ante eso—. Váyase ahora mismo de aquí. Y no piense que su despido es improcedente ni mucho menos. Ha facilitado que mi hija se vea con un Calcó —se gira hacia él con rabia—. ¡Ni indemnización, ni paro, ni hostias! ¡A la puta calle! ¿Me ha escuchado? ¡Lárguese de aquí! ¡Ya!

Xavi nos mira un instante pero no parece haber rabia en sus ojos, sino impotencia y culpabilidad por tener que darse la vuelta e irse de aquí, como hace acto seguido.

Iona sí que nos mira con dolor, yéndose detrás de Xavi, dejándonos solos con Jordi.

—Papá... —empieza a sollozar Marta a mi lado—. Xavi no sabía que Ernest...

—Segundo —le corta, levantando la voz—. Vosotros dos no vais a volver a veros jamás. Tú —me dice, señalándome—, vas a largarte de Barcelona para siempre. Y tú —y ahora se dirige a su hija— vas a venir conmigo y vas a empezar a hacer lo que yo te diga, ¿está claro?

Sus palabras explotan en mi pecho y en mis tímpanos. Veo de reojo a Marta hacer

un gesto de malestar por el mismo motivo, pero no se mueve de mi lado. La miro, esperando que camine hacia Jordi, pero ella me mira y se yergue con dignidad, cogiendo aire y fuerzas frente a su padre.

—No voy a dejar a Ernest, papá —le dice con decisión.

Siento su mano coger la mía y me sorprendo con su coraje.

—¿Cómo? —pregunta Jordi, torciendo el gesto de su cara de forma terrorífica.

—No puedes obligarme a hacer eso —le responde Marta—. Si él se va, yo me voy con él. No pienso separarme de Ernest. Le quiero, y no vas a conseguir que...

No le da tiempo a acabar la frase cuando su padre se abalanza sobre su hija, agarrando con fuerza su brazo y tirando de ella hacia él para separarla de mí.

—Tú te vienes conmigo y se acabó —le dice—. ¡Soy tu padre y aquí se hace lo que yo diga!

—¡No! —grita Marta, soltándose de él de golpe—. ¡No puedes obligarme a algo así!

—Marta, por favor, escucha —le pido intentando calmar cuanto antes a su padre. Ella se gira hacia mí y me mira con desesperación—. Tu padre lo único que quiere es lo mejor para ti. Calmémonos todos y hablemos de esto como adultos.

—Te repito que no hay nada de qué hablar aquí, y menos con un Calcó —interrumpe Jordi—. Mi hija se viene conmigo y tú desapareces para siempre, ¿me has entendido? —brama, señalándome con el dedo.

—¡Te he dicho que no voy a...! —comienza a gritar Marta con absoluta desesperación cuando su padre vuelve a intentar agarrarla del brazo.

Lo consigue durante unos segundos pero ella chilla de dolor, como si le estuviera haciendo daño físico en el brazo, así que yo intento que la suelte. Jordi se revuelve contra mí y recibo un nuevo puñetazo, esta vez en el estómago, que me emboza durante unos segundos. Pero en cuanto veo que da un bofetón a Marta y agarra su pelo, tirando de ella para sacarla de mi casa, me recupero del golpe y me meto en medio de ambos, empujando a Jordi con tanta fuerza que va a parar a la pared de enfrente, golpeándose contra la misma.

—¿Estás bien? —pregunto a Marta sin apartar la vista de su padre, colocándola detrás de mí.

Ella se esconde en mi espalda, tiritando. Vemos a Jordi levantarse, y sus ojos ahora mismo me dan verdadero miedo.

—Va a matarnos... —escucho decir a Marta en un susurro agónico.

Yo mismo he pensado igual que ella al verle avanzar hacia donde estamos, como si no le importara acabar con nosotros como fuera.

Se lanza sobre Marta y de nuevo la agarra del pelo, pero esta vez mi puño se estampa en sus costillas, algo que, por suerte, no ve venir. Suelta a Marta y vuelvo a esconderla detrás de mí, a salvo de la locura en la que su padre parece estar envuelto. Aprovecho su desconcierto para agarrarle y sacarle de casa, cerrando con llave la puerta.

—¡Abrid ahora mismo la puerta! —sigue gritando en el pasillo—. ¡Voy a llevarme a mi hija, sea como sea! ¿Me escuchas? ¡Sea como sea!

Marta me mira con pánico en sus ojos, dando unos pasos hacia atrás, como si temiera que su padre pudiera entrar de un momento a otro, tirando la puerta.

—¡Marta no va a moverse de aquí! —le grito a este lado de la puerta—. ¿Me oye? ¡No voy a dejar que le haga daño!

—¡Vete al infierno, Calzó! ¿Me oyes tú a mí? ¡Es mi hija!

—¡Es el amor de mi vida y no voy a permitir que le pase nada jamás! ¡Váyase de aquí o llamaré a la policía!

Se hace el silencio de golpe. Pero cuando creo que ya ha acabado todo, vuelvo a escuchar a Jordi hablar al otro lado.

—Muy bien, me iré —dice con una calma terrorífica—. Pero vosotros os tendréis que atener a las consecuencias.

Hasta después de unos segundos de silencio, no me muevo de allí, como si temiera que la puerta pudiera abrirse sola y Jordi estuviera aguardando allí fuera por ese preciso motivo. Me giro por fin hacia Marta y la veo agachada en el suelo, apoyada contra el sofá, con las manos en su cabeza y respirando entrecortadamente, intentando calmarse.

Me acerco a ella todo lo rápido que puedo.

—Marta, ¿estás bien? —intento acariciar su pelo, pero ella se queja y gimotea, como si le estuviera doliendo—. ¿Te duele? Déjame que vea si te hizo algo.

Ella retira las manos de su cabeza y compruebo que tiene algún arañazo en ella pero, por suerte, sin importancia. Entre eso y los tirones que ha recibido, imagino que debe

de estar con el cuero cabelludo bastante resentido.

—Qué vamos a hacer... —escucho que me dice cuando la agarro con cuidado para que se levante del suelo, sentándonos en el sofá.

—En este momento, calmarnos —acaricio de nuevo su cabeza y ella sigue quejándose de dolor—. ¿Te duele mucho?

Ella asiente y rueda por sus mejillas una lágrima de dolor, mientras se frota ciertas zonas de la cabeza.

—En un rato se me habrá pasado —me asegura—. No es nada, sólo... —levanta la vista y me clava sus llorosos ojos en los míos—. No entiendo qué acaba de pasar. Él no tenía ni siquiera que estar aquí y...

—Alguien le llamó.

—¿Quién? —ante su pregunta, sólo puedo encogerme de hombros. Entonces ella parece recordar algo—. Tengo que llamar a Iona, pásame el teléfono, por favor...

Me señala su teléfono encima de la mesa.

—¿Ahora?

Asiente y extiende su mano hacia la mesa. Se lo alcanzo y ella marca el número de su amiga, llevándose el móvil a la oreja.

—Calma, Iona... —le dice nada más que se empiezan a escuchar voces al otro lado—. Estamos bien, sí... —miente, mirándome. Yo la abrazo y comienzo a besar su dolorida cabeza mientras la acaricio el pelo—. ¿Y vosotros...? ¿Y cómo es que Xavi vino y...? No sabía que esto podía... No, ¡yo nunca quise meter en medio a Xavi! Yo sólo... ¿Qué? ¿Cómo que ellos...? —frota su rostro con la mano—. Iona, te prometo que intentaré arreglarlo, de verdad. Dile a Xavi que no se preocupe... Mañana nos vemos...

Cuelga y se queda abatida, mirando su móvil sin hablar.

—¿Están bien? —me aventuro a preguntar.

—Xavi tuvo un problema con la matrícula hoy —comienza a decirme—. Le dijeron que pasaba algo con su matrícula de la universidad, como si se hubiera cancelado. Él pensó que era un error, pero ahora... Creo que mis padres la cancelaron, y ahora va a empezar los exámenes, está en el último curso y...

—Pero entonces, ¿desde hacía cuánto sabían tus padres esto?

—No sé, puede que desde ayer como dijo mi padre antes y se diera mucha prisa en despedir a Xavi. Lo que no entiendo es cómo se enteró de lo que había pasado en el juicio y de que Xavi sabía incluso dónde vivías.

—No entiendo nada —reconozco—. Fue Xavi el que llamó abajo. Si hubiera sido tu padre, yo nunca...

—Sí, me dijo Iona que mi padre le dijo a Xavi que le trajera hasta aquí, que iba a decirnos que lo sabía todo pero que no había problema. Que quería darnos una sorpresa... —me mira y se fija en mis labios. Pasa un dedo por ellos y parece como si le dolieran los puñetazos que recibí hace un momento—. Mi padre es muy retorcido cuando quiere... —viendo que me quejo al acariciarme, pregunta—: ¿Te duele?

—Un poco, no te preocupes.

—Vamos a limpiarte la sangre, anda.

Se levanta del sofá, cogiendo mi mano y yendo conmigo hasta el baño.

—Me siento mal por Xavi —reconozco mientras ella comienza a pasarme una toalla mojada por las heridas del labio—. No creí que se viera envuelto en esta locura.

—No te preocupes. En cuanto acabe de limpiarte, escribo a su universidad para decirles que me hagan a mí el cargo que quedara pendiente de pago. Tengo unos ahorros de la venta de mis cuadros en una cuenta que mis padres no conocen.

—Deja que le pague yo la mitad.

—Es algo que los Casals llevábamos haciendo estos años, y quiero hacerlo yo. No será una gran cantidad tampoco —me dice y me mira, guiñándome un ojo, algo sonriente.

Es increíble cómo Marta afronta las situaciones de estrés. Pasa de una situación terrorífica a tomar el control e intentar solucionar todo, paso a paso.

Es más fuerte de lo que pensaba.

—Joder, escuece —me quejo en cuanto pasa la toalla mojada sobre otra herida.

—No te quejes tanto; ya acabamos —me dice sin prestarme demasiada atención—. Por cierto, gracias.

Ese *gracias* susurrado con tanta dulzura y sus ojos clavados en los míos, me dan fuerzas en este momento para soportar cualquier cosa.

—Tuve que reaccionar antes —me disculpo.

—Sé por qué no lo hiciste, y te quiero más aún por ello.

Me la quedo mirando y sonrío, más enamorado que nunca de esta bella, fuerte y comprensiva chica.

La cojo entre mis brazos y ella besa mi mejilla mientras me abraza también.

—Te prometo que nunca volverá a hacerte nada. Ni él ni nadie.

Vuelve a sonreír, esta vez con tristeza.

—Quería preguntarte algo...

—Dime.

—Dijiste que yo... ¿Soy el amor de tu vida?

La miro con extrañeza.

—¿Acaso lo dudas?

Me abraza esta vez ella a mí y escucho que vuelve a llorar.

—Dime que todo va a salir bien —me pide sin soltarme todavía.

—Todo va a salir bien, noiava —le digo, acariciando su espalda.

—Dímelo otra vez.

Sigue llorando, parece que perdida de nuevo. La separo de mí para responderle mientras le miro a los ojos.

—Todo va a salir bien, ¿de acuerdo? Mañana será otro día, tus padres se lo habrán pensado mejor y estarán más tranquilos.

—Mañana será otro día —repite como un mantra con su cabeza agachada. Me mira de nuevo—. ¿Me puedo quedar hoy aquí y...?

—Marta, por favor —le digo molesto por la pregunta.

—Sé que debería ir a casa pero...

—Debes quedarte conmigo. Te necesito.

Su sonrisa es la perfecta recompensa para mí.

Nos levantamos de allí y vamos directos a la cama. Ni siquiera cenamos. Simplemente nos metemos entre las sábanas, abrazándonos como nunca, sintiendo que nos queremos incluso más que antes.

Ahora es cuando temo que podamos hundirnos; no por nosotros mismos, sino porque a nuestro alrededor sea una situación insostenible. Pero haré todo lo que pueda para que nada ni nadie consiga separarnos.

Y el terror que ambos sentimos, se va mitigando poco a poco al sentirnos fuertes estando juntos, el uno en brazos del otro.



IX

Marta

No he podido dormir demasiado bien. He tenido pesadillas durante toda la noche, pero Ernest ha estado a mi lado cada vez que me despertaba gritando, calmándome con sus caricias y sus besos. Ya por la mañana, me ha obligado a desayunar todo lo que me llevó en una bandeja a la cama y hemos venido en metro a la universidad. Vagones diferentes, entrando a la facultad con un par de minutos de diferencia, como siempre.

Veo a Iona en cuanto entro en clase. Está hablando con Ignasi y no logro descifrar qué pueden estar diciéndose esos dos. Sus rostros están serios, aunque Ignasi parece algo más molesto e Iona algo más avergonzada.

A saber...

En cuanto Ignasi ve que me acerco, se levanta de mi sitio y me saluda con la mano, alejándose en dirección contraria.

—Iona, tenemos que hablar —le digo al llegar a su lado.

Ella me mira y me doy cuenta de que ha debido de pasar una noche parecida a la mía. Sus ojos todavía están enrojecidos e hinchados, y no tiene muy buena cara.

—¿De qué? —pregunta secamente.

Me siento a su lado mientras el resto de gente va entrando y ocupando sus sitios, hablando animadamente entre ellos, sin prestarnos atención.

—Ya he solucionado lo de Xavi —le digo, haciendo que me mire con los ojos muy abiertos—. Al menos en parte. He escrito a la UOC para que hoy mismo carguen en mi cuenta su matrícula y he hablado antes de entrar a clase con uno de los gestores de mi padre para que le convenza de que el despido sea con indemnización y derecho a paro. No puedo hacer que vuelva a contratarle pero yo...

—Marta, es mi novio —me corta—. No tienes por qué pagarle tú lo que...

—Es por mi culpa por lo que está en esta situación.

—Habíamos pensado pedirle dinero a mis padres.

—No creo que sea buena idea que sepan de Xavi precisamente porque necesita dinero —le digo, y por su gesto, me da la razón—. Además, mi madre se comprometió en su momento a ello. Y quiero acabar lo que mis padres no han querido hacer. No soy como ellos, y sabes lo mucho que aprecio a Xavi. Él no merece lo que ha hecho mi padre ayer.

Sin tiempo a cambiar siquiera su semblante, se lanza a mis brazos, apretándome hasta hacerme reír.

—Le escribiré ahora mismo para darle las noticias —me dice cuando me suelta, cogiendo su móvil con urgencia.

—Sé que Xavi podrá encontrar pronto trabajo, a lo mejor incluso de lo suyo. Si tus padres algún día...

Me mira de reojo y sonrío de medio lado.

—Ayer hablamos de eso mismo —comienza a contarme, guardando de nuevo el móvil—. Vamos a hacerlo oficial y a contárselo a nuestros padres.

—¡Eso es genial! —exclamo con emoción.

Los padres de Iona no son como los míos ni de lejos. Son mucho más comprensivos y abiertos de mente, pero Iona es muy reservada para estos temas y nunca quiere presentarles a ningún chico. Salvo a Xavi.

Y eso significa que va muy en serio con él.

—Si van conociéndole, a lo mejor en cuanto acabe la carrera pueden darle trabajo. No podrán decirle que no ha empezado desde cero, y eso es algo que les encanta.

Me río con su último comentario. Los padres de Iona son dueños de un concesionario de coches de lujo aquí en Barcelona, y creo que Xavi va a tener un buen puesto de trabajo en cuanto termine sus estudios. Aunque creo que esta vez desde un despacho, no dentro de un coche.

—Buenos días, chicos y chicas —escuchamos detrás de nosotros decir a Ernest, entrando en clase y yendo a su mesa.

Todos comienzan a silenciar sus conversaciones y se preparan para empezar la clase. Iona y yo nos miramos y sonreímos. Hoy nos toca exponer nuestro trabajo, ése que comenzamos con la que creímos que era una buena amiga hace unos meses y del que ahora nos hacemos cargo las dos solas. Pero todo va a salir bien. Podemos con esto y con todo lo que vaya surgiendo. Afrontaremos lo que nos venga a partir de ahora, porque ya no somos las niñas locas que comenzaron hace cuatro años la universidad. Somos dos adultas que en unos meses empezarán una nueva vida, y que van a luchar por lo que quieren de la mejor forma que sepan.

¿Quién dijo miedo a madurar?



Ernest

Mi noiava ha hecho una presentación deslumbrante. He querido levantarme y besarla allí mismo, pero finalmente he conseguido realizarles unas preguntas como al resto, darles las gracias y pedir que ambas se sentaran.

El beso lo reservaré para cuando lleguemos a casa.

—Muy bien —les digo, levantándome y caminando frente a ellos—. Todos habéis trabajado, habéis presentado una propuesta innovadora empresarial y os habéis esforzado. A mí sólo me queda decirlos tres cosas. Primero, daros la enhorabuena por el trabajo realizado. Segundo, ninguno ha sacado una nota menor de notable —aquí el murmullo se hace evidente, mirándose unos a otros con desconcierto.

—¿Y lo tercero? —preguntan al fondo, haciendo reír levemente al resto.

—Lo tercero —continúo, cogiendo un montón de folios que tengo en mi mesa—, es recordaros que la semana que viene empezáis los exámenes —comienzan a quejarse entre ellos, no muy contentos con este recordatorio—. Sé que es el último año y vais a tener demasiadas cosas para estudiar. Conmigo solamente tendréis un examen parcial, pero me gustaría que todos vosotros os quitarais cuanta materia fuera posible, así que he pensado daros una especie de guía de estudio para que el examen os resulte más fácil de estudiar.

Comienzo a repartir las hojas que tengo en la mano y en cuanto leen de lo que se trata, empiezan a murmurar con emoción.

—Pero esto es... —escucho a Ignasi decir antes de echarse a reír.

—Quiero que tengáis los conocimientos clave de la asignatura más que claros, así que, para que no haya dudas, éste será el examen de la semana que viene. Os entregaré una copia exacta ese día, por lo que os pediría...

Pero no soy capaz de seguir hablando. El alboroto es mayúsculo, y yo sonrío por haberles podido hacer un poco más felices en época de exámenes.

Veo que por la puerta aparece Eugeni con rostro serio, indicándome con la mano que acabe la clase y salga con él, así que recojo mis cosas y los alumnos al verme ir hacia la puerta, entienden de sobra que hemos terminado por hoy.

Dejo atrás el alboroto de la clase y camino junto a Eugeni por el pasillo hacia el ascensor, imagino que para ir a la zona de los despachos.

—Quería hablar contigo antes de que entres al despacho del decano —me dice con un tono de voz bastante poco alentador.

—¿El decano? —pregunto sorprendido.

—Jordi Casals acaba de estar con él.

Me mira al decir eso y el corazón se me dispara.

Porque sé exactamente por lo que quiere verme el decano.

—Estoy en la calle, ¿no?

Entramos en el ascensor los dos solos. Eugeni suspira antes de contestarme.

—En realidad... Creo que Marta también va a tener que irse.

—¿Marta? —exclamo.

—Su padre va a dejar de pagar su matrícula —me explica—. Y no hay opción a beca a estas alturas del curso.

—Qué hijo de puta es —comienzo a decir, frotando mi cabeza con desesperación—. Ha venido solamente por venganza. ¿Cómo puede hacerle eso a su hija?

—Sólo quería avisarte de lo que vas a encontrarte al entrar en su despacho —me dice, encogiéndose de hombros.

—Gracias, Eugeni —le digo saliendo del ascensor.

Me da la mano y un par de palmadas en el hombro.

—Me gustaría hacer algo más —reconoce—. Eres un buen tío y Marta es una chica espectacular. No os merecéis todo lo que está pasando. Si necesitáis cualquier cosa, podéis contar conmigo, ¿de acuerdo?

Asiento mientras él vuelve a palmear mi hombro, dejándome frente a la puerta del decano, yéndose hacia su despacho.

Su secretario me indica con la vista que puedo pasar, sabiendo perfectamente quién soy al parecer. Cojo aire antes de llamar a la puerta y en cuanto escucho al decano decir que pase, entro como si de un campo de batalla se tratase.

—Señor Gómez, me han dicho que quería hablar conmigo —le digo en cuanto cierro la puerta, acercándome a su mesa.

Él me indica con la mano que me siente frente a él. Suspira en silencio sin apartar la vista de mí durante unos segundos.

—Señor Calçó, tenemos un grave problema —me anuncia con voz grave—. El señor Casals, padre de una alumna de esta universidad, acaba de estar conmigo, explicándome ciertas cosas que no me han parecido nada adecuadas. Ante todo, esta universidad tiene un prestigio y no le gusta verse envuelta en los escándalos que se están dando este curso.

—Le pido disculpas —me apresuro a decir—. Y entiendo su malestar. Yo mismo no...

—Antes de comunicar a esta alumna mi decisión —prosigue, cortándome como si no le interesara lo que tenía que decir—, quería hablarlo con usted. Desde hace tiempo me han llegado rumores de que Marta Casals y usted son pareja —al ver que no replico nada, continúa—. Como sabe, las normas de esta universidad son bien claras: nada de relaciones

entre profesores y alumnos. Tenemos una estricta ética, pero nos ha ido muy bien hasta ahora.

—Lo entiendo, señor Gómez —es lo único que puedo decir.

—Al comunicarme el señor Casals que cancelaba la orden de pago de la mensualidad de su hija desde este mismo mes, las cosas son más sencillas de lo que creí en un primer momento.

—¿Sencillas? —pregunto sin poder evitarlo.

—Ella tiene que irse irremediamente de la universidad, por lo que usted puede quedarse. Ya no estarían ambos en la institución juntos, así que lo que hagan con sus vidas fuera de aquí con gente que no pertenece a la EBU, no conllevaría ningún problema.

—¿Quiere decir que Marta se va y yo me quedo?

Creo que nota mi indignación, porque no hago ni el esfuerzo de controlarla.

—No tiene de qué preocuparse. Mantendrá su puesto de trabajo.

—Y Marta será castigada por algo totalmente injusto —añado.

—La vida a veces...

—¿Cuál es el importe de matrícula que queda por pagar?

Él me mira frunciendo el ceño, sin entender a qué viene mi pregunta.

—Señor Calcó, es muy noble por su parte pero un profesor de universidad, incluso de la EBU, no podría pagar una cantidad tan elevada. Tenga en cuenta que mensualmente el coste es de mil quinientos euros, y si a eso le añadimos las tasas del título y...

Hago un rápido cálculo mental y sé que tengo ese dinero en el banco. Voy a tener que buscar un trabajo pronto o no sé cómo sobreviviré, pero Marta podrá seguir estudiando. Si tengo que irme a París para volver a mi anterior puesto de trabajo, lo haré.

—Tendrá la cantidad total ingresada esta misma mañana —le aseguro.

Él no sabe qué responder a eso. Creo que no lo esperaba.

—¿Quiere decir que quiere irse usted?

—Marta se queda —sentencio—. Y le agradecería que ella no supiera nada de esto. No necesita saber quién paga las cuotas. Ella sólo necesita estudiar y ser la mejor de su promoción.

El decano me mira todavía sorprendido. Sacude la cabeza y extiende su mano hacia mí para sellar el trato.

—Me sorprende usted, señor Calcó. Es más noble de lo que pensé y me duele tener que prescindir de usted. Pero le aseguro que el próximo curso las puertas de la EBU estarán abiertas por si decide volver con nosotros.

—Le agradezco el ofrecimiento —respondo sencillamente, dando por concluida nuestra reunión.

Salgo del despacho y me dirijo a Marcos, su secretario, que me mira con rubor y lástima a partes iguales.

—Marcos, ¿podrías facilitarme los datos para hacer un ingreso en concepto de matrícula de una alumna de enero a junio?

—¿De los seis meses a la vez? —pregunta asombrado.

—Marta Casals —le indico—. ¿Me lo podrías facilitar tú en vez de tener que ir yo hasta administración y tener que dar demasiadas explicaciones?

Él entiende y asiente con decisión. Comienza a teclear, entrando en el expediente de mi noiava. Al cabo de un par de minutos, tengo en mis manos lo necesario para que ella no tenga que enterarse nunca de esto.

—Solamente habría que hacer el ingreso y traerlo de vuelta sellado —me explica.

—Muy bien, en un rato te lo traigo. ¿Podrías hacerme un último favor? —en cuanto asiente, prosigo—. ¿Podrías decir que te envíen a ti los papeles de mi despido? Así los firmaría aquí mismo nada más que te trajera lo de la matrícula de Marta.

—Sin problema —contesta con rotundidad—. Lamento lo que...

—De esto ni una palabra a nadie —le advierto—. Ni siquiera a Marta, ¿de acuerdo?

Creo que está a punto de echarse a llorar cuando me doy la vuelta, pero no puedo detenerme ni un segundo. Tengo que hacer las gestiones antes de que Marta salga de clase para evitar que se entere de todo.

Ella no sabrá jamás lo que su padre ha hecho.



Marta

Por hoy se acabó. Iona y yo recogemos nuestras cosas mientras termino de explicarle los detalles de lo sucedido ayer. Nada más salir por la puerta veo a Ernest apoyado en la pared de enfrente, como si estuviera esperando a alguien. Ana ha salido justo delante de nosotras y se acerca a él como si dependiera su vida de ello, la muy falsa.

—¿Y ésta ahora qué quiere? —me dice Iona.

—No lo sé, pero odio cuando se le arrima así —reconozco.

Ernest me ve y me hace un gesto con la cabeza para que me acerque a él. Parece sonriente pero no tiene la misma alegría que todos los días. Está visto que todavía necesitamos asimilar lo que sucedió ayer.

En cuanto me voy acercando, veo que saca tres rosas bellamente adornadas del interior de su cazadora. Ana se lleva las manos a la boca, emocionada como si fueran para ella y por un segundo temo que sea así. Me detengo de forma inconsciente. No puede ser que Ernest vaya a regalarme rosas en mitad de los pasillos de la EBU, delante de todo el mundo. ¿Por qué haría algo así?

Extiende su otra mano hacia mí y vuelvo a caminar hasta llegar a su lado. Él coge mi cintura y me entrega las flores, sin prestar atención al gesto de horror que acaba de poner Ana a nuestro lado.

—Ernest, ¿qué es esto...? —le susurro sin comprender nada.

—¿No vas a darme ni un beso por el detalle? —protesta él, y se gira hacia Ana—. ¿Has visto lo que un novio tiene que soportar? La espero al salir de sus clases, le traigo rosas y ni un beso que recibo a cambio.

Ana no es que esté furiosa, sino que podría estallar en llamas fácilmente. O hacernos estallar a nosotros más bien.

—Ernest, no entiendo... —vuelvo a repetir.

Él sonríe y se acerca a mis labios, depositando el beso más dulce de cuantos me ha dado hasta ahora.

A nuestro alrededor parece que se ha hecho el silencio de repente. Sólo escucho murmullos de gente que se ha quedado petrificada, observándonos.

—No te preocupes —me dice, acariciando mi mejilla—. Ya no tenemos que preocuparnos de esto.

—¿Cómo que...?

Ernest acaricia mi pelo, como ensimismado.

—Siempre he pensado que tu pelo brilla más que el sol.

—Ernest... —exclamo con absoluto asombro.

Miro a Ana de reajo y veo que sigue ahí de pie, junto a nosotros, tan alucinada como yo.

—Ana —le dice Ernest, viendo que me incomoda su presencia—. Ya nos veremos. Marta y yo tenemos cosas que hacer.

Se dan dos besos, aunque más bien es Ernest el que se los da. Ana sigue sin reaccionar por lo que acaba de presenciar en primera línea, y no es capaz ni de decirnos un simple adiós cuando nos alejamos de allí.

—¿Estáis locos? —escuchamos a Iona a nuestro lado.

Parece haber venido a la carrera hasta nosotros aunque nos separaban escasos pasos.

—Hola Iona —le dice Ernest desde el otro lado con tono animado—. Vamos al despacho a por unas cosas, ¿nos acompañas?

Ella hace un gesto de asco y Ernest se ríe al verla.

—Me viene a buscar Xavi —se excusa—. Sólo quería saber si te habías vuelto loco o qué.

El ascensor se abre y me deja pasar a mí primero.

—Lo justo—le contesta, volviendo a besarme mientras se cierra el ascensor.

—Ernest, ¿vas a explicarme lo que sucede? —le digo con tono serio.

—Te invito a comer en cuanto salgamos de aquí y te explico todo —contesta.

—Empieza mejor ahora.

Él se ríe mientras salimos del ascensor, caminando hacia su despacho.

—Tengo que recoger mis cosas —me dice sacando su llave y abriendo la puerta—. ¿Me ayudas?

—¿Por qué tienes que...? —y su mirada lo dice todo—. ¿Te han despedido por mi culpa?

Viene hacia mí, volviendo a cogerme entre sus brazos, mirándome directamente a los ojos.

—Tú no has hecho nada. Sabía que esto podía pasar.

—Ha sido mi padre, ¿verdad?

—Las cosas se acaban sabiendo al final —contesta únicamente—. Pero ahora no tenemos de qué preocuparnos.

—¿Cómo que no? Te han despedido, Ernest, eso es para preocuparse...

—Todo va a arreglarse. No te preocupes, noiava.

Él comienza a sacar sus cosas de la mesa sobre la que tantas veces hemos desayunado juntos. Su despacho va quedando vacío de sus pertenencias, ese mismo despacho en el que nos besamos por primera vez, donde incluso alguna vez que otra hicimos el amor antes de bajar a clase.

Consigue meter todo en un par de maletines de mano y salimos de allí, dejando la llave sobre la mesa. Ernest no mira siquiera hacia atrás en cuanto cierra la puerta. Sigue caminando con decisión hacia el ascensor, con su mano agarrando la mía.

—Es extraño caminar por aquí de esta forma —reconozco ya dentro del ascensor.

Él me mira y sonrío.

—Vas a tener que acostumbrarte.

—Pero no podemos. Tu padre...

—¿Mi padre? —pregunta.

—Tu padre no sabe nada —le recuerdo.

—Llegados a este punto, ya no importa si lo sabe o no.

Llegamos a la planta baja y salimos del ascensor. Todavía hay bastante gente por el pasillo central, y todos se giran para mirarnos, como si fuéramos una simple atracción de feria que pudiera ser observada sin pudor.

Mi noiva agarra mi cadera y pasamos entre la gente agarrados, ya como pareja. Es una sensación muy extraña pasar por delante de mis compañeros, que hasta hace unas horas fueron alumnos de Ernest. Nos miran con curiosidad pero nadie nos dice absolutamente nada.

—Se acabarán acostumbrando —me dice Ernest antes de darme un beso rápido en los labios.



—Espero acostumbrarme yo también —confieso, haciendo que se ría con mi comentario.

—Espérame aquí —le pido frente a mi casa, tecleando la clave de seguridad en la puerta de entrada—. Dejo los libros y... —la pantalla de seguridad me devuelve un mensaje de error y frunzo el ceño, extrañada. Vuelvo a marcar la clave y de nuevo me da error—. ¿Qué le pasa a este trasto?

—¿No se abre? —pregunta Ernest.

—No, es raro —reconozco—. Debe de haberse averiado.

Llamo al timbre y tardan bastante en abrir, pero finalmente consigo entrar en casa, dejando atrás a Ernest, esperando en la puerta para irnos a comer por ahí en cuanto salga.

Pero al entrar, me encuentro a mi padre en la puerta, con rostro impasible y brazos cruzados.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta como si realmente estuviera sorprendido de verme en mi propia casa.

—Vengo a dejar unos libros y me voy a comer fuera —le anuncio, yendo hacia las escaleras para subir cuanto antes a mi habitación.

—Coge tus cosas y vete —escucho en mi espalda a mi padre.

Me quedo quieta frente al primer peldaño y me giro hacia él, intentando en este breve intervalo de tiempo entender lo que me quiere decir con esa frase.

—¿Cómo que...?

—Ya me has oído. Coge todas tus cosas y vete de esta casa —repite con frialdad.

—¿Es una broma? —pregunto con una risa nerviosa, no pudiendo creerme que mi

padre me esté echando de casa.

—No te lo voy a repetir más —me dice cada vez más enfadado—. Coge lo que necesites y lárgate de aquí.

—¿Me estás echando de casa?

—¿Qué pensabas que haría ante tu traición? Ya no perteneces a esta casa, así que no me hagas repetírtelo de nuevo.

—No puedes estar hablando en serio —le digo cuando veo que se gira, dándome la espalda—. ¿Qué voy a hacer si...?

—Haberlo pensado antes de haberte vendido como una puta a un Calçó —me responde sin tan siquiera mirarme, entrando al salón.

Voy detrás de él, con la cabeza hecha un lío. Allí veo a mi madre sentada frente a la chimenea, leyendo un libro con tranquilidad.

—¡Mamá! —exclamo, yendo hacia ella—. Papá me dice que tengo que irme de casa, pero yo...

—Cariño —me corta con una gran calma—, si tu padre te ha dicho eso, yo no puedo llevarle la contraria, lo siento.

—Pero mamá, no tengo dónde ir, ¿qué voy a hacer?

Sueno desesperada pero no puedo controlarme. Mis padres me están echando de casa y actúan como si eso no fuera con ellos.

—No quiero problemas —es lo que responde mi madre—. Tienes edad suficiente como para valerte por ti misma. Estoy segura de que te irá muy bien.

—Pero yo no...

—¿Vas a dejar a ese Calçó? —pregunta mi padre con indiferencia, mirándome de reojo.

—¡Papá! ¡No puedes hacer que yo...!

—Entonces lárgate cuanto antes de esta casa —interviene nuevamente mi padre, con una voz que empieza a sonar como ayer en casa de Ernest—. Por mí, como si te pudres bajo un puente.

Miro a mi padre, que ni siquiera me presta atención. Se sienta junto a mi madre, coge un periódico y de repente me siento como un fantasma en mi propia casa. Algo

dentro de mí se cuela de golpe. El dolor del rechazo familiar por algo que no entiendo acaba de instalarse en mi interior, y no sé si algún día podré deshacerme de esta terrible sensación.



Ernest me ve salir con maletas de casa y viene hacia mí con rapidez, cogiéndome de las manos todo el equipaje.

—¿Qué ha sucedido? —pregunta con sorpresa, dejando a un lado todos los bultos y cogiéndome en sus brazos.

—Creo... —balbuceo—. Me han echado de casa.

—¿Qué? —exclama con voz aguda—. ¿Se han vuelto locos?

Niego con la cabeza y estallo en lágrimas, no aguantando más. Ernest me abraza fuertemente y me aferro a él como si fuera mi bote salvavidas.

—Me dijeron que cogiera mis cosas y me fuera de allí —le explico, todavía apoyada en su pecho, abrazándole—. Mi padre dijo que no le importaría que me pudriera bajo un puente y...

No responde nada ante aquello. Solamente acaricia mi pelo y lo besa con cariño. Me separa un poco para mirarme a los ojos, sin dejar sus muestras de afecto.

—No te preocupes —me dice—, todo va a arreglarse. Ahora vamos a coger todas tus cosas, las llevamos a casa y salimos a comer.

—No me apetece, Ernest...

—Pedimos entonces unas pizzas.

—Es que...

—¿Comida china? —insiste.

—Ernest...

—¿Unas espirales en cama de hojaldre con aderezo de fino cava y frambuesas francesas?

Me quedo cortada con su elaborada respuesta y se me escapa la risa.

—Eres tonto —le digo mientras seca mis lágrimas con sus dedos, dándome un beso en la mejilla al acabar.

—Vamos a hacer lo siguiente: Cogemos un taxi, vamos a casa, pedimos unas pizzas y pasamos la tarde haciendo el amor hasta que estemos a punto de colapsar y entonces nos ponemos a colocar tus cosas.

Me mira, esperando mi aprobación. No entiendo cómo consigue hacerme sonreír con una sola mirada, aun estando destrozada como estoy en este momento.

—Pero sin piña —respondo, hablando ya de las pizzas.

Él sigue sonriéndome y me besa de nuevo, volviendo a abrazarme, acunándome levemente entre sus brazos.

—Te quiero, noiava —escucho que me dice—. No tienes que preocuparte de nada. Todo saldrá bien.

—Te quiero, noiva —le digo, todavía con lágrimas en los ojos pero con una sonrisa en mis labios—. Te quiero, te quiero, te quiero...

Y es que le quiero tanto que no me importa pasar por todo esto para estar a su lado.



X

Marta

uedes decir que vengan; ahora ésta es también tu casa.

P Acabo mi trozo de pizza y le doy un nuevo beso.

—Gracias por dejarme quedar aquí.

—Marta, por favor —se queja—. Hacía tiempo que vivíamos más juntos que separados. Ésta hace tiempo que ya era tu casa.

—Tengo que buscar un trabajo —le digo después de darle otro beso—. Así que hoy por la tarde me pondré a hacer un currículum y...

—Tú tienes que estudiar —me dice estirándose hacia la mesa para coger otro trozo de pizza, volviendo a tumbarse a mi lado, cogiéndome por los hombros y dándome un beso en la sien—. Ya buscaré yo un trabajo, ¿de acuerdo?

—No, no estoy de acuerdo. No pienso vivir de mantenida —le digo con decisión—. Buscaré algo en lo que pueda trabajar al salir de la uni y ya está.

—Al salir tienes que estudiar.

—Al salir, trabajo. Y después me pongo a estudiar.

—Marta, es tu último año —me dice con paciencia—. En seis meses ya habrás acabado y podrás buscar trabajo de lo tuyo.

—Pero yo ahora no tengo ni siquiera mis ahorros —le recuerdo, refiriéndome a lo de Xavi.

Chasquea la lengua y me da un rápido beso en los labios.

—Sólo es medio año —vuelve a decirme.

—Y durante ese medio año, voy a trabajar. Tú te acabas de quedar sin trabajo por mi culpa y con el tiempo que has estado cotizando, tú mismo has dicho que no vas a tener derecho a paro.

—Marta, por favor —me pide agotado—. No quiero que tú tengas que...

—Voy a hacerlo —sentencio.

Él lanza un suspiro al aire y me aprieta contra él.

—Pero después de los exámenes.

—Bueno... Después de los exámenes —cedo.

Acaba el trozo que le quedaba de pizza y se revuelve en su asiento para levantarse de aquí.

—Tengo que ir a ver a mi padre —me dice levantándose con desgana—, pero prometo que vendré lo antes posible.

—¿Tu padre no podría darte trabajo?

—No estoy muy seguro de que le apetezca recibirme siquiera... —me dice, alejándose del salón.

Me levanto y voy con él al dormitorio, en donde está calzándose.

—¿Por?

—Me parece que hoy tu padre ha hecho muchas visitas por la mañana...

—Pero mi padre no habla con el tuyo... —le digo, intentando mantener la calma.

—El tono del mensaje que me envió antes, no era muy alentador.

—A lo mejor no tiene nada que ver con todo esto...

Se pone un jersey oscuro y se abrocha el último botón de la camisa. Luego me mira y cambia su semblante serio por una pequeña sonrisa.

—Ya te he dicho que no va a pasar nada —me dice una vez más, como las mil veces que me lo lleva diciendo desde ayer—. Estamos juntos, no pienses en nada más.

Me abre los ojos, esperando una confirmación.

—Te concedo el beneficio de la duda.

Comienza a reírse con ganas, echando la cabeza un poco hacia atrás.

Vuelve a besarme y sale de la habitación, haciéndome un gesto con la cabeza para que le siga.

—¿Qué vas a hacer por la tarde? —me pregunta mientras se pone la cazadora, mirándome desde la entrada. Me encojo de hombros, llegando a su lado—. Llama a Iona y a Judit —propone.

—No me apetece salir...

—Que vengan aquí. Ya te dije antes que ésta es ahora tu casa, noiava.

—No sé, puede que mejor otro día...

—Puedo traer después algo del forn^[2] de la esquina.

Ha sido mencionar mi forn favorito de Gràcia y se me han iluminado los ojos.

—¿Esos pastelitos de crema y hojaldre? —pregunto con sonrisa de niña buena.

—¿Entonces vendrán?

—Ahora las llamo —prometo.

Sonríe y me da un beso, abriendo la puerta.

Cuando sale de casa y me quedo sola, escucho que suena mi móvil.

«Ya te echo de menos»

¿Cómo puede hacerme sonreír aun con todo lo que estamos pasando?

«Entonces ven pronto»

«Sólo si me echas tú también de menos»

«Nunca dejo de sentir tu halo, noiava»

Puedo imaginarme su sonrisa al mencionarle nuestra canción.

«T'estimo, noiava»

Y ahora es él quien me hace sonreír. Y estoy segura de que él sabe que lo ha conseguido.



Ernest

Disfruto haciendo sonreír a mi noiava, y sé que en este momento está sonriendo. Puedo casi sentir su presencia a mi lado, mientras camino por la calle en dirección a la empresa de mi padre.

«T'estimo, molt i sempre^[3]»



Y su respuesta me da fuerzas para enfrentarme a lo que me voy a encontrar al llegar.

—¿Está el señor Calçó en su despacho? —pregunto a Erika, su jovencísima secretaria, sentada en su mesa mientras teclea algo con verdadero ahínco.

Ella levanta la vista y no sonrío como siempre en cuanto me ve. Está demasiado seria, y sus ojos indican malestar en el acto.

—Su padre está dentro, sí; de hecho, le estaba esperando —explica.

—Hoy estás demasiado seria, Erika —le comento con ironía, yendo hacia la puerta del despacho de mi padre.

—No, yo no... —balbucea un tanto cohibida por mi directa apreciación, no sabiendo qué responder.

Llamo a la puerta y entro al escuchar a mi padre decir que pase.

Y su semblante no es muy diferente del de su secretaria. Ni siquiera se levanta de su sillón de cuero oscuro, y un ligero *déjà vu* me invade al caminar hacia su escritorio, colocándome a una distancia prudencial, con las manos en la espalda.

Nos miramos durante unos interminables segundos hasta que apoya sus manos cruzadas encima de la mesa.

—No puedes imaginarte cómo me siento en este momento —pronuncia con lentitud, sílaba a sílaba, haciendo que cada letra se me vaya clavando como ardientes agujas.

—Papá... —le digo con malestar, intentando quitarle importancia.

—No me quedan fuerzas ni siquiera para explicarte los motivos por los que me has matado en vida.

—Por favor, papá, no exageremos...

—¿Exagerar? ¿Crees que exagero? —me dice, elevando el tono con cada palabra que pronuncia, apretando sus puños—. ¡Un Calçó con una Casals! ¿Sabes lo catastrófico que es eso para nuestra familia? ¡Tu madre debe estar revolviéndose en su tumba por tu culpa!

—¡Ni se te ocurra meter en esto a mamá! —grito casi sin darme cuenta de que lo hago.

—¡Es que ése precisamente es el tema, maldito niño! —se levanta, dando un fuerte golpe en la mesa, yendo hacia la ventana—. Siempre has querido hacer lo que te daba la puta gana, ¡y esta vez has ido demasiado lejos! —me dice girándose hacia mí, mirándome por encima del hombro.

—¿Me quieres decir que estoy ofendiendo la memoria de mamá por querer a una Casals? —exclamo, atónito.

—Pero, ¿qué cojones dices de querer? —me dice con desprecio.

—¡La quiero! —le grito con rabia—. ¿Recuerdas lo que es eso, papá?

—Tú no tienes ni puta idea de lo que es querer a alguien. Sólo piensas en ti mismo, como hiciste hace años al irte a París.

—Sabes por qué lo hice, así que no vuelvas a sacar el tema.

Niega con la cabeza y me vuelve a dar la espalda.

—Tu pobre madre...

—¡Deja de hablar de ella! —le grito con rabia.

—No, Ernest —me dice más serio que nunca—. Esto vas a escucharlo, quieras o no. Luego decide si quieres seguir con esa maldita Casals.

—¿Cómo que...? —pregunto extrañado.

Mi padre nunca habla de mi madre, y parece que hoy tuviera necesidad de mencionarla a toda costa.

—Sólo te advierto una cosa —me advierte, acercándose de nuevo a la mesa—. Si después de lo que voy a contarte, decides seguir con esa Casals, no quiero que vuelvas a aparecer ante mí en la vida.



He tenido que dar un largo paseo después de la conversación con mi padre, antes de entrar en este pequeño bar. Estuve casi dos horas perdido entre callejuelas pintorescas del barrio, observando a despreocupados transeúntes pasar ante mí, ocupados con sus propios problemas; aunque dudo mucho que sean la mitad de graves que los míos.

Todo lo que mi padre acaba de decirme, va a ser complicado de procesar. Y ya no solamente de procesar, sino de aceptar y superar. ¿Cómo voy a subir a casa y mirar a la cara a Marta, después de saber lo que...?

«Noiva, ¿va todo bien?»

Su mensaje me despierta del laberinto mental en el que estaba sumido. Releo sus sencillas palabras y veo más allá de ellas. Está preocupada. Está preocupada porque me quiere. Quiere que vuelva a casa.

Y yo...

«Llego en un rato»

Vuelvo a guardar mi móvil y apuro la cerveza que tenía en la mano. Dejo el vaso vacío en la barra junto con unas monedas. Me levanto del taburete y compruebo que las dos cañas de cerveza por suerte no me han afectado. Salgo de allí y camino con parsimonia hacia casa. Parece que mi cuerpo pesara y tuviera que levantar los pies del suelo con cien kilos de peso en cada uno.

Quince minutos después llego al portal. Me tomo mi tiempo y subo las escaleras. Respiro hondo, dirijo la mirada al techo unos segundos y abro la puerta.



Marta

Las risas y el vuelo de gusanitos cesan en cuanto escuchamos que Ernest abre la puerta. La ha cerrado sin tan siquiera saludarnos ni dirigirme una triste mirada.

¿Qué es lo que le pasa?

Judit e Iona me miran sorprendidas, pero siguen bromeando y a lo suyo cuando me levanto de la silla y voy hacia Ernest, que está quitándose la cazadora y dejándola en el perchero de la entrada. Tiene el semblante abatido y sus ojos perdidos, no me puedo imaginar dónde. Cuando me acerco lo suficiente a él, huelo a cerveza.

Pero, ¿qué ha sucedido?

—Noiva... ¿No vas a darme un beso?

Él parece dudar si mirarme o darse la vuelta y huir. Sigue con la cabeza agachada cuando froto su brazo con suavidad. No tengo ni idea de lo que le ha sucedido, pero tiene que haber sido algo horrible para que se comporte de esta forma.

—Marta, yo... —comienza a disculparse.

—No pasa nada. Te perdono.

Consigo que me mire, aunque con el ceño fruncido.

—¿Me... perdonas? —pregunta.

—Sí, te perdono —repito, ahora acariciando su mejilla—. Ya sabes, los pasteles del forn que me prometiste; no los has traído, pero no hace falta que te sientas tan mal por ello como para no atreverte a mirarme a la cara. Voy a quererte igual. Molt i sempre.

Sus ojos comienzan a cambiar y vuelven a ser los de mi Ernest, no los del desconocido que entró en casa hace unos minutos. Se atreve a acercar por fin su mano a mi mejilla y la cuela por debajo de mi melena, llegando a la nuca. Me besa con determinación, cogiendo mi cintura con su otra mano. Segundos después sus brazos atrapan mi cuerpo y me aprisionan sobre su pecho. Le abrazo, acariciando su espalda, y su respiración se tranquiliza poco a poco. Es como si estuviera cogiendo aire después de llevar horas sin respirar, encerrado en las profundidades de un oscuro océano.

—...y así siempre, ¿sabes? Es algo asqueroso de soportar —escuchamos a Iona decirle a Judit, quejándose de nuestra actitud.

Ernest se separa un poco de mí y me mira, riéndose conmigo un instante.

—Luego tenemos que hablar —me dice en bajo.

Asiento sonriente y él vuelve a besarme, esta vez de forma superficial. Rodea mi cadera con su brazo, caminando por fin hacia mis amigas con el mismo ánimo de siempre.



Ya vuelve a ser mi Ernest.

—No te dio trabajo, ¿verdad? —le digo nada más que Iona y Judit se van de casa, dejándonos de nuevo solos.

Él niega con la cabeza y suspira.

—Todavía no soy capaz de asimilar la conversación que tuvimos —me dice, cogiendo mi mano y caminando hacia el sofá, en donde volvemos a sentarnos el uno frente al otro.

—Puedes contarme lo que sea y cuando sea —le recuerdo.

Me gusta cuando acaricia mi mejilla sin dejar de observar cada palmo de mi rostro, con esa mirada de ternura infinita.

—No sé si algún día nuestros padres podrán perdonarnos que estemos juntos.

—Tendrán que hacerlo.

Vuelve a negar con la cabeza.

—No creo. Me parece que el pasado va a pesar más que el futuro.

—Ernest, ¿qué pasó con tu padre?

Me mira y un nuevo suspiro escapa de su boca.

—No quiere verme más —contesta sencillamente, agachando la mirada.

—Lo siento —le digo, abrazándole—. Lo siento mucho, noiva...

Él me devuelve el abrazo hasta casi dejarme sin aliento.

—Lo que más me duele —me explica, volviendo a sentarse en su sitio— es haberme dado cuenta de cómo era mi padre. Sabía que podría enfadarse pero...

Parece estar pensando algo, pero creo que no quiere decirlo.

—Ernest, no me estás contando todo, ¿verdad? —me mira con culpabilidad, y sé que todo esto tiene que estar siendo complicado para él—. No tienes que contarme nada que no puedas. Sólo quiero que sepas que te escucharé cuando decidas contármelo.

Se sorprende con mi respuesta y sonrío. Me gusta ver su sonrisa, sobre todo hoy, que parece que no le resulta sencillo.

—¿Qué te apetece hacer este fin de semana? —pregunta, cambiando de tema a propósito.

—Tengo que estudiar —respondo con desgana—. Ya sabes, la semana que viene empiezo los exámenes...

—Entonces tendremos que estudiar —me dice mientras se levanta, cogiendo mi mano para que me levante con él.

—¿Seguirás siendo mi profesor?

—Molt i sempre —contesta, haciéndome reír.

Hoy, sorprendentemente, dormimos tranquilos. Parece como si los momentos de calma no pudieran durar más que unos pocos días. Podría decirse que cuando casi estamos consiguiendo ser felices, lo peor de la realidad nos golpea intentando hundirnos, casi consiguiéndolo. Aunque sólo casi. Y ahí está la diferencia.

Ese *casi* es, y seguramente seguirá siendo, nuestra tabla de salvación durante mucho tiempo.



XI

Marta

—Él sigue entrando y saliendo de mí, cada vez con más rapidez. Su respiración acelerándose a cada segundo me indica que su orgasmo está cerca, algo que siempre me excita. Agarro sus nalgas para pedirle sin palabras que se mueva dentro de mí más rápido.

—Marta, t'estimo —me dice al oído mientras ambos orgasmos llegan a la vez.

Deposita un beso en mi frente y se deja caer a mi lado, abrazándome.

—No me abrases mucho, que tengo que irme —le advierto.

Él se echa a reír y besa mis labios aunque yo me resista, intentando levantarme.

—¿Y si no dejo que te muevas de aquí en todo el día? —amenaza, sujetando mi cuerpo entre sus brazos.

—Entonces suspenderé tu asignatu...

Me quedo callada en el acto, y él entiende por qué.

—Hasta este examen, es todavía mi asignatura —responde—. No pasa nada. De hecho no estoy formalmente despedido, sino suspendido hasta terminar el curso. Incluso el examen será el que os prometí.

Me tumbo en su pecho, a sabiendas de que después tendré que correr para poder

llegar a tiempo.

—Te voy a echar de menos —le digo—. Todos vamos a echarte de menos.

—Gracias, noiava —contesta simplemente, acariciando mi pelo y besándomelo—. Y ahora, arriba o llegarás tarde al primer examen.

Me da un pequeño empujón y me levanto de la cama en el acto, seguida de él mismo. Él prepara el desayuno mientras yo me arreglo con algo más de prisa que de costumbre. Prisa y nerviosismo, y no solamente por el examen, sino porque será el primer día que vuelva a la facultad después del despido —o suspensión, como quieran llamarlo— de Ernest. Sé que habrá gente que me mirará de forma extraña, otros que incluso me criticarán. Y todo eso lo he llevado siempre muy mal, la verdad.



—¿Vendrás también a buscarme? —le pregunto ya en la puerta de la facultad, antes de entrar.

—No sé si me dará tiempo —me responde, señalándome la carpeta en donde lleva todos los currículums que quiere entregar hoy—. En cuanto acabes, mándame un mensaje y hago lo que pueda, ¿de acuerdo?

Me tiene entre sus brazos y me balancea levemente a un lado y al otro, de forma cariñosa. En este momento no me importa que la gente nos mire al pasar a nuestro lado.

Me siento segura con él.

—Sólo tengo dos exámenes hoy —le recuerdo—. Sobre la una seguro que...

Él sonríe ante mi sutil insistencia.

—Muy bien, a la una estoy seguro de que podré estar aquí.

Le doy un pequeño beso de agradecimiento mientras él sigue sonriendo.

—Tengo que entrar —le recuerdo—. Van a ser las nueve...

Él va a responderme, pero se queda mirando a alguien que debe estar pasando por detrás de mí.

—Hasta luego, Fran —dice alzando la barbilla a modo de saludo.

Me giro hacia atrás y veo a un tímido Fran que se queda clavado en su sitio, no sabiendo qué hacer. Ernest me agarra ahora con uno solo de sus brazos y parece que ese

pequeño distanciamiento anima a Fran a acercarse.

—Buenos días —nos dice en voz baja, mirando hacia los lados.

—No mordemos —comenta Ernest con gracia, aunque a Fran no se la haga.

A mí lo que no me hace gracia es tener que estar demasiado cerca de Fran después de lo que pasó el otro día. No hemos hablado siquiera de ello y ahora está frente a mi novio el que fue también mi novio en su día.

Y es incómodo no, lo siguiente.

—¿Qué tal... todo? —pregunta como fórmula de cortesía.

—Aquí, deseando suerte a mi chica para los primeros exámenes.

Di que sí, Ernest. Ahí marcando territorio...

Hombres...

—Ah, ya... —contesta él, bastante avergonzado. Y se gira hacia mí—. En realidad quería hablar contigo...

—No pasa nada por lo del otro día —me apresuro a decir para evitar tener que hablar más de lo necesario con él. Éste mira de reojo a Ernest—. Él estaba conmigo —explico—, pero no hay problema.

—A todos nos puede sentar mal una copa, Fran, no te preocupes —le dice Ernest con buen tono.

—En realidad había otra cosa que... —comienza a decir, intentando no parecer molesto por haberle recordado lo de aquel día. Coge aire y recobra un poco la compostura—. Me han pedido que te sustituya en lo que queda de año. Era el que menos clases tenía y...

Ernest abre la boca y emite un sonido de sorpresa, pero demasiado corto como para considerarse una palabra.

—Bueno —intervengo, dándome cuenta de que ahora mismo la tensión es evidente entre los tres—, tengo que entrar al examen —me giro hacia Ernest y le doy un breve beso—. A la una, ¿de acuerdo?

—T'estimo —me dice en bajo, pero no lo suficiente como para que Fran no le oiga.

Y puede que lo haya hecho adrede.

—Y yo —contesto—. Suerte con eso —le digo señalando su carpeta—. Luego me cuentas.

Asiente y me da otro rápido beso él a mí.

Comienzo a caminar hacia la facultad con Fran a mi lado. Es incómodo saber que la asignatura que impartía hasta la semana pasada mi novio, ahora va a impartirla mi ex novio. Es más incómodo aún porque hace poco me hizo saber que seguía sintiendo algo por mí. Y ahora va a tener que darme clase, examinarme, tendré que estar en tutorías con él...

—No tienes por qué preocuparte —me dice como leyendo mis pensamientos—. Puedo ser muy profesional.

—Lo sé, no pasa nada...

—Debiste decirme... —me giro para mirarle, no sabiendo a lo que se refiere—. Da igual, déjalo.

—¿Qué? —insisto.

—No sé, yo... Si hubiera sabido que estabas...

—¿Que estaba con Ernest?

Él asiente, molesto.

—Si lo hubiera sabido, no te habría llamado y...

—No era cuestión de ir diciendo algo así.

—Ya...

Llegamos a la puerta del aula en donde haremos el examen. Veo a Iona a un lado hablando con gente de clase. Cuando voy a ir hacia ella, la mano de Fran extendida hacia mí de modo amistoso me frena.

Dudo un segundo si estrecharle o no la mano, pero su rostro acongojado me acaba convenciendo. Nos damos la mano y él sonrío en cuanto ve que yo he comenzado a hacerlo. Y sin mediar palabra, entra en la clase.

—¿Qué hace Fran entrando al aula del examen?

Iona ha venido hacia mí en cuanto me ha visto llegar. Está mirando dentro de la clase con el ceño fruncido, sin llegar a entender todavía los nuevos cambios.

—Fran va a hacerse cargo de la asignatura de Ernest —le anuncio.

—¿Qué? —exclama alzando el tono, girándose hacia mí—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Me acabo de enterar —le susurro.

—Joder, qué situación...

Montse pasa por nuestro lado con sus dos amigas. Pero en cuanto me ve, su rostro es de evidente sorpresa, como si no esperara verme hoy aquí. ¿Qué pensaba que iba a hacer? ¿No venir al examen porque Ernest no fuera el profesor?

La gente comienza a entrar en clase y nosotras hacemos lo mismo. Nos sentamos en nuestros sitios habituales cuando vemos a Montse y a las dos borinots acercarse a Fran. Le saludan efusivamente, cruzan un par de palabras, se ríen de forma exagerada los cuatro y se van a sus asientos, no sin antes echarme las tres una mirada que no entiendo a qué viene.

—¿Qué pretenden? —me pregunto en alto, guardando mi carpeta bajo la mesa.

—¿Darte celos? —contesta Iona.

—¿Celos?

La miro con la frente arrugada y cuando veo su maliciosa sonrisa, me echo a reír.

—Te ríes por no llorar, reconócelo —me dice Iona con sorna—. Estás dolida por dentro, pensando que pueden quitarte a Fran.

—No puedo con mi vida —respondo en el mismo tono.

—Tamaña afrenta no es para menos.

—No sé si podré dormir de aquí a final de curso.

—Vas a tener que medicarte. Como ellas sí se acuestan con el señor *gateador*.

Doy un empujón a Iona en cuanto menciona el apodo que le puso a Fran hace tiempo, pero me río con ella. Al fin nos anuncian que el examen va a empezar y todos vamos quedándonos en silencio.

 La época de exámenes comienza ya, y este año tiene más importancia que nunca.

Ernest

—Ahora mismo tenemos todas las plazas cubiertas, pero le llamaremos si hubiera alguna baja.

—Muy bien, muchas gracias —le digo al jefe de estudios del octavo colegio al que voy.

En total he recorrido ocho colegios, tres universidades y doce academias. Sí, podría enviar los currículums por internet pero me gusta ir en persona a entregarlos. Eso es algo que siempre denota interés, y yo tengo mucho interés en que me den un puto trabajo.

Maldita sea...

Nada, no hay sitio para mí en ninguna parte. Hablé con Elise el fin de semana para preguntarle si ella conocía a alguien en algún otro lugar aparte de la EBU y, después de un rato de lamentaciones por lo sucedido, me dijo que a estas alturas del curso era prácticamente imposible encontrar algo. Y necesito ponerme a trabajar ya mismo. Mis ahorros se han reducido al mínimo después de haber pagado la universidad de Marta, y no sé si podré siquiera mantener el alquiler de Gràcia un mes más.

Miro el reloj que Marta me regaló en navidad. Tengo que ir ya a buscarla, así que camino en dirección a la boca de metro más cercana.



Y me queda el tiempo justo para practicar mi mejor cara y así no preocupar a mi noiava.

—Ernest, ¿cómo va todo?

Nada más llegar a la puerta de la facultad, me he encontrado a Eugeni y Ana, que salen de la misma con carpetas llenas de lo que, seguramente, sean exámenes.

—Con menos trabajo que vosotros al parecer —contesto, señalando sus carpetas con la mirada, haciendo que se rían un instante.

La tensión del primer encuentro después de mi suspensión se rebaja un poco con ello.

—Lo hemos sentido mucho todos en el claustro —comenta Ana.

—Y lo de Marta... —dice ahora Eugeni en bajo.

Ana arruga el gesto, no muy contenta con ese tema.

—¿Marta? —pregunto sin entender por qué la mencionan.

—Tienes que estar muy seguro de esa relación para haberle pagado la matrícula que...

—¿Cómo sabéis eso vosotros? —pregunto indignado.

—Esas cosas se saben, Ernest. En el claustro todo...

—Eso es algo privado, y pedí expresamente que Marta no supiera lo que había hecho su padre. ¿Quién os lo...?

—Ernest —me corta Eugeni, tocando mi brazo—, Marta no va a saber nada. Son datos que se facilitan en el claustro pero que no llegan a los alumnos. No te preocupes, *d'acord?*

Me doy cuenta de que estaba alterándome demasiado y procuro cambiar mi expresión facial al menos.

—Lo siento, chicos. Han sido muchas cosas estos días y...

Eugeni me da unas palmadas en el hombro.

—No pasa nada, hombre, es comprensible —me dice.

—Además hoy estoy agotado. Llevo desde primera hora visitando sitios para dejar currículums y...

—¿Estás buscando algo? —pregunta Ana.

—Sí, pero está complicado.

—Siempre te quedarán las clases particulares —propone Eugeni—. Aquí hay alumnos que pagan más la hora que si trabajas como astronauta para la NASA.

—No lo había pensado —reconozco—. Podría dejar anuncios por los colegios y universidades a ver si...

—Nosotros podemos ponérselo difícil a los alumnos este cuatrimestre si quieres —

me dice Eugeni, no sé si bromeando—. Luego le dices a Marta que les comente que das clases particulares y ya tienes el negocio hecho.

Ambos nos reímos con eso, no así Ana.

—Entonces... Marta y tú... —se aventura a decir ella con timidez.

—¿Qué? —le digo con una sonrisa, sabiendo lo que quiere preguntar.

—¿Vosotros sois...?

Eugeni se ríe también, comprendiendo el interés de Ana.

En ese momento veo a Marta salir de la facultad. Siempre que la veo, todas mis preocupaciones se disipan y me doy cuenta de que, por el mero hecho de estar juntos, vale la pena cualquier cosa que suceda.

Ella me ve y se despide de Iona. Se acerca a mí sonriente hasta que se da cuenta de quiénes están conmigo.

—Hola —me dice con timidez al llegar a mi lado, mirándonos a los tres.

—¿Qué tal los exámenes, noiava? —le pregunto, dándole un beso en los labios y cogiendo su cadera.

Quiero que se acostumbre a que la gente nos vea juntos, y que no hay nada de malo en ello.

—Bien... —y ahora mira a Eugeni—. El tuyo un poco difícil...

Nos reímos con ella; salvo Ana, que solamente sonrío por compromiso, cambiando de mano su carpeta con nerviosismo.

—No creo que hayas tenido problema en sacar sobresaliente —le dice Eugeni, señalando la carpeta en donde seguramente tenga guardado su examen.

—Eso espero —resopla ella—. Ayer me acosté muy tarde para poder repasarlo. Fue como si se me hubiera borrado toda la contabilidad de mi cabeza.

—No le hagáis caso —intervengo mientras acaricio su pelo—. Le estuve echando una mano ayer mismo y en cuanto dejó de repetir cual posesa *¡no recuerdo nada! ¡no recuerdo nada!* supo resolver todos los ejercicios sin problema.

—¡Noiva! —se queja ella con indignación.

Todos se ríen con mi pobre interpretación de los hechos y con su gesto avergonzado. Todos menos, de nuevo, Ana.

—¿Ves cómo sí que vales para profesor particular? —me dice Eugeni. En cuanto Marta frunce el ceño y me mira sin entender a lo que viene esto, le dice—: Justo cuando llegaste estábamos hablando de la posibilidad de que Ernest se pusiera a dar clases particulares. ¿Tú cómo lo ves?

Ella ahora me mira con una sonrisa.

—Es un profesor increíble, así que...

Mientras Eugeni se ríe, imitando el tono de voz de Marta, yo la beso y le doy las gracias por esas palabras.

—Bueno, yo tengo que irme —nos corta a todos Ana, secamente—. Tengo muchos exámenes que corregir y otros tantos que preparar.

—No te quejes —le contesto—. Ya me gustaría a mí...

—Ya, bueno, pero se ve que te gustan más otras cosas. Todo no podía ser.

—Ana... —le dice Eugeni asombrado por esa contestación.

—No pasa nada —le digo, agarrando con fuerza a Marta para que no se sienta mal por aquel comentario—. La gente acabará comprendiendo.

—¿Por qué no os venís a mi casa un día de éstos? —propone Eugeni con entusiasmo, agarrando del brazo a Ana, que parecía querer irse cuanto antes—. Podemos cenar algo, ver un poco la tele, tomar unos vinos en la terraza...

—¿No hará demasiado frío en esta época? —comento.

—Para algo tengo puestos los calefactores de exterior —responde, golpeándome el hombro con el dorso de su mano.

—¿Qué te parece, noiava? —le pregunto a Marta, dejando que sea ella quien tome la decisión.

—Estoy de exámenes y... —comienza a decir ella, no muy convencida, mirando a Ana.

Ésta sigue con rostro serio observando el horizonte, como si no estuviera ya con nosotros.

—Esperamos a acabar los exámenes —le dice entonces Eugeni—. Todos andamos estos días como locos, ¿verdad, Ana? ¿Tú qué dices? ¿Te apuntas? No me dirás que no te aviso con tiempo.

Ella entonces le mira, pero parece que no es un plan que le gustaría aceptar como hacía antes, cuando quedábamos los tres sin Marta.

—Ya veremos —es lo único que contesta al respecto—. ¿Nos vamos?

Eugeni suspira, rindiéndose con ella.

—Ya nos vemos estos días por aquí —nos dice—. Y hablamos cuando acabe la época de exámenes, d'acord?

Nos estrechamos la mano y ambos se alejan de nosotros. Cojo entre mis brazos a Marta, besándola con más libertad que delante de ellos.

—Ana está muy enfadada —me dice con preocupación en cuanto me separo de sus labios.

—Ya se le pasará, no te preocupes.

—Sigue siendo mi profesora, y está enfadada conmigo porque tú te has ido y yo no.

Marta tiene una forma de simplificar las cosas que asombra.

—Acabará entendiendo que te quiero más que a nada en este mundo. Si es mi amiga de verdad, tendrá que aceptar que estamos juntos.

En un primer momento ella sonrío por mis palabras, pero de nuevo su alegría se nubla.

—Ella quiere ser algo más que amigos; ése es el problema, Ernest.

—Ése es *su* problema —especifico—. El nuestro es seguir poniendo media hora antes el despertador por las mañanas para hacer el amor al despertar.

Por fin su sonrisa dura más de unos segundos en su rostro, y aprovecho para volver a besarla y comenzar a caminar.

—¿Qué tal te fue hoy a ti? —me pregunta ahora, un poco más animada.

—Es muy pronto para saberlo —le miento—. Pero mientras sale otra cosa, haré lo que me ha propuesto Eugeni e intentaré dar clases particulares.

—Recuerda que tienes que ayudarme a modificar mi currículum —me dice.

—Tenemos tiempo. Antes tienes que acabar los exámenes.

—Sí, profe...

Y sabe bien que me encanta que me llame así.

—En cuanto lleguemos a casa...

Me acerco a ella y doy un breve mordisco al lóbulo de su oreja, haciendo que se queje por ello.

Reímos de camino a casa sin ningún motivo particular, puede que simplemente por el hecho de estar sobreviviendo a todo esto.



XII

Marta

estoy segura de que es la Vila —me repite Iona al teléfono.

—¿**E** todos los comentarios? —digo con incredulidad, secándome la nariz con un nuevo pañuelo de papel.

—El tiempo que no pasa pintando, lo pasa jodiendo a la competencia.

—Pero son siete nuevos comentarios, a cada cual peor —froto mi frente y me echo hacia atrás en el sofá, apoyándome en el respaldo del mismo.

Hace un momento fui a actualizar mi web con obras nuevas, cuando vi que alguien se había dedicado a comentar en siete de las ya publicadas la poca calidad de las mismas, el grado de infantilismo que se apreciaba en ellas, lo descuidado del trazo... Tardé unos minutos en poder reaccionar. ¿Cuánto tiempo llevaban ahí esos comentarios? Tengo poco tiempo para estar más pendiente de mis aficiones, y reconozco que estas cosas me pasan por no organizarme mejor y no dedicar al menos cinco minutos al día a revisar todo esto.

—¿Ya los borraste? —pregunta Iona.

—No, yo...

—Haz captura de pantalla de todos y luego bórralos.

—Pero eso sería poco ético. No creo que deba...

—Ella ha sido la poco ética, joder, Marta.

Suena casi desesperada. O cabreada. Y en Iona, no sé qué es peor.

—Incluso alguien le contestó que gracias por su opinión —le cuento, recordando ese comentario en concreto—. Dijo que iba a comprar uno de esos cuadros pero que después de leer lo que...

—Ay, cállate ya —se queja, cortándome—. ¡Es ella! —y ahora creo que habla con Xavi—. ¿Tú qué crees? —le escucho de fondo a decir el nombre de la Vila—. ¿Ves? Xavi piensa como yo. ¿Y Ernest?

—No ha llegado todavía. Se fue después de comer a pegar panfletos para lo de las clases particulares, pero no ha vuelto.

—A ver si te lo han raptado...

Escucho cómo se ríe por lo bajo al otro lado.

—Iona, esto es serio —le recuerdo—. ¿Tú crees que mis cuadros merecen la pena? Dímelo con sinceridad. Si crees que...

—Tú eres tonta.

—Si me quieres, no dejes que siga haciendo el ridículo con todo esto.

—¡Si me queréis, *irsen!* —exclama, parafraseando a Lola Flores, echándose a reír acto seguido.

—Joder, Iona, no te tomas nada en serio —me quejo todavía entre lágrimas.

—Deja de resoplar, anda. *Escolta*^[4], tú eres buena y lo sabes. Yo lo sé, Ernest lo sabe, Judit lo sabe —escucho a Xavi decir que él también lo sabe y sonrío un poco con eso—. Los estirados de esa galería de París lo saben. Y la Vila lo sabe. Eres mil veces mejor que ella y eso le jode. Por eso hace esas tonterías. Así que ahora cálmate, respira hondo, haz captura de pantalla y borra los putos comentarios, ¿entendido? —dice elevando el tono de voz con cada palabra que pronuncia.

Prefiero darle la razón y prometer que lo haré para que no siga enfadada, pero lo cierto es que en cuanto colgamos, la tentación morbosa y pesimista me puede y vuelvo a leerlos.



De nuevo lloro. Y del agotamiento, me

quedo dormida.

Abro un ojo al cabo de diez minutos o un año, no sé, no lo tengo muy claro. Ernest está sentado a mi lado, con mi portátil en las piernas, leyendo con atención. Se da cuenta de que me he movido y se gira hacia mí para mirarme. Al ver que estoy despierta, deja el portátil en la mesa y se agacha para darme un beso.

—¿Cuándo llegaste? —pregunto todavía adormilada, frotándome los ojos.

—Hace un momento —contesta, frotando mi brazo con cariño—. ¿Estás bien? —me hago un ovillo, no queriendo hablar de ese tema—. Marta, sabes que todo eso es algo que las personas envidiosas suelen hacer, ¿verdad? No es gente que de verdad sepa de arte. Los que sabemos al menos un poco, podemos reconocer en el acto que tienes un gran talento.

Es patético pero me echo a llorar de nuevo sin poder evitarlo, con un deje demasiado infantil. Él ríe un instante y agarra mi cuerpo, arrastrándolo hacia él. Me abraza y besa mi frente, acariciando mi pelo para calmarme.

—Es demasiada gente la que ha escrito ahí —empiezo a decirle—. Creo que es mejor que deje de pintar, porque...

—Marta, escúchame —dice con voz dulce—. No dejes jamás que nadie te impida hacer lo que te gusta. Tienes un increíble talento para el arte, y nunca dudes de ello. Además, pintar te viene bien, te relaja, eres feliz haciéndolo. ¿Por qué dejarlo? ¿Porque alguien haya decidido que te envidia y haya pasado más tiempo dedicándote insultos que intentando ella misma pintar algo decente?

Alzo la vista y le miro, frotándome los ojos para secar las lágrimas.

—¿Tú también crees que es la Vila? —pregunto al escuchar que habla en femenino sobre los comentarios.

Alcanza los pañuelos que se me cayeron al suelo al quedarme dormida y saca uno, ofreciéndomelo.

—Sí que creo que es ella —contesta mientras me seco de nuevo mis doloridas mejillas de tanto llorar.

—Iona y Xavi dicen que también tiene que ser ella, pero...

—Creo que esa Vila está muy acostumbrada a que permanezcas oculta, y se está aprovechando de eso. Ahora que todo está como está, deberías salir y dejarte ver como la autora de todos esos magníficos cuadros.

—Pero si mis padres se enteran de esto, puede que dejen incluso de pagarme la universidad. Y eso sería una catástrofe. No puedo...

—Eso no va a suceder —dice seriamente—. Tus padres en el fondo te quieren, y jamás harían nada que pudiera dañarte tanto.

—Claro, echarme de casa fue un premio.

—Lo hicieron como medida de presión, y porque sabían que tenías un sitio donde ir.

Pienso un momento en sus palabras. Tiene razón. Mis padres son mis padres. Da igual lo mal que se pongan las cosas. Ellos no llegarían a ciertos extremos.

¿Podría entonces empezar a dar la cara en cuanto a la pintura, y no sólo dejarme ver durante pequeñas y escondidas exposiciones?

—Puede que tengas razón —le digo—. A lo mejor si empiezo a dejarme ver, ella se lo pensará dos veces antes de hacer las cosas horribles que suele hacer.

—Y los que te queremos, estaremos apoyándote en todo momento.

Me da un beso tan delicado que desaparecen la mitad de mis penas con él.

—¿Y tú qué tal? —pregunto mientras seca él mismo mis mejillas.

—Ya he repartido todos los carteles. De hecho, tengo ya un par de alumnas.

—¿En serio? —exclamo, incorporándome de muy buen humor—. ¡Eso es genial, noiva!

—¿De verdad lo crees? —pregunta extrañado.

—Claro, es trabajo...

—Como son alumnas, pensé que no te haría mucha gracia...

—Ernest —le digo aguantando la risa—, yo confío en ti. ¿Por qué iba a enfadarme por eso?

Él duda unos segundos antes de contestar.

—Porque creo que quieren que les dé clases por algo horrible.

Ha agachado la cabeza al decir eso, no entiendo por qué.

—¿Algo horrible?

Suspira.

—Estaba colgando los carteles en la Ramón Llull^[5] y vinieron un par de chicas a hablar conmigo...

Entiendo lo que quiere decirme e instantáneamente me hierve la sangre.

—Y después de intentar ligar contigo, fue cuando se dieron cuenta de que ofrecías clases —añado, acabando la historia.

Él asiente avergonzado y yo lo único que quiero es gritar de rabia. Pero miro a los ojos a Ernest y vuelvo a ver amor en ellos. Amor y arrepentimiento por haber conseguido de esa forma el trabajo. Sé que él no es así, y que si hace esto es porque necesitamos con urgencia el dinero. Quedan dos semanas para pagar el alquiler del piso y no me quiere preocupar, pero me parece que no vamos a tener suficiente dinero para ello.

Que deje su ética profesional a un lado por seguir a mi lado es algo horrible, sí, pero me demuestra que haría cualquier cosa por mí.

Y eso da miedo, y a la vez me emociona.

—Puedo decir que no y seguir esperando a... —me dice al ver que no contesto nada.

—No pasa nada, Ernest. Es trabajo —le aseguro.

Él suspira con alivio, haciéndome sonreír.

—Me van a pagar cincuenta euros la hora por las dos. Dos veces a la semana...

Me quedo pensativa, no sabiendo si alegrarme o...

—Bueno, bien, ¿no?

—Marta, cincuenta euros la hora —repite con seriedad. Pero seriedad... ¿Para bien o para mal?—. Es bastante más que lo que se cobra normalmente —me dice como sabiendo lo que estaba pensando.

—Ya, ya, por eso te decía que bien...

—¿Cuánto crees que la gente cobra por una hora de clases particulares? —me dice

con intriga y una sonrisa que no me gusta nada.

—Nunca he ido a clases particulares, Ernest, no sé.

—Calcula —insiste—. ¿Cuánto crees?

—¿No vamos a cenar? —le digo para desviar el tema.

—En cuanto me contestes.

Maldito cabezota...

—Pues no sé, unos treinta euros o...

Sigue sonriendo pero permanece en silencio durante unos segundos.

—¿Cuánto cuesta una barra de pan? —pregunta ahora.

—¿Cómo que cuánto cuesta...? No sé, Ernest, ¿qué más da? —contesto molesta por este interrogatorio.

—¿Y la adquisición de una empresa?

Por fin algo de lo que sé.

—Bueno, eso dependería del tipo de empresa, de las condiciones de la misma... El valor de liquidación no sería el mismo si...

—¿Y un Van Gogh?

—Dependiendo de la obra, podrían ser unos cien millones de dólares, aunque habría que valorar si...

—¿Y una botella de detergente?

Vuelvo a quedarme en silencio durante una fracción de segundo.

—En serio, tengo hambre, ¿vamos a cenar?

Pero mi pobre arma de disuasión le hace gracia en vez de surtir efecto.

—Mañana vamos a la compra —sentencia.

—Vale... ¿Ya cenamos?

Vuelve a reírse y coge mi mano, levantándonos de allí, camino de la cocina.

—¿Sabes cuánto cuesta hacer la compra? —me sigue preguntando mientras abre el frigorífico.

—Ernest, ¿no vas a dejar de hacer preguntitas?

Se gira y me doy cuenta de que sigue sonriendo, no sé por qué.

—Ahora somos nosotros los que tenemos que pagar las facturas, ir a la compra...
—comienza a explicarme—. Tienes que conocer el mercado de las pequeñas cosas.

—¿El qué?

—Hasta ahora te has movido en el mundo de las grandes cantidades, como la compra de una obra de arte, de una empresa... Pero el coste de una barra de pan se te escapa por completo.

—Pero puedo aprender... —contesto avergonzada, entendiendo.

—Lo sé —responde, dándome un beso mientras sirve leche en dos tazas—. E igual que te estoy enseñando a cocinar, voy a enseñarte todo eso, ¿vale?

—Empiezas a resultarme un profesor muy pesado...

Se echa a reír y deja el cartón de leche para cogerme por la cintura. Esta vez me besa con más energía, poniéndole pasión a cada movimiento que hace sobre mis labios y dentro de mi boca.

Comenzamos a cenar y me doy cuenta de que en unos minutos hablando con Ernest, me he olvidado de todas aquellas horribles cosas que me preocupaban antes de que él llegara.

Y me gusta ese efecto que tiene sobre mí.



XIII

Marta

Las cosas no parecen estar yendo del todo mal. Ernest tiene ya diez alumnos que van a casa ciertos días a la semana, y yo este fin de semana empiezo a trabajar en un pub cerca de Plaça Universitat^[6] como camarera. A Ernest no le hacía mucha gracia pero no pudo hacer nada por convencerme de lo contrario. He echado currículums en cientos de sitios y no tenía tiempo para esperar a algo mejor; tenemos que pagar el piso la semana que viene y este pub es en el único lugar en donde me pagaban a la semana. No es mucho, pero lo suficiente para cubrir los gastos del mes.

Me he tenido que poner al día en temas de economía doméstica. No tenía ni idea de lo complicado que es vivir de forma independiente con pocos ingresos. Nunca había tenido que ir a la compra, ni había visto una factura de la luz. Ernest ha estado días explicándome estas cosas con paciencia. Lo que parecían al principio pequeñas cantidades que se podían asumir sin problema, se ha convertido en algo inalcanzable si no trabajamos los dos en cualquier cosa que nos vaya saliendo. Y aun así ya no podremos salir a cenar fuera, ni pedir pizzas a domicilio, ni viajar, ni...

He echado cuentas y los lienzos que tengo ahora mismo, creo que serán los últimos que tenga en mucho tiempo. Ernest me ha dicho que todo lo que gane con la venta de mis cuadros, lo invierta en utensilios para seguir pintando, pero sé que no podría hacer eso,

cuando todo lo que él gana lo reparte entre ambos. En cuanto acabe el curso, podré optar a algo mejor, puede que en París, donde él ya tiene contactos y podría trabajar de lo suyo en cuanto llegara. Hemos actualizado nuestro calendario particular de aquí a junio, en donde vamos tachando cada día con ilusión. Ya faltan cinco meses y podremos empezar una vida nueva, una lejos de toda la locura que está siendo este curso.

«Tenemos que hablar, ¿sigues en la biblioteca?»

El mensaje de Fran me sorprende en cuanto lo leo. Estoy viniendo a la biblioteca a estudiar por las tardes para que Ernest pueda dar clase tranquilo en casa. Hoy precisamente, al llegar a la facultad, me encontré con Fran. Él salía y yo entraba. Sólo nos saludamos, como profesor y alumna que somos ahora. ¿No podría haberme dicho lo que fuera en ese momento?

«¿De qué?»

«Hoy en clase te noté muy apagada»

¿Y esto?

«Estoy bien, gracias por preguntar»

«¿Sigues en la biblioteca?»

Qué pesadilla...

«Estoy estudiando, Fran»

«Eso es que sí. Sal un momento»

«Estoy estudiando»

A ver si repitiéndoselo...

«Acaban de terminar los exámenes, no hay mucho que estudiar»

Ni siquiera le contesto. Yo estudio al día, y parece que a la gente no le entra en la cabeza. El día que no estudio, me siento mal por ello, igual que otros se sentirían mal si estudiaran todos los días en vez de irse a cientos de fiestas universitarias.

Sigo estudiando hasta que alguien toca mi hombro, haciendo que me sobresalte por el susto.

Fran.

—¿Qué haces aquí? —le digo de malas en voz baja—. Te dije que estaba estudiando.

—Sal conmigo o empiezo a hablar alto —me amenaza en mi mismo tono.

—Te echarían.

—Soy profesor.

—Te echarían igual. Carme no se anda con rodeos —le recuerdo, mencionando a la estricta bibliotecaria de la facultad.

—Pero el mal rato te lo llevarías tú también —y entonces, sube el tono el muy capullo—: Si quieres te comento aquí lo que opino sobre cómo deberías enfocar mi asignatura de ahora en...

—¡Cállate! —le digo en bajo, silenciándole únicamente cuando hago el amago de levantarme.

La gente a nuestro alrededor nos está mirando, molestos por la interrupción. Me levanto de la silla con desgana y me dirijo a la salida, seguida de Fran. En cuanto cruzamos las puertas, me giro hacia él, no muy contenta.

—¿Nos vamos a la cafetería? —propone.

—Tengo mis cosas dentro. Dime qué pasa y vuelvo a entrar.

—Marta, sólo quiero hablar —me dice en buen tono, algo cortado con mis bordes palabras—. No quiero verte como te estoy viendo últimamente. Tú eres una chica que no dejaba nunca de sonreír, y desde hace tiempo te veo más veces agobiada y triste que feliz.

—Soy muy feliz, Fran, no te confundas —contesto algo molesta por su apreciación.

—No me refiero a... Ernest puede hacerte feliz, pero eso no es suficiente para que lo seas.

—Todo lo que implique estar con él, es suficiente.

—Ahora puede que sí. Esas cosas se aguantan durante una temporada. Pero luego acaban pasando factura.

—¿En serio quieres hablar de mi relación con Ernest? —le digo indignada.

—Marta, por favor, escúchame. Yo sólo quiero...

—Ésa es la pregunta —contesto, cruzándome de brazos—. ¿Qué quieres, Fran?

Él coge aire y lo expulsa de golpe, como si eso le infundiera paciencia, valor o vete tú a saber.

—Sé que no soy el indicado para decirte estas cosas. Por nuestro pasado puede que no confíes en mí y creas que lo hago por celos —mi gesto es claramente un *por supuesto que es por eso*—. No es por eso, Marta. Entre los profesores se comentan cosas, y yo odio que hagan eso.

—Pueden comentar lo que quieran.

—Pero me molesta que digan que intentaste aprovecharte Ernest para aprobar y conseguir trabajo en el futuro en París y...

—Eso no es cierto —digo indignada—. Yo no...

—Sé que no, pero sabes que la gente...

—Y, ¿por qué me lo dices? ¿Qué sentido tiene? Dices que estoy triste, ¿y me dices eso? ¿En serio?

Creo que he gritado por cómo me mira todo el mundo a mi alrededor.

—Sólo te lo digo porque quiero que cuentes conmigo si necesitas algo —me dice con tono comprensivo—. La gente puede parecernos en un momento dado...

—No, Fran —le corto—, lo que me estabas diciendo no tenía nada que ver con eso. Has venido a hablarme sólo para cabrearme y así poder sacar algo sobre lo que cotillear con el resto de tus ahora compañeros. Y, sinceramente, ahora mismo me das asco.



Me doy la vuelta y le dejo con la palabra en la boca. Vuelvo a mi sitio en la biblioteca pero leo y releo una misma línea veinte veces hasta que me doy cuenta de lo poco que me va a cundir el estudio lo que queda de tarde, así que recojo todo de mala gana y me voy a casa.

Ernest

Amo trabajar de profesor. Es sumamente gratificante ver cómo tus alumnos van aprendiendo algo que tú estás enseñándoles, hasta consiguiendo a veces que sigan aprendiendo por su cuenta, creándoles interés en áreas que antes ni ellos mismos sabían

que existían. Y poder seguir dando clases incluso después de lo sucedido, es de agradecer.

Escucho la puerta de casa y miro de reojo, mientras sigo explicando a los alumnos cómo resolver de forma más sencilla uno de los ejercicios de estadística que, seguramente, tengan en el examen final. Marta entra despreocupada y en cuanto nos ve, se lleva la mano a la boca.

—Hola —dice tímidamente, yendo hacia la habitación—. Lo siento...

Le hago un discreto saludo con la mirada pero ella está demasiado avergonzada como para contestarlo.

Las cinco chicas sentadas alrededor de la mesa del comedor se giran hacia ella y luego comienzan a dedicarse miradas entre ellas. Los dos chicos también, pero de otra forma. ¿Tardé tanto yo mismo en madurar? No hay demasiada diferencia de edad entre estos siete alumnos y yo, cuatro años no es mucho. Y sin embargo, en este momento veo un abismo entre ambas partes.



En cuanto se van, entro al dormitorio en donde está Marta tumbada en la cama, con los auriculares puestos, mirando el móvil y escribiendo algo en él. Me ve y deja todo a un lado. Se me queda mirando con rostro todavía avergonzado.

—Lo siento, se me olvidó por completo que no acababas hasta las ocho —me dice agachando la mirada.

—Es tu casa también, no pasa nada, Marta.

—Debí quedarme en la biblioteca un rato más, pero... Lo siento, de verdad...

—Marta —le digo, yendo hacia ella—, puedes estudiar en casa si quieres. No hace falta que te vayas cuando yo estoy dando una clase. Podemos pensar una manera de montar aquí en el dormitorio una mesa de estudio si quieres.

Ella me escucha, todavía con timidez en sus ojos.

—¿Podría estudiar en casa entonces?

—Sabes que sí.

—Lo prefiero. No quiero estar en la facultad más que para ir a clase y ya.

—¿Por qué dices eso? —pregunto extrañado por esa afirmación—. ¿Ha pasado

algo?

Ella niega con la cabeza y la conozco lo suficiente como para saber que hasta que no quiera hablar, no hablará, así que me levanto de allí y me dirijo al armario. Hoy hemos quedado en cenar con Eugeni en su casa y tenemos que estar allí en una hora.

—Podíamos quedarnos en casa mejor —escucho a Marta decir detrás de mí.

—Pero si estabas deseando salir a cenar fuera —le digo, girándome hacia ella.

—Bueno, pero... No me encuentro bien.

No suena convincente, así que me giro de nuevo hacia el armario, sacando una camisa limpia.

—¿Qué te duele? —pregunto mientras elijo pantalón.

Unos vaqueros, por ejemplo.

—La cabeza —contesta ella rápidamente.

—Demasiado manido —replico—. Elige otra cosa.

—No me encuentro bien, ya te lo he dicho —protesta por mi burla, todavía sentada en la cama.

Voy de nuevo hacia ella, dejando mi ropa encima de la cama, y me siento a su lado.

—Dime qué ha pasado —insisto.

—Te digo que no ha...

—Te conozco y sé que algo ha sucedido, así que al menos te pido que no me mientas, por favor. Di que no quieres decírmelo, pero no digas que no ha sucedido nada.

Ella me mira con culpabilidad en los ojos.

—Fran vino a hablar conmigo y me dijo cosas horribles.

—¿Cómo que horribles? —pregunto, intentando guardar la calma.

Mi noiava suspira antes de contestar, jugando distraídamente con el cable de sus auriculares.

—Dijo que me veía triste, que yo antes no era así, y que los profesores iban diciendo que yo estaba contigo para aprovecharme de ti.

—¿Cómo? —exclamo ante semejantes estupideces—. Eso no puede ser cierto. Apreciaciones de un ex novio aparte, el claustro no puede andar por ahí comentando

semejante idiotez, porque no tiene sentido.

—Ya lo sé, pero...

—Por eso no quieres ver a Eugeni, ¿no? —le digo, entendiendo por fin. Ella asiente, agachando la mirada—. Creo que hoy más que nunca tenemos que ir.

—No, hoy no... —vuelve a quejarse.

—Nada más llegar, le diremos todo esto. Si lo que nos contesta no te convence, yo mismo le diré que nos vamos de allí.

Marta levanta poco a poco la cabeza y me mira, decidiendo qué hacer.

—¿Me lo prometes? —pregunta, todavía dudando.

—¿Alguna vez te he mentado?

Sigue mirándome durante unos segundos más hasta que toma su decisión.

—Pero si no me convence, nos venimos a casa.

Sonrío y le doy un beso en los labios, levantándome de nuevo para cambiarme, seguido por ella misma.

—Recuerda que... —me repite en cuanto llamo al timbre de la casa de Eugeni.

La beso como contestación y ella sonrío. Y eso es lo que pretendía conseguir, así que yo también sonrío, satisfecho.

Un alegre Eugeni nos abre la puerta, copa en mano.

—¡Chicos! —exclama, haciéndose a un lado para que pasemos—. Estaba probando el vino, así que llegáis en el mejor momento.

Pasamos y mientras él está cerrando la puerta, vemos a un chico moreno de tez blanca, más bien delgado, salir de la cocina.

—Os presento a Vincent, mi novio —nos dice Eugeni pronunciando el nombre con acento francés, señalando a aquel chico.

Saludamos a éste, que tímidamente masculla unas palabras en nuestro idioma, bastante nervioso.

—No sabía yo que ya estabas cogido, Eugeni —bromeo con él.

—No soy de contar demasiadas cosas de mi vida —se disculpa mientras va a la

cocina, saliendo de allí con un par de copas que nos da a ambos, sirviéndonos algo de vino.

Marta me mira de reojo, recordándome sin palabras mi promesa.

—Eugeni, antes de nada Marta y yo queríamos preguntarte algo —él nos mira a ambos y nos hace un gesto con la cabeza para que le digamos, dando un nuevo trago a su copa—. ¿Es cierto que el claustro está comentando que Marta está conmigo para aprovecharse de mí?

Mi amigo abre los ojos desmesuradamente, dejando de beber.

—¿Es broma? —pregunta todavía sin creer que lo que le acabamos de decir sea cierto.

—Fran me lo dijo —interviene ahora mi noiava, todavía con voz afectada.

—Marta, te aseguro que no he escuchado a nadie decir algo semejante —contesta él, con una voz totalmente convincente—. No te puedo asegurar que nadie esté comentando nada de... Bueno, de todo esto —y nos señala a ella y a mí—. Imagino que algo se dirá, ha sido un bombazo. Pero ese comentario no tiene ningún sentido. Antes de que Ernest llegara, eras la mejor estudiante de tu promoción, ¿qué ibas a ganar estando con él? Creo que incluso tenías cosas que perder.

Observo el gesto de Marta, que comienza a relajarse y entender.

—Me parece que ese Fran no estuvo muy acertado al decirte esas cosas —le digo a ella, acariciando su brazo y dándole un beso en la cabeza.

—¿Qué es lo que se habla entonces? —pregunta, todavía insatisfecha.

—¿De verdad te importan las tonterías que cuatro capullos aburridos de esa universidad cuenten en los numerosos ratos libres de su amargada vida?

Eso a Marta le ha encantado. Tanto que se echa por fin a reír. Yo río con ella, aliviado por intuir que su malestar ha pasado, y Vincent lo hace con alivio también, viendo que por fin caminamos hacia la amplia terraza de Eugeni, en donde la cena ya está servida.

El resto de la velada Marta se la pasa hablando en francés, catalán y castellano, riéndose con cada anécdota que Vincent nos cuenta sobre el barrio en donde creció, a las afueras de París; besándome cada vez que yo mismo contesto en francés, apoyando su cabeza en mi brazo, el cual reposa sobre sus hombros.

Mi noiava sigue feliz a mi lado, y eso para mí es suficiente como para seguir

luchando.



XIV

Marta

recuerda —me dice rápidamente el encargado desde el otro lado de la barra—, si tienes alguna duda, ni se te ocurra molestarme.

Cinco minutos ha tardado en explicarme cómo funciona todo. Cinco minutos para saber cómo servir las copas, cómo cobrar... y para recordarme que esto no es un convento y que aquí se viene a pasar calor, así que debería quitarme tela de encima. Incluso me ha mandado cambiarme de ropa al llegar, teniéndome que poner un vestido blanco ajustado, con escote hasta el ombligo y con una falda que casi llega al mismo sitio que el escote.

No me encuentro cómoda, y esto no ha hecho más que empezar.

Me quedo bastante descolocada con las pocas explicaciones que recibo, y mentalmente comienzo a contar el tiempo que me queda para que acabe mi turno por hoy. Son solamente cuatro horas, me repito. Pero cuatro horas que intuyo que se me van a hacer eternas. Cuatro horas seguidas, sin descanso, haciendo algo que jamás pensé que haría. Me siento desubicada en este oscuro pub, únicamente iluminado por luces de colores aquí y allá, con universitarios queriendo emborracharse a toda costa.

Todavía estoy paralizada en mitad de la barra cuando un par de chicos se acercan.

Respiro hondo, sonrío y...

—Hola, chicos, ¿qué os pongo? —les digo, imitando lo que suele decirse en las películas.

—Dos cervezas, sexo en la playa y orgasmo —me dice uno de ellos sin apartar la vista del incómodo escote que el encargado me ha obligado a lucir.

Mi corazón se acelera al escuchar aquello. Quiero literalmente gritar a aquel capullo que acaba de hacerme sentir como si fuera basura que puede pisotear.

Su amigo comienza a reírse y le da un golpe en el hombro.

—Mi amigo habla de cócteles —explica él, dándose cuenta de que no he sido capaz de moverme todavía—. Un *Sex on the beach* y un *Orgasm*. Tenemos dos chicas en una mesa, esperando algo dulce y...

—Pues yo me quedaría aquí con la camarera —le interrumpe el otro tipo sin dejar de mirar mi escote.

Llevo mis manos instintivamente hacia esa parte y quiero echarme a llorar, pero vuelvo a respirar y pienso en lo poco que queda para que Ernest y yo podamos vivir de otra forma, sin preocuparnos de cómo vamos a arañar unos euros cada mes para poder sobrevivir.

—¿Qué tipo de cerveza queréis? —pregunto ahora, empezando por lo sencillo.

—Con la que tengas que acercarte más a mí —me dice ese tipo con voz asquerosa, relamiéndose.

Su amigo vuelve a golpearle.

—Creo que se te está yendo la morena —le dice, señalándole con la cabeza un lugar indeterminado para mí, pero creo que muy concreto para el baboso de su amigo, que intenta ver algo a través de la gente y, al no conseguirlo, decide echar a correr hacia su mesa—. Bueno, ahora ya puedes servir las cosas tranquilamente.

—Lo siento —me disculpo, no sé por qué—. Hoy es mi primer día y...

—Se te nota —dice sonriente, pero al menos no me mira el escote.

—¿En serio?

Asiente y su media melena rizada rubia se mueve a la misma velocidad que su cabeza.

—Tienes siete personas esperando para atenderles y ni siquiera te has dado cuenta.

En cuanto me dice eso, veo que a lo largo de la barra hay gente con cara de pocos amigos, con billetes en la mano y parece que bastante prisa por ser atendidos. El amable chico me hace un gesto para que vaya primero a atender al resto de gente y me muevo con rapidez hacia la chica de su derecha.

—Hola, ¿qué...?

—Gin-tonic —contesta ella secamente, agitando su rubia melena, sin tan siquiera mirarme.

Posa un billete de cincuenta euros en la barra y empieza a tamborilear nerviosa, esperando a que le sirva su bebida. Me giro hacia las botellas y comienzo a buscar entre todas ellas la que ponga gin-tonic, pero el encargado no me ha dicho si las tiene colocadas por orden alfabético, por colores... El caso es que aquí no hay nada que se llame gin-tonic.

—Perdona, no tenemos —le digo con amabilidad a la chica—. Si quieres alguna otra cosa que...

—¿Estás de coña? —me suelta con enfado—. Ponme de una puta vez mi gin-tonic y déjate de bromas estúpidas.

Oigo claramente cómo le dice a su acompañante *puta camarera inepta*, y justo cuando voy a rendirme y pedir la ayuda que el encargado me dijo que no pidiera, el chico de antes aproxima su mano hacia mí para llamar mi atención, haciéndome un gesto para que me acerque.

—Ginebra, tónica, limón y pepino —me dice al oído. Me ve parpadear, todavía sin moverme, y vuelve a pedirme que me acerque—. Es todo eso que tienes justo al lado del grifo de cerveza; aquí se pide mucho y está ahí preparado.

Me giro hacia el grifo de cerveza y veo varios botellines y pequeños cuencos en fila. Me acerco y comienzo a mezclar todo en un vaso como buenamente puedo. No tengo ni idea de lo que hago, pero miro de vez en cuando a aquel amable chico y asiente, así que consigo preparar mi primera copa sin mayor dificultad.

Vuelvo a coger aire cuando doy la vuelta a aquella chica, que se aleja de la barra sin despedirse ni dar las gracias, y paso al siguiente. Al menos éste me dice claramente lo que quiere, y me voy tranquilizando a medida que los clientes van dejando de multiplicarse a lo largo de la barra.

—No sé cómo agradecerte... —le digo acercándome de nuevo a ese chico, nada más que parece que tengo un segundo.

—Bueno, ahora mi amigo se fue del pub con las dos chicas, así que sólo tienes que ponerme una cerveza.

—¿Por qué no te fuiste con ellos? —pregunto.

—No eran mi tipo —contesta, encogiéndose de hombros.

No distingo apenas sus facciones con la poca luz, pero sé que es atractivo. Imagino que no debe tener problema a la hora de ligar, así que le habrá dado igual lo de su amigo.

—La verdad es que me alegro de que te quedaras —le confieso—. No sé qué habría hecho sin ti.

—Seguramente a estas alturas ya estarías despedida —responde sin malicia—. Franchu tiene muy mala leche, el condenado.

Me río por la descripción de mi encargado mientras cojo un vaso y lo aproximo al grifo de la cerveza.

—Seguramente —le digo—. Me dijo que ni se me ocurriera pedirle...

—Espera, espera, espera —me frena, no dejando que abra ni el grifo—. ¿Sabes tirar una cerveza?

—Sí... Abro el grifo y...

Él se ríe y no sé por qué lo hace.

—Dame una de botellín, anda —me pide ahora—. La que primero veas, no me importa.

—¿Ésta? —le pregunto, acercándole una de las primeras que he visto.

Él asiente y me da un billete de veinte.

—Quédate con la vuelta.

—¡Pero es mucho!

—Es menos de lo que te habría dejado mi amigo si llegas a dejarle meterte mano.

—¡Yo jamás habría dejado que...! —exclamo, volviéndome a tapar el escote, intentando bajarme el molesto vestido.

Él se ríe, meneando la cabeza, divirtiéndose con todo esto.

—Lo sé, se te nota que no sabes dónde te has metido. ¿Nunca habías estado antes aquí?

—No...

—Eso seguro —dice como cayendo en algo—. Yo que tú, me iría buscando otro trabajo.

—Pero éste es el primer sitio del que me llamaron que me pagaban rápido. Y... Necesito el dinero.

—No merece la pena, te lo aseguro.

—No puedo hacer otra cosa —le digo con resignación.

Viene un grupo de chicos a la barra, bastante perjudicados todos ellos. Empiezan a pedirme bebidas y se las preparo sin problema; no sé si me equivoco al servírselas, pero según van de perjudicados, no creo que se enteren si lo he hecho mal.

—Guapa, ¿a qué hora sales? —dice uno de ellos.

—¿Yo? —pregunto.

—¿A las tres como Coral?

—¿Coral?

—Sí, la otra camarera que había antes que tú —dice, molesto por haberme tenido que dar esa explicación—. Te pago cien por uno rápido en el callejón.

—¿¡Cómo!?! —exclamo, dando unos pasos hacia atrás.

—¡Ey! —interviene el chico de antes, acercándose a ellos—. Ella no es Coral, ¿de acuerdo? Sólo es camarera.

—Venga ya, no me jodas —se quejan ellos—. ¿Qué cojones ha contratado Franchu? —y vuelven a mirarme—. Muy bien, te dejo que me la chupes por el mismo precio.

Esto ya me parece indignante, y ahora mismo olvido que Ernest y yo necesitamos urgentemente el dinero.

—¡Yo no pienso hacer nada de eso!

—Doscientos —responde.

—¡Ni por mil! —le digo.

—Trescientos y te meto mano —propone—. Sólo eso. Es solamente...

—Venga, anda, dejadla en paz —les insiste el amable chico de antes—. Ya tenéis vuestras copas, así que largaros, ¿de acuerdo?

—Y tú quién eres, ¿su novio? —le dice uno de ellos, enfrentándose a él.

—Soy Gabriel Torné. Y ahora, largo de aquí o llamo a seguridad, ¿entendido?

Los cuatro integrantes del grupo le miran estupefactos, igual que yo. Este pub se llama Torné precisamente, y me parece que no es una simple casualidad.

Por fin se van, dejándonos a ambos de nuevo solos.

—¿Tú...? —comienzo a preguntarle—. ¿Eres el dueño de esto?

—No, sólo soy su hijo —contesta todavía de mal humor, aunque su mirada parece calmarse con rapidez—. Siento no haberme presentado hasta ahora.

Extiende la mano hacia mí, estrechándome la mía a modo de saludo.

—Marta Casals —le digo.

—¿Casals? —pregunta sorprendido—. ¿Eres de los Casals de...?

Asiento, no muy cómoda al ver que ha reconocido mi apellido. Parece dudar un momento si seguir con el tema, pero al ver mi incomodidad, prefiere obviarlo.

—Entendería que quisieras despedirme —le digo—. Soy un desastre...

Él se echa a reír, dando un trago a su cerveza.

—La verdad es que eres la peor camarera que he visto en mi vida.

—Lo sé, pero necesito el dinero, y te aseguro que aprendo rápido...

—¿En serio necesitas tanto el dinero como para volver mañana? —de nuevo asiento, ahogando mi angustia en la garganta—. Lo entiendo, pero no puedo estar aquí cada día que vengas.

—Te prometo que me las puedo arreglar yo sola... —miento.

—Lo dudo —dice, meneando la cabeza sin dejar de mirarme—. ¿Qué es lo que realmente sabes hacer?

—¿Lo que...? No sé, yo... estudio economía y dirección de empresas en la EBU, y además pinto, y...

Creo que aguanta la risa como puede al escuchar mis inservibles datos en un sitio

como éste.

—¿Sabes algo de... marketing? —pregunta al azar.

—Sí, claro.

—Intentaré convencer a mi padre para que mañana no tengas que estar detrás de la barra —dice levantándose de su taburete—. Pero ven... vestida, ¿vale?

—¡Mi ropa no es ésta! —le digo, sacando de debajo de la barra la bolsa con mi verdadera ropa—. El encargado me hizo cambiar al llegar y tuve que guardar la mía aquí.

Niega con la cabeza, entendiendo.

—Me lo creo. Este Franchu... En fin, tengo que irme, ¿te las podrás apañar sola?

—Sí, claro.

No parece muy convencido con mi respuesta. Arruga la frente con un gesto gracioso y saca un bolígrafo de dentro de su americana. Apunta algo en una servilleta y me lo da.

—Por si sucede cualquier cosa —me dice al entregarme un número de teléfono apuntado con buena letra.

—Prometo que no voy a molestarte.

Él ríe levemente con mi promesa.

—¿Cómo vas a ir a casa al salir de aquí? —pregunta ahora.

—Viene mi novio a buscarme.

—¿Tienes novio y no le importa que estés aquí trabajando? —dice casi indignado.

—Mi novio no es quien tiene que darme permiso para trabajar donde quiera — respondo molesta.

—No me refería a eso. Es sólo que... —niega con la cabeza, sin saber cómo explicarme algo que prefiere ni siquiera decir—. En fin, mañana ya no estarás ahí, ¿de acuerdo?

—Gracias, Gabriel...

—Gaby —dice.

—Gracias, Gaby. En serio, gracias por lo de... —veo a una chica acercarse a la barra desde el otro lado de la misma y hacerme un gesto para que le atienda—. Gracias —

vuelvo a repetirle, alejándome de allí para seguir trabajando.



Él me despide con la mano y una gran sonrisa, dejándome trabajar.

Ernest

En cuanto mi noiava sale por la puerta de atrás del local junto con un pijo melenas, me acerco a ella.

—Hola, noiva —me dice sonriendo, con ojos cansados—. Mira, Ernest, éste es Gaby —y señala con la mirada a su acompañante, un tipo más o menos de nuestra edad, igual de alto que yo, con demasiado cuerpo de gimnasio dentro de esa ropa cara que lleva puesta.

Le estrecho la mano a ese tal Gaby con educación.

—Bueno, yo ya me voy —nos dice él—. Recuerda, mañana...

—Claro —contesta con emoción Marta—. Buenas noches, Gaby. Y gracias de nuevo por...

Él le hace un gesto con la mano para que no le agradezca lo que quiera que tenga que agradecerle.

—Oye, ¿os llevo a algún sitio? —nos dice ahora, como si se le hubiera olvidado mencionarlo antes—. Tengo el coche aquí cerca.

—No hace falta —le dice—. Iremos dando un paseo.

—Muy bien —y ahora me mira a mí—. Encantado, Ernest.

—Igualmente —contesto mientras él se aleja en dirección contraria a la nuestra.

Miro a mi noiava y por fin le doy un beso, aunque muy breve.

—Gaby no creyó que vinieras a buscarme —me explica ahora—. Dijo que seguro que te habías quedado dormido y por eso salió conmigo.

—Muy amable ese Gaby —comento, colocando correctamente su abrigo para tapar mejor su cuerpo, evitando que coja frío a estas horas de la madrugada—. ¿Todo bien en tu primer día?

—Bueno... Sí y no.

—¿Sí y no? —le pregunto. Y acordándome, saco de la bolsa que tengo en la mano un bocadillo que le hice antes de salir de casa y un botellín de agua—. Toma. Imaginé que tendrías hambre.

Ella mira el bocadillo con emoción y lo coge con rapidez.

—A última hora estaba comiendo trozos de pepino con el que se prepara el gin-tonic —me dice mientras da el primer bocado, haciendo un sonido de gusto.

Comenzamos a caminar y agarro su cuerpo para darle calor. La humedad del ambiente es muy mala a estas horas de la noche.

—¿Te apañaste bien entonces? —insisto.

—Gaby tuvo que echarme una mano —explica, dando otro mordisco—. Me encanta, noiva, está riquísimo.

—¿En qué dices que te echó una mano ese chico?

Ella sonrío, como si mi pregunta fuera con doble sentido.

—Sólo estuvo al principio de la noche conmigo —comienza a explicarme—. La gente de allí es un poco...

—Un poco, ¿qué?

—Gilipollas. Y él evitó que me pasara nada.

—¿Qué es lo que te iba a pasar? —pregunto cada vez más alterado.

—No te preocupes —me tranquiliza, dándome un rápido beso en la mejilla—. Además, Gaby, que es precisamente el hijo del dueño, me ha prometido que hablará con su padre para que mañana mismo deje la barra y haga algo de marketing. Todavía no sé el qué, pero es mejor que estar de camarera, ¿no?

Parece entusiasmada en su primer día de trabajo y no quiero amargárselo con mis dudas, así que opto por darle un respiro.

—Eso es fantástico, noiva. Tu primer día y ya te ascienden. Has tenido que preparar unos gin-tonic de miedo.

—La verdad es que sí, daban mucho miedo...

Me echo a reír y ella ríe encantada conmigo, comenzando a contarme pequeñas anécdotas al principio, intercalándolas con otras que no me gustan nada. Me tranquilizo cuando me recuerda que mañana ya no estará detrás de esa barra donde parece que las camareras no se limitaban únicamente a poner copas, pero mi calma no es la suficiente.

—Podrías dejarlo y esperar a que salga otra cosa —le propongo con disimulo.

—Puedo con esto.

—Pero a lo mejor podrías intentar dar clases tú también, aunque sea a niños y...

—Quiero intentar esto —me corta—. Me veo capaz, Ernest —y especifica—. Quiero verme capaz de trabajar en algo así.

—No tienes que demostrar nada. Puede que ese lugar no sea...

—No creo que pase nada de ahora en adelante. Es marketing... —me recuerda, como si eso fuera la solución para todo.

—Debiste dejar que estuviera yo hoy allí dentro contigo —me quejo.

—Sabes que eso no podía ser —contesta—. No soy ninguna niña para que me acompañes a trabajar.

—No me refería a... Te dejaste ayudar por ese chico. Podría haberte ayudado yo.

Escucho cómo suspira antes de responderme.

—Estoy cansada, Ernest. Sólo quiero llegar a casa y dormir.

Suena realmente agotada, como si en vez de cuatro horas, hubiera estado trabajando veinte seguidas. La hostelería es muy dura, sobre todo de noche, y si a eso le sumamos el estrés que ha debido pasar...

—Si quieres, mañana el bocadillo te lo hago de Nutella —le digo para cambiar de tema.

Ella me mira y sonrío, dando otro mordisco.

—Pero de marca blanca, que es más barata.

—Vale, de la barata —le prometo, riéndome y besando su sien—. ¿Quieres agua? Debes estar deshidratada.

—La verdad es que sí —me dice, cogiendo el botellín—. El encargado no me deja

beber si antes no lo pago. Y si bebo todo lo que me gustaría, no ganaría nada...

—¿No bebiste en toda la noche? —pregunto alarmado.

—Sólo fueron cuatro horas...

De un solo trago, ha bebido media botella.

—En fin... ¿Cuántos días nos quedan?

Nada más hacerle esa pregunta, vuelve a sonreír.

—Hoy ya es sábado, así que deberíamos tachar otro día más al llegar a casa.

—Menos de cinco meses, noiava.

—Uf... —resopla, agachando la mirada.

—¿Entonces este verano nos vamos a París? —pregunto, intentando animarla.

—Nada más acabar los exámenes —me dice con ilusión—. Pero primero tenemos que...

—Me volverían a dar mi trabajo —le digo, adelantándome a sus palabras—. Y tú podrías seguir pintando mientras buscas algo allí. A lo mejor puede que llegues a vivir de tus cuadros.

Su triste sonrisa me hace pensar que no está nada convencida de ello.

—Trabaje en lo que trabaje, estaremos juntos. Es lo único que me importa —es su respuesta.

La abrazo con más fuerza y siento que podría estallar de felicidad.

Seguimos hablando de camino a casa, como si no tuviéramos más preocupación que llegar y meternos juntos en la cama.



XV

Marta

Ernest no deja de reírse a mi lado, mientras el sol pega con fuerza en este caluroso verano parisino. Hemos venido a los Campos de Marte a hacer un picnic y al descorchar la botella de vino, nos he salpicado a ambos la ropa. Lejos de enfadarse por estropearle su camisa blanca favorita, se ríe con mi torpeza, recordándome lo mal que siempre se me da manejar el sacacorchos.

Intenta darme un beso, pero me separo.

—Ni hablar—le digo enfadada—. Te ríes de mí y encima quieres un beso.

Por fin deja de reírse, pero conserva una bella sonrisa.

—Quiero mucho más que un beso —responde, acercándose a mi cuello.

Empiezo a escuchar mi nombre cuando está besándome. Al principio no hago mucho caso. ¿Quién va a estar llamándome, si aquí hace pocos días que hemos llegado y todavía no me prácticamente conoce nadie?

Siguen llamándome, y siento que alguien me zarandea. Veo a Ernest alejarse de mí entre una neblina blanquecina, muy luminosa.

—Marta...

Mierda, ¿estoy en clase?

Iona sigue moviéndome para que me despierte cuando doy un brinco al darme cuenta de dónde estoy en realidad. Fran me mira con el ceño fruncido desde su mesa. De hecho, todo el mundo me mira, pero estoy tan cansada que me da igual.

—Si te aburre estar en mi clase, deberías quedarte en casa durmiendo —me dice con voz de pocos amigos.

—Lo siento, Fran —le respondo en voz baja, rezando para que siga con la clase cuanto antes.

Tengo suerte y vuelve al tema que estamos dando, haciendo que el resto de gente siga atendiendo a la explicación y no a mí.



Y me cuesta horrores no volver a dormirme en lo que queda de clase.

—Fran, ¿puedo hablar contigo un momento? —le pido en cuanto acaba la clase.

—Dime —contesta distraído, recogiendo sus cosas.

—Quería pedirte perdón. No es que me estuviera aburriendo. Ayer dormí muy poco y...

—Déjate de tanta fiesta y descansa antes de venir a clase.

—No estaba... —me corto, ya que prefiero no explicar mi vida por ahí—. No volveré a pasar, te lo prometo.

Fran suspira y levanta la vista hacia mí.

—Antes no eras así, Marta —me repite como el otro día, cogiendo sus papeles y comenzando a caminar conmigo hacia la puerta—. Puede que debas pensar qué es lo que ha sucedido en tu vida para que cambies tanto. Si sigues así, tu media bajará. Y, sinceramente, no estoy seguro de que apruebes todas si no vuelves a centrarte.

Acaba de decirme eso y me deja allí plantada, hecha polvo. ¿Puedo llegar a suspender alguna asignatura? Eso sería una tragedia. No podría acabar en junio la carrera, con lo cual no podría irme con Ernest, y todo se retrasaría. Pero necesito seguir trabajando para poder sobrevivir estos meses.



capaz de sobrellevar todo esto.

Y no tengo ni idea de cómo voy a ser

Ernest

Espero a Marta en la puerta de la facultad, apoyado en una de las columnas de la gran escalera de la entrada. Voy a sorprenderla, yendo a comer al Park Güell, así que he traído una mochila con todo lo necesario. Hoy hace un mes desde que empezamos a vivir juntos y necesitamos darnos un pequeño capricho para salir un poco de la rutina. Tanto trabajar y estudiar está agotando a mi noia; la veo cada vez más cansada y necesita un respiro.

Veo a Fran salir de los primeros por la puerta y, en cuanto me ve, se acerca a mí con seriedad.

—Ernest, ¿podemos hablar? —me dice dándome la mano formalmente.

—Claro, dime.

—Estoy preocupado por Marta —me suelta de golpe.

—¿Cómo?

—Hoy por ejemplo se durmió en clase, y en el claustro, el resto de profesores comentan que está despistada, que no rinde como hasta hace poco. ¿Sabes qué puede estar sucediéndole?

Esa información me cae como una pesada losa. No le estoy haciendo bien, es lo primero que pienso. Desde que he aparecido en su vida, las cosas han ido cada vez a peor. Soy el culpable, yo soy el único culpable de que ella esté pasando por todo esto, lo sé.

—Hablaré con ella e intentaremos solucionarlo —le digo sencillamente.

—Ella está convencida de que es feliz, Ernest. Pero ambos sabemos que a veces con querer ser feliz no es suficiente. Todo esto va a acabar con ella.

—Te agradezco que me hayas expresado tu opinión, Fran, pero entiende que tenga

mis reservas con respecto a lo que me dices.

—He hablado en un par de ocasiones con ella, no pienses que vengo a ti a sus espaldas. Pero cada vez está peor y no puedo quedarme de brazos cruzados mientras veo cómo Marta...

—Fran —le corto, algo molesto ya—. Hablaré con ella, ¿de acuerdo?

—No es suficiente con que hables. Yo mismo ya he hablado con ella y no...

—Tú has hablado con ella —puntualizo—. Pero yo no soy tú, ¿verdad?

—Sé a lo que te refieres —me dice con voz de suficiencia—. Te crees mejor que yo porque ella está contigo y no conmigo. Pero ambos sabemos que con quien sería feliz sería conmigo.

—Fran, creo que te estás pasando. Te aconsejo que te calles la boca ahora que estás a tiempo —le amenazo, irguiéndome.

—No voy a callarme, Ernest. Estás destrozándola y parece no importarte. Si tanto la quieres, ¿por qué no te largas y dejas que siga siendo tan feliz como lo era hasta que tú llegaste?

Voy a partirle la cara justo en el momento en el que veo a Marta acercarse a nosotros. Sonríe al verme y hace un gesto de graciosa burla señalando a Fran, haciéndome sonreír a mí. Éste se gira y la ve llegar hasta nosotros. Me da un beso y coge mi mano, posicionándose a mi lado sin darse cuenta.

—¿Y eso? —pregunta, señalando la mochila que llevo.

—Es una sorpresa —le digo, haciéndole sonreír de emoción.

—¿Nos vamos? —me pregunta, mirando de reojo a Fran, que sigue allí plantado frente a nosotros.

—Fran, encantado de haberte vuelto a ver —le digo, dándole la mano.

Él balbucea algo, pero Marta y yo nos damos la vuelta y lo dejamos atrás.

—¿Vas a decirme ya lo que hay en la mochila? —dice ella justo cuando le damos la espalda.

—Hoy nos vamos a comer al Park Güell —le anuncio.

Ella abre su boca y emocionada me abraza, besándome.

—Algo parecido estaba soñando cuando...

Se queda callada a mitad de la frase.

—¿Cuándo soñaste eso?

—Es que... Bueno, hoy me quedé un poco dormida en la primera clase... —me dice avergonzada, volviendo a coger mi mano mientras salimos del recinto de la universidad.

—Marta, sabes que tienes que dejar ese trabajo, ¿verdad? —le digo seriamente.

—No encuentro otra cosa, Ernest, y necesitamos el dinero.

—Necesitamos que acabes la carrera para irnos —le recuerdo—. Si tengo que buscar otro trabajo para...

—Tú tienes un trabajo, yo tengo otro —me corta—. Estamos bien. Además, no estoy mal en el Torné. Podría ser peor.

Tengo que reconocer que ese tal Gaby ha conseguido que Marta tenga un trabajo decente. Se encarga durante la semana de manejar las redes del pub y contactar con los medios para hacer publicidad, y durante el fin de semana es la responsable de las relaciones públicas, gestionando el trabajo de éstos. Se le da bien, y sé que es algo que le está gustando hacer, pero no puede seguir con este ritmo. Por las mañanas va a clase, por las tardes estudia y por las noches trabaja.

—Voy a volver a echar currículums, esta vez de lo que salga —le anuncio—. Y me da igual que protestes y me digas que quieres contribuir con los gastos. Quiero que seas realmente feliz conmigo, no que quieras serlo.

Ella parece entender a lo que me refiero, y frunce el ceño.

—Fran, ¿verdad? —me dice—. Él te ha estado diciendo idioteces como a mí.

—¿Como a ti?

—Sí, hace tiempo que me dice que yo no soy feliz, e intenta convencerme de que debería dejarte porque no eres bueno para mí.

—¿Por qué no me dijiste que te decía esas cosas? —pregunto indignado.

—¿Para qué? Son tonterías. Él no está contento con esta situación e intenta influirnos.

Me quedo pensativo durante unos segundos.

—Me sorprendes, Marta —le reconozco.

—¿Yo? —dice sorprendida.

—¿Recuerdas que al principio casi no te atrevías ni siquiera a hablarme por si metías la pata?

Ella se ríe con eso, recordando.

—Bueno, a veces todavía...

—Acabas de darme una lección de madurez increíble, noiava. Te han dicho cosas que incluso a mí pueden afectarme, y sin embargo tú has tenido la suficiente capacidad como para racionalizarlo y... —meneo la cabeza, todavía sorprendido—. Creo que aquella chica que se atragantaba cuando me acercaba para besarla, se ha hecho una gran mujer.

Vuelve a reír, esta vez conmigo, golpeando mi brazo e imitándome con un tono grandilocuente. No rebate mi afirmación, y eso es porque sabe que tengo razón. Sigue siendo la misma chica inocente, pero con una gran fortaleza interior que me contagia. Ella es mi fuerza, y lo reconozco con orgullo.

Sólo espero poder tener yo la suficiente capacidad como para conseguir mantenernos a flote a ambos. Ninguno puede flaquear y nos esperan unos duros meses por delante.

Llegamos al parque y decido que prefiero pasar un rato agradable con mi noiava sin pensar en nada más. Nos merecemos tener nuestros momentos de descanso, tanto físico como mental, para poder coger impulso y seguir adelante.



XVI

oy me tomé la tarde libre. No aguantaba más. Intentaba leer algo y no era capaz de entender lo que estaba tratando incluso de aprender de memoria.

Además, hoy en el Torné va a haber bastante jaleo, ya que hacen la fiesta de la espuma; eso va a conllevar mucho trabajo con los relaciones públicas y tengo que estar allí algo antes. Lo malo es que tendré que salir mucho después de mi hora, para variar. Ya le he dicho a Ernest que hoy no vaya a buscarme, que o bien cojo un taxi o me lleva alguien a casa. Porque hoy a esa fiesta me ha dicho Judit que va a ir con gente del rodaje de la última película, Josep incluido. Gaby va a saltar de alegría cuando lo sepa. Sigo pensando que me contrataron porque, quien me hizo la entrevista, me reconoció de las fotos de aquella época...

—De verdad que no sé cómo puedes con todo —me dice Iona mientras se prueba la ropa que llevará a la fiesta del Torné—. Estudias, trabajas, tienes pareja, una casa... ¿No te agobia pensar en todo eso?

—Hasta que no me lo has dicho con ese tono de agotamiento, no.

Me hace un gesto de burla a través del espejo mientras se pone los pendientes.

—¿No querrías trabajar de otra cosa?

Y sé por dónde va. Lleva días diciéndome que podría hablar con sus padres para intentar buscarnos a Ernest o a mí trabajo de alguna otra cosa. Pero nos apañamos bien solos. Podemos con esto sin tener que pedir nada a nadie.

—Estoy bien como estoy —respondo.

—Sé que... Me refiero a que yo a lo mejor podría... Al fin y al cabo, pagaste la universidad de mi novio, y...

—No tienes que sentirte en deuda por eso, Iona. Para empezar, somos amigos. A Xavi le despidieron por mi culpa, y era lo mínimo que podía hacer por él.

—No quiero que estés mal —dice con un suspiro—. Y no sé cómo ayudarte.

Sonrío y abrazo a mi amiga.

—Te agradezco que te preocupes por mí, pero estoy bien. Ambos estamos bien —le digo, incluyendo a Ernest en la ecuación.

—¿Ernest y tú...? ¿Va todo bien?

—Sí, todo bien.

—Pero no viene hoy... —me recuerda, recelosa del motivo que pueda darle.

—Hoy tenía que dar clases hasta la noche y mañana desde primera hora de la mañana, porque uno de los grupos tiene un examen el lunes que viene e iban a prepararlo. Además, ambos intentamos no interferir en el trabajo del otro; es mejor así.

—La verdad es que en su día llevasteis muy bien eso de que fuera tu profesor —dice sinceramente.

—Fue complicado —reconozco—. Por eso, ahora que podemos, lo hacemos de otra forma. Y nos va muy bien, aunque la gente intente ver algo totalmente distinto.

Me pruebo otra falda de las de mi amiga y decido darle un toque especial a mi atuendo, poniéndome otra encima de ésta. Iona, al verme, menea la cabeza y sonrío.

—No sé por qué la gente sigue con esos estúpidos rumores —me dice—. Ernest va a buscarte todos los días a la facultad, siempre se os ve genial...

—Puede que sea por eso mismo. A lo mejor no les gusta vernos felices —contesto—. Estoy harta de que Fran se meta en mi vida, en serio.

—¿Y Ana? ¿Viste la cara que puso hoy cuando Ernest te abrazó a la salida? Creo que le sale urticaria siempre que le ve acariciarte el pelo —comenta, riéndose.

Resoplo, recordándolo. Ana está más que inaguantable conmigo desde que se supo formalmente que Ernest y yo estábamos juntos. Sé que me va a costar más que nunca sacar buena nota en ciertas asignaturas, y no precisamente por mi capacidad de estudio.

Voy hasta el espejo en donde está ella y cojo su neceser.

—La verdad es que ya no me importa tanto lo que la gente hable o piense de mí —le confieso.

—¿Ni lo que diga la Vila?

Sonrío antes de echarme algo de colorete en los pómulos para disimular mi palidez, debido al cansancio acumulado.

—La Vila está muy calladita desde que salió esa entrevista mía en La Vanguardia.

—El mismo día que hablaban de sus obras unas páginas después, y no precisamente para bien —comenta aguantando la risa—. ¿Al final vas a decir tu verdadero nombre?

—Lo hablamos Ernest y yo el otro día, pero...

—Estás creando una expectación tal que cuando lo digas, van a hacerte una fiesta.

Me río con ella.

—Yo ahora estoy centrada en acabar todos los cuadros de la exposición de primavera, estudiar para terminar en junio y trabajar para seguir pudiendo vivir tranquilamente con Ernest. El resto me importa una mierda. Que critiquen si tienen tiempo libre. Yo no lo tengo.

Iona empieza a aplaudirme con solemnidad hasta que le doy un manotazo en el hombro para que deje de hacer el tonto.

—Oye, que yo estoy de tu parte —se queja por el golpe, sin dejar de reírse.

—¿Ya estás lista? —le pregunto, dejando el gloss en su sitio, cogiendo la cazadora y el bolso.

Se levanta y coge también sus cosas, yendo hacia la puerta de su habitación.

—Xavi dice que llegará algo tarde —comenta bajando las escaleras, mirando el móvil—. Estaba acabando un trabajo de clase y el señorito no puede pasar ni un puñetero viernes sin estudiar.

—Creo que también tiene ganas de acabar.

—Todos tenemos ganas de acabar, pero por dios, ¡es la fiesta de la espuma! —exclama alzando los brazos de forma exagerada, haciéndome reír.

—Chicas, ¿ya os vais?

Clarissa, la madre de Iona, sale al hall en cuanto escucha nuestras risas. Es una mujer muy amable, que siempre tiene palabras de cariño hacia mí. Ahora que mi propia madre me ha dado la espalda, me duele ver madres ajenas, como si no fuera digna de tratar con ninguna de ellas nunca más.

—No me esperéis despiertos —le avisa Iona, dándole un beso.

—No, hija, ¡ni por asomo! —bromea ella, haciéndonos reír—. ¿Va a estar también Xavi?

Iona se queja por la pregunta, pero sé que está encantada. Hace un par de semanas que les presenté a Xavi y se han caído más que bien. Estudioso, trabajador, buena persona... Y además adora a Iona y la hace muy feliz.

No podían pedir más.

—Sé venir yo sola a casa, conozco el camino —se queja.

—Pero nos quedamos más tranquilos si vienes con él.

—Entonces deberías darme más dinero para el taxi, porque no voy a hacerle venir hasta aquí y después decirle que se las apañe para ir a su casa...

Pero no, no cuela.

—Ya sabes que tiene la habitación de invitados preparada siempre que necesite quedarse a dormir.

—Maldita sea —se queja Iona—. Tener unos padres tan abiertos y comprensivos es una tremenda faena...

Su madre se ríe con esa respuesta, pero me mira y se queda en silencio un instante.

—¿Te quedarás tú también aquí? —me pregunta ahora a mí.

—No, gracias, Clarissa. Yo al salir de trabajar, me iré a casa.

—¿Os va bien a Ernest y a ti?

Esa pregunta suena a madre preocupada, y es algo extraño pero reconfortante a la vez.

—Sí, claro, genial.

—Deberías presentárnoslo.

—¡Mamá! ¿Desde lo de Xavi tienes mono de conocer nuevos novios? Después de Ernest, ¿empezarás a pedir a las vecinas que te presenten a los suyos también?

El comentario jocoso de Iona me hace reír con ganas.

—Me gustaría conocer al chico del que tanto se habla desde hace meses —se disculpa su madre.

—Ése es Josep, mamá. ¿A ése no quieres que te lo presentemos? Mira, ése es novio de Judit, y como ahora tienes mono de presentaciones de novios...

Su madre se queja por el comentario de su hija, pero sigue sonriendo.

—Si algún día necesitáis algo —me dice, volviendo a dirigirse a mí—, no tenéis más que pedírnoslo.

—Muchas gracias, Clarissa —le contesto de corazón.

—Sé que tus padres recapacitarán algún día y... ¿Quieres que hablemos nosotros

con ellos? A lo mejor si...

—No te preocupes —le digo—. Mis padres son muy... El caso es que Ernest y yo queremos valernos por nosotros mismos. Si nuestros padres no quieren apoyarnos, ya lo harán cuando se den cuenta de que lo nuestro es algo más fuerte que unas riñas familiares del pasado.

—Y en cuanto Marta se pone ñoña, es momento de irnos —sentencia Iona, abriendo la puerta y empujándome fuera entre las risas de su madre y las mías propias.

Nos despedimos como podemos y cogemos un taxi para llegar a tiempo al Torné.

—¿Tienes un caramelo? —pregunto a Iona ya dentro del taxi, buscando en mi bolso.

Ella saca uno de esos caramelos de naranja que siempre lleva encima y me lo da.

—Al final te aficionaré a ellos —dice triunfal.

—No te hagas ilusiones. Es sólo que esta semana tengo la garganta un poco... Me pica, nada más.

—Estás tú como para ir a una fiesta de la espuma...

—No estoy mal —replico—. Con un caramelo se me habrá pasado. Además, esto no es como faltar un día a clase. Si faltó al trabajo un solo día, ya me ha dicho el encargado que me voy a la calle.

—Pero si estás enferma...

—Como si me estoy muriendo, eso no les importa. Ni siquiera me han hecho contrato todavía. Y es eso o no comer este mes...

—¿En serio que hay gente así? —pregunta Iona sin creermelo.

—Y mucho peor.

—Pero eso será ilegal o algo, *tieta*...

—Les da igual al parecer...

—Pero alguien tiene que hacer algo —sigue insistiendo, indignada—. ¿Cómo es que los que pueden frenar esas cosas, encima van a mirar hacia otro lado?

—Porque a los que mandan, les interesa esto. Lo hablábamos Ernest y yo el otro día. Los de arriba hacen lo que los que mandan en Europa quieren. Yo en las europeas

pienso votar a ASD^[7].

—¿A quién? —me dice arrugando la nariz.

—ASD, el partido político ése nuevo.

—¿El del tío que está tan bueno?

—Enrique Guzmán, ése —le digo, sonriendo—. El caso es que Ernest y yo pensamos que necesitamos un cambio en la política de...

—¿En serio hablas de política con el profesor hot en vez de tener sexo a todas horas con él?

Me echo a reír con la nueva ocurrencia de mi amiga, que secunda mi carcajada con otra de ella, haciendo que el propio taxista mire por el retrovisor para cerciorarse de que no nos hemos vuelto locas.



Y eso es algo que dudo hasta yo misma.

Estaba prevenida por los compañeros de que sería una locura de noche, pero esto supera con creces lo que pensé que sería. He tenido que quedarme en la zona de almacén para gestionar desde allí todo, porque fuera de aquí es imposible. Hoy es como si la espuma le hubiera afectado a todo el mundo y no pudieran evitar hacer tontería tras tontería. Ha habido peleas en cada rincón y los de seguridad han tenido que llamar la atención a unas cuantas personas por estar haciendo algo más que darse besos.

—¿Qué cojones haces aquí metida?

Franchu ha entrado como con prisa al almacén, y no parece estar de buen humor. Raro en él...

—Organizar desde aquí a los relaciones públicas —contesto, libreta y móvil en mano, enseñándoselo.

—Eso se hace fuera.

—Franchu, no me encuentro hoy muy bien y fuera está siendo una verdadera locura. Prefiero...

—Tú prefieres seguir teniendo trabajo, ¿no? Pues fuera, vamos —me dice con la

puerta abierta, señalando el exterior.

Me levanto de mala gana con mis cosas y salgo del almacén, seguida por el borde de mi encargado. Y lo primero que sucede en cuanto piso el suelo de la sala es que alguien me empuja y me caigo de bruces, llenándome de espuma de arriba abajo.

—Maldita sea... —me quejo mientras alguien me levanta, cogiéndome por ambos brazos.

—¿Estás bien? —escucho que grita Franchu a mi lado, intentando hacerse oír por encima de la gente que nos rodea—. ¿Puedes caminar?

—Sí, creo que...

—Pues perfecto, venga, a seguir trabajando —me corta, dándome un toque en el brazo y pasando por delante de mí, alejándose rápidamente.

Me echo un vistazo y veo que estoy hecha un asco, pero como se me ocurra entrar a cambiarme, Franchu es capaz de agarrarme personalmente por las solapas y darme una patada para echarme del trabajo, así que intento adecentarme como puedo y salgo a la calle.



A seguir trabajando en este día de locos.

—Marta, llevamos buscándote horas, ¿dónde...? —Judith se queda callada en cuanto me ve en la puerta del local, agachada, intentando marcar precisamente su número de teléfono o el de Iona—. ¿Qué te sucede?

Extiendo mi mano hacia ella para que me ayude a levantarme, pero se agacha a mi lado.

—Necesito que me hagas un favor —le digo en bajo—. Cerca de aquí hay una farmacia abierta las veinticuatro horas, ¿podrías ir a comprarme algo? Creo que tengo fiebre y...

Vuelvo a toser de la misma forma en la que llevo haciéndolo hace ya un rato, no pudiendo continuar con lo que estaba diciendo.

Me toca la frente y, por su gesto, creo que ha comprobado que algo de fiebre sí que debo tener.

—Marta, estás ardiendo —me dice con preocupación—. Tienes que irte a casa.

—En media hora acabo y...

—No puedes estar así media hora.

—Lo sé, por eso te pido que vayas a la farmacia y...

Vuelvo a toser y Judit me intenta calmar, dándome friegas en la espalda.

—Voy a avisar a Josep, ¿de acuerdo? —dice con voz pausada, tecleando algo en su móvil.

—Pero por favor, id a la farmacia. Necesito algo —le pido de nuevo—. Os doy mi cartera y...

Intento sacar de mi bolso algo de dinero pero ella agarra mi mano, chasqueando la lengua, molesta.

—¿Por qué estás mojada? —pregunta ahora—. ¿No dijiste que ibas a estar en el almacén trabajando? ¿Hasta allí llegó la espuma?

—Vino mi encargado y me dijo que saliera de allí —toso un instante y consigo calmarme para seguir hablando—. Al salir, alguien me empujó, me caí al suelo y me llené de espuma.

—Tuviste que cambiarte, has podido coger algo.

—No pude, mi encargado... Dijo que saliera a trabajar o estaba despedida y yo... Necesito el trabajo y...

—Marta, ¿por qué no dejas que alguno te ayudemos? Seguro que te podemos encontrar algo mejor estos meses, incluso dejarte dinero hasta que vosotros...

Trato de levantarme con poco éxito para no seguir escuchando sus palabras. Duelen. Sé que lo hace con la mejor intención del mundo. Judit e Iona han intentado ayudarme desde que me echaron de casa, pero yo no lo he permitido. No me sentiría a gusto en esa situación. Me doy cuenta cuando le pido un boli a Iona en clase y ella me dice que me lo quede, o cuando trae doble almuerzo a la universidad y me dice que su madre le pidió que me diera a mí para que probara su nueva especialidad, aunque sea un simple bocadillo de jamón. Sí, me doy cuenta de cuando Judit me deja caer que hay una vacante en su set de rodaje. Me doy cuenta de todas esas cosas. Ellas intentan ayudarnos como pueden y saben, pero yo no me siento a gusto. Además, ¿acaso no puedo valérmelas por mí misma? Tengo que ser capaz de poder trabajar por mi cuenta, ganar dinero, acabar

de estudiar...

Tengo que ser capaz de ser feliz con Ernest. Sin ayuda de nadie.

—En media hora acabo de trabajar, cojo un taxi, me voy a casa y descanso hasta que mañana vuelva a entrar —le digo fijando la vista en el suelo.

Froto mi enredado pelo a causa de la humedad de la espuma y del mismo ambiente. Debo de estar horrible en este momento.

Si Ernest me viera...

—¿No va a venir Ernest tampoco cuando salgas de trabajar?

—Acababa tarde en sus clases y mañana empieza muy pronto. Le dije que no hacía falta.

—Entonces vente conmigo a mi casa; o con Iona. Nosotras podríamos...

Toso de nuevo. La garganta me está matando. Me duele tanto al toser que los ojos se me llenan de lágrimas del esfuerzo, y el pecho empieza a dolerme.

—¿Qué es lo que...?

Escucho a Josep encima de mí y veo unos caros zapatos negros a mi lado. No oigo lo que le dice Judit, pero a mi alrededor siento de repente bastante oscuridad. Cuando me doy cuenta, los amigos de Josep nos han rodeado pero no precisamente para ver el espectáculo, sino para evitar que nos hagan fotografías, algo que parece que están intentando todos los presentes, por el jaleo que escucho desde que Josep ha aparecido.

—Hay que llamar a Ernest —le dice Judit cuando Josep se agacha junto a ella, frente a mí—. Se encuentra mal. Tiene fiebre y una tos horrible. Y a mí no me hace caso...

Siento la mano de Josep sobre mi hombro antes de que vuelva a hablar.

—Ey, Marta, ¿tanto me echas de menos que hasta enfermas?

Intento reírme con él, pero la tos vuelve a aparecer.

—¿Podríais ir a una farmacia, por favor? —vuelvo a pedir, rezando para que alguien me haga caso.

De nuevo una mano en mi frente, esta vez la de Josep, y una nueva exclamación de sorpresa.

¿De repente son todos médicos a mi alrededor?

—Tenemos que llevarte al hospital —dice.

—No tengo seguro —respondo, evitando levantar la vista hacia él y ver su mirada—. De todas formas, es solamente un catarro. Se me pasará en unos días.

—Entonces deberías irte a casa —sentencia—. ¿Va a venir Ernest a buscarte?

—No, no va a venir —respondo, ya bastante molesta—. Sé ir yo sola a casa.

—Pero estás mal —replica él. Se dirige ahora a Judit, como si yo no estuviera presente—. ¿Tienes el número de Ernest?

—No, pero en su móvil...

—Ni hablar, no pienso dejar que le despertéis —les digo—. Sólo necesito algo de la farmacia, por favor...

Todo me da vueltas. Las voces las escucho demasiado lejanas y los ojos me arden. Siento la humedad en cada uno de mis huesos, pero tengo que seguir trabajando; si me voy ahora, sé que mañana lo voy a tener difícil para que me dejen volver.

—Iona seguro que tiene su número —le dice ahora Judit—. Se lo puedo pedir.

No escucho la contestación de Josep, pero éste vuelve a hablarme a mí.

—Vamos a levantarnos de aquí y entrar para esperar a que acabe tu turno, ¿te parece?

—No puedo, tengo que estar fuera vigilando a los relaciones públicas y organizando lo que...

—Ahora ya no hay mucho jaleo, puedes entrar.

—Si me ve dentro el encargado...

—Si te dice algo, yo mismo le diré que puede meterse su puto empleo de mierda por donde le quepa.

Levanto un poco la vista y veo su serio rostro mirarme fijamente. Quiero reír, pero lo más que puedo es dedicarle una sonrisa de agradecimiento que él me devuelve.

—La verdad es que tengo bastante frío —reconozco.

Agarra mi mano y tira de mí, sin darme más opción que ponerme en pie. Me coge entre sus brazos y por primera vez desde que salí del almacén, siento algo de calor en mi cuerpo. Él frota mis brazos y mi espalda y, aunque sigo tosiendo, me encuentro algo mejor.

—Estás calada, Marta, ¿qué te ha pasado? —pregunta él.

Escucho de fondo a Judit hablar con alguien por teléfono, pero Josep tira de mí y sus amigos en bloque nos escoltan al interior del local. De nuevo el ensordecedor ruido, la música demasiado alta, la gente por todas partes, golpeándonos al ritmo de la canción de moda.

Y humedad.

Mucha humedad.

—Por favor, llamad a Ernest... —es lo último que me da tiempo a decir antes de que todo se vuelva negro y la música cese en mis oídos.

Y se hace la calma por fin.



Ernest

Marta me había dicho que no necesitaba que fuera a buscarla, pero puse el despertador para estar allí cuando acabara su turno y venir con ella. Mañana ya recuperaré las horas de sueño cuando sea.

Pero cuando estaba saliendo de casa, recibí la llamada de Judit, su amiga, pidiéndome que fuera cuanto antes al Torné, porque Marta se encontraba mal.

Y en mi vida he corrido tanto como hoy.

He tardado apenas quince minutos. Al llegar me he encontrado con un caos en la entrada. Gente vomitando, una pequeña pelea de un par de chicos completamente ebrios a un lado de la puerta y los de seguridad hablando entre ellos, sin dar importancia a nada de lo que había a su alrededor. Por suerte me reconocen de las veces que me han visto con Marta y se hacen a un lado para dejarme pasar sin problema. Tengo el móvil en la mano para llamar y que me digan dónde están pero al entrar aparece Xavi, que agarra mi brazo y tira de mí, metiéndonos a toda prisa en esta locura de lugar que hoy parece ser el Torné. Doy un par de traspies en el camino, a causa de toda la espuma que hay en el suelo. Finalmente consigo llegar al almacén, donde por fin veo a mi noiava tumbada en el suelo junto con Iona y Judit, que acarician su rostro y su mano.

Me lanzo de forma literal a su lado y ambas se levantan, dejando que sea yo quien

coja a Marta entre mis brazos.

—Noiava —le digo—. ¿Qué te sucede?

—Noiva... —susurra con una sonrisa en sus labios—. Me he mareado un poco. Hacía mucho calor y...

Tose. Tose de forma horrible. Hace días que se quejaba de un pequeño dolor de garganta pero no pensé que pudiera estar así de enferma.

—Se desmayó cuando conseguimos que entrara —me explica ahora Josep con voz grave—. Estaba fuera, empapada.

Le miro frunciendo el ceño.

—¿Cómo que empapada?

—Me caí encima de la espuma —dice ella, incorporándose hasta sentarse en el suelo a mi lado.

—¿Por qué no te cambiaste de ropa? —pregunto, echando por encima de sus hombros mi cazadora.

—No me daba tiempo —explica—. Hoy había mucho jaleo y Franchu...

—A la puta mierda con ese Franchu, Marta, lo primero eres tú. Vámonos a casa.

Ella sonrío pero vuelve a toser, y mi corazón se encoge. No dejo que conteste. La agarro por la cintura y me levanto con ella, yendo hacia la puerta. Sus amigos van con nosotros en silencio, intentando sortear a la gente que todavía queda en el pub. No es sencillo salir de aquí. Entre el suelo resbaladizo y la gente que se mueve aleatoriamente sin controlar quién está a su alrededor, es un milagro haber llegado de una pieza a la calle.

—Nosotros nos vamos a casa —les digo—. Muchas gracias por todo.

—¿Necesitáis algo? —pregunta Iona en brazos de Xavi, bastante afectados ambos.

—No os preocupéis —les tranquilizo—. En cuanto pase el fin de semana al calor y tomando sopas calientes, estará como nueva.

—Por favor, si hay algo que nosotros... —insiste ahora Judit.

Vuelvo a darles las gracias, con Marta apoyada en mi brazo. Ellos se quedan allí cuando nosotros montamos en un taxi y nos vamos a casa. No es que no agradezca que nos brinden su ayuda, pero me siento incómodo, como si yo no fuera capaz por primera vez en mi vida de arreglármelas por mí mismo. Agradezco las cosas que hacen por

nosotros sin que se lo pidamos. Son pequeños detalles, como regalarle a Marta material para la universidad, o venir a casa con comida, con la disculpa de comer todos juntos; traen tanta comida que sobra y nos dicen que dejan el resto en nuestra casa, prometiendo que ya volverán otro día para acabarlo. Pero siempre vuelven a traer más comida. Entiendo que la nuestra es una situación que supera a cualquier persona, y ellos no tienen por qué estar preparados para saber qué podrían hacer por nosotros; bastante hacen. Pero también entiendo que les pondría en un compromiso si les pidiera una ayuda que en este momento es de difícil resolución.

Llegamos a casa minutos después, gastando un dinero en el taxi que iba destinado a imprevistos. Imprevistos como éstos en realidad. Subimos a casa y llevo a Marta al dormitorio, en donde le quito la ropa y le pongo un pijama de invierno para que entre rápidamente en calor.

La meto en la cama y froto su cuerpo, intentando que deje de temblar cuanto antes.

—Voy a ir a la cocina a por algo caliente para que tomes, ¿de acuerdo?

—No te vayas... —me pide antes de volver a toser.

Beso su frente, comprobando que todavía está ardiendo.

—Tenemos algo para la fiebre en el cajón de las medicinas. Te traigo algo también —le digo levantándome y yendo a la cocina.

Cuando vuelvo con un vaso de leche caliente con miel y una pastilla para la fiebre, veo que ella sigue tiritando. Se ha hecho un ovillo dentro de la cama. Tiene los ojos cerrados pero los abre para mirarme de reojo en cuanto me siento a su lado. Con mi ayuda se incorpora para tomar la pastilla y beber un poco de leche.

—Creo que van a despedirme —me dice entre sorbo y sorbo.

—Eso no importa. Ya te dije que yo iba a buscar otro trabajo para que no tuvieras que volver. De hecho, ni siquiera debiste empezar a trabajar allí.

Me martiriza pensar que tuve que ser más firme y pedirle de una manera más enérgica que no buscara trabajo y simplemente estudiara. En parte me siento culpable porque ella haya enfermado, aunque sea un simple catarro.

—Sólo necesito descansar hoy, y mañana...

Tose una vez más, y mi alma se encoje de dolor al escucharla. Trato por todos los medios durante toda la noche que se le baje la fiebre, poniendo sobre su frente y en sus

enrojecidos labios una pequeña toalla que empapo en agua fría constantemente.

Hasta que su tos se calma y su cuerpo no desprende tanto calor, no me meto con ella en la cama, hora y media antes de que los alumnos lleguen a casa para darles clase durante toda la mañana.



XVII

Marta

Me despierto y lo primero que hago es palpar mi otro lado de la cama, buscando a Ernest. No está. Escucho voces fuera del dormitorio y eso creo que es porque ya debe estar dando clase. ¿Me encuentro bien? Carraspeo un poco y siento que me duele la garganta todavía. El pecho no está mucho mejor, pero no me molesta tanto la tos como ayer. Creo que tampoco tengo fiebre, más que nada porque los ojos no me arden y hasta tengo hambre.

Mierda, tengo hambre y no puedo salir de aquí.

Me giro hacia la mesita para coger el móvil y es entonces cuando veo una bandeja con un variado desayuno. Hay una nota al lado del zumo de naranja.

«Mándame un mensaje en cuanto estés despierta»

Pues sinceramente, qué mierda de nota...

«Estoy despierta»

En cuanto le escribo, me dejo caer de nuevo en la cama. Ya lo sé, mi mensaje no es tampoco una delicia, pero me ha dejado sin ganas de escribir nada más con sus secas palabras. Que sí, que agradezco que me haya dejado el desayuno en la habitación pero qué menos que un *t'estimo, noiava...*

Segundos después de haberle mandado ese mensaje, escucho la puerta abrirse. Ernest entra de forma sigilosa en el dormitorio, cerrando la puerta a su paso. Se sienta a mi lado sonriente y me da un beso en los labios.

—Buenos días, noiava —me dice dulcemente—, ¿cómo te encuentras?

Toca mi frente y parece aliviado antes incluso de que le diga si me encuentro mejor.

—Ahora bien —reconozco—. Mejor que cuando leí esa nota tan...

Sonríe más pronunciadamente por mi tono molesto, mirando de reojo la bandeja en la mesita.

—No has empezado el desayuno.

—Se me había quitado el hambre.

—¿Por qué? —pregunta preocupado.

—Ya te lo he dicho, por la nota.

Ríe unos segundos y vuelve a besarme. Coge la bandeja y la levanta sobre mis piernas, ayudándome a incorporarme y posándola en ellas acto seguido.

—Ahora tengo que ir otra vez al salón, pero no nos queda nada para acabar.

—¿Tan tarde es? —pregunto asombrada.

—Son casi las dos.

—¿He dormido todo este tiempo?

Él se limita a sonreír.

—Luego vengo a por ti y te preparo algo de comer, ¿vale? —me dice dándome un beso en la frente y levantándose de la cama—. Si necesitas algo, avísame al móvil.

—Pero no te olvides de mí —contesto de forma absurda.

Ernest se gira ya en la puerta hacia mí y sonríe.

—Procuraré no olvidarme de que tengo a la chica más guapa de Barcelona en el dormitorio —contesta burlonamente.

—¿Sólo de Barcelona? —protesto.

—¿Del mundo? —rectifica.

—¿Lo preguntas?

Se ríe con mi última pregunta.

—T'estimo, noiava —me dice en un susurro, abriendo la puerta—. Luego te veo.

Cierra la puerta y vuelve a dejarme a solas con mi desayuno. Y comienzo a contar los segundos que paso sin tenerle cerca de mí, no puedo evitarlo.



Ernest

—No os preocupéis por el examen —les repito ya en la puerta—. No creo que tengáis problema en sacar buena nota; lo lleváis muy bien.

—*Graciès*^[8], Ernest —me dice Leticia—. El lunes entonces te pasas por la oficina de mi madre, ¿no?

—Nueve y media en la gestoría Neus —contesto, corroborándoselo—. A ver si hay suerte.

—Estoy segura de que sí. Yo ahora hablo con mi madre.

Me despido de todos y cierro la puerta. Lo primero que hago es ir a ver a Marta al dormitorio. Cuando fui hace un rato, parecía encontrarse algo mejor, pero no he dejado de pensar en cómo estaría en esta media hora que he tardado en terminar la clase.

—¿Cómo sigues? —le pregunto al entrar, acercándome a ella.

La bandeja del desayuno está en la mesita de nuevo. No ha comido todo pero al menos ha metido algo en el cuerpo.

En cuanto me siento en la cama a su lado, se me echa encima y me abraza.

—Te echaba de menos —me dice al volver a tumbarse en la cama.

—Y yo a ti, noiava —respondo sintiendo una gran alegría con sus tiernas palabras—. ¿Vamos al salón y te preparo algo de comer?

—Pero no tengo hambre todavía... —me dice aguantando la tos que comenzaba a

tener.

Toco su frente y creo que empieza a subirle la fiebre.

—No has desayunado mucho.

—Es que me duele un poco la garganta —confiesa.

—¿Un poco?

—Algo, sí...

—Tendríamos que ir al médico para que...

—Ay, no... —se queja—. No quiero salir de casa hasta la noche. Deja que...

—¿Cómo que hasta la noche? —le interrumpo.

—Sí, hoy tengo trabajo, ya sabes...

—Marta... Tenemos que hablar —ella abre los ojos exageradamente y me río por ello—. Es sobre tu trabajo —le explico, calmando sus nervios.

—¿Sobre mi trabajo?

—Marta, al menos en unos días deberías quedarte en casa. Llevas tiempo con la garganta mal y con una tos algo extraña. Y lo de ayer no ha hecho más que ponerlo peor.

—Pero ya estoy...

No puede seguir protestando porque, con el esfuerzo, la tos ha vuelto a aparecer.

—Sólo unos días —propongo—. Vamos al médico, te da algo para que te pongas mejor y...

—Si falto un solo día, no van a dejar que vuelva —me dice con miedo en los ojos.

Cojo su mano y sonrío para tranquilizarla.

—Hay una alumna que el lunes va a presentarme a su madre.

Hace un gesto de extrañeza, sin entender por qué le digo esto ahora.

—Ah, pues qué bien, ya conociendo a la madre, entonces la niña aprenderá más...

Me echo a reír con su comentario y, aunque sé que lo ha hecho de broma, me parece que lo dice con desconfianza.

—Es una buena chica, no es lo que piensas —le digo.

—¿Es la moños?

—¿Quién?

—La moños, ya sabes —dice haciendo un gesto en su cabeza, como si se estuviera agarrando un moño imaginario—. La chica ésa que te mira el culo incluso estando sentado.

—¿Cómo puedes saber esas cosas si no estás delante cuando les doy clase? —le digo riéndome.

—He pasado cuatro veces por delante cuando habéis estado en clase —contesta a modo de extraña explicación—. ¿Es ésa?

Y sé perfectamente a quién se refiere, porque yo mismo entiendo su desconfianza; a mí tampoco me gusta cómo me mira esa chica.

—No, no es Roser —le tranquilizo—. Es Leticia —al ver su cara de *¿y quién es ésa?*, le explico—: Una chica que siempre va con coleta, morena... Es bastante estudiosa.

—Ah, creo que sé quién es, sí... —responde, parece que más tranquila—. Y, ¿por qué vas a conocer a su madre?

—Tiene una gestoría en Lesseps y puede que me dé trabajo.

—Pero tú das clase...

—Podría compaginar ambas cosas. Hoy les dije que seguramente no podría darles más clase porque iba a buscar otro trabajo. Fue cuando Leticia me propuso decirle a su madre que me contratara, así también podríamos dar clase allí mismo en las horas en las que no estuviera trabajando.

—Pero trabajarías el doble, y yo... —dice con culpabilidad.

—Tú tienes que ir a clase, estudiar, acabar de preparar la exposición de París y, sobre todo, curarte.

—No es justo, Ernest, no voy a sentirme a gusto si no trabajo —se queja, realmente angustiada.

—Estás haciendo algo más importante que yo, Marta. Entiende que estamos pendientes de que acabes la carrera para poder irnos de aquí y empezar una vida juntos. Hasta que no termines, no podemos hacer nada. Eso sí, en cuanto tengas el título, vas a hartarte a trabajar, no te preocupes.

Ella se ríe pero empieza a toser de nuevo. Acaricio su mejilla intentando no preocuparme.

Es sólo un catarro...

—Puede que venda algún cuadro, y así... —dice ahora.

—Eso es para el viaje a París y nuevo material —le recuerdo.

—Pero lo que sobre... De aquí a París el tren no es muy caro. Además, salen ofertas...

—Muy bien —le digo cediendo—. Lo que sobre, lo aportas a la economía conjunta.

Ella sonrío, convencida por fin.

—Ahora tengo un poquito más de hambre... —me dice sonriente.

Sonrío con ella y la cojo en volandas para llevarla al salón, haciendo que se ría aunque no demasiado por la tos.

No quiero que deje de sonreír nunca, porque eso me mataría.

XVIII



Ernest

o entiendo —le digo a Neus, la madre de Leticia—. No habría problema.

—Si más adelante pudiéramos contratarte por cuenta ajena, haríamos un contrato en firme —vuelve a repetirme—. Pero ahora las cosas están como están y no podemos con más seguros sociales.

—Entiendo la situación, señora Monsent...

—Neus, por favor —me pide—. De todas formas, espero poder darte muy pronto una buena noticia.

—Yo también lo espero. Estoy seguro de que, hasta entonces, va a quedar satisfecha con mi trabajo.

—No lo dudo —me dice, levantándose de su mesa—. Leticia me ha hablado mucho, y muy bien, de ti.

—Es una buena niña, muy estudiosa —contesto caminando con ella hacia la puerta.

—Hasta que comenzó a ir a tus clases, suspendía contabilidad —reconoce ella—. Y ahora incluso dice que podría llevarnos las cuentas aquí en la gestoría.

Ambos reímos como fórmula de cortesía. Yo en este momento estoy pensando más en las cuentas que no me salen, que en el futuro trabajo de una de mis alumnas, que seguramente acabe trabajando en la gestoría de la madre, sepa o no de contabilidad.

Nos despedimos y salgo de allí, caminando hasta casa. Son las doce de la mañana y no hace demasiado frío, así que decido poner en orden mis ideas antes de llegar. Tengo que seguir trabajando sin contrato por cuenta ajena y lo que me van a pagar no es mucho que digamos. Si me diera de alta como autónomo, de ahí ya empezamos a restar dinero, así que como no llego al mínimo, creo que lo dejaré para más adelante. Entre la gestoría y las clases particulares no llego para pagar el alquiler y los gastos mensuales. Vamos a tener que irnos de ese piso y buscar algo más económico. Son solamente unos meses, me repito. En junio Marta habrá acabado y tendremos libertad para irnos donde queramos, con un buen trabajo ambos. Lo más rápido es irse a París. Yo podría reincorporarme a mi anterior trabajo y ella seguir haciéndose hueco en el mundo artístico de la ciudad. Sólo nos queda hasta junio, vuelvo a repetirme. Podemos aguantar de esta forma unos pocos meses más, ¿no? No tenemos tantas pertenencias como para necesitar hacer una gran mudanza y podríamos tenerlo todo hecho en poco tiempo.



Los cambios siempre son buenos, más aún si es por estar con mi noiava.

Marta

—Tampoco me encontraba tan mal.

—Marta, tienes mala cara —vuelve a decirme Iona—. Debes de estar pasando un gripazo, y tú aquí en clase. A veces pareces tonta. Quédate en casa estos días y te paso los apuntes.

—Prefiero venir y así me despejo. Si no, pensaría demasiado y...

—Martis —me dice en tono confidente—, ¿estás bien?

—Con un poco de gripe —bromeo.

—Ya sabes a lo que me refiero...

Salimos de la facultad y comenzamos a caminar hacia la salida del recinto de la EBU, con un sol que deslumbra. Suena un mensaje en mi móvil y veo en la pantalla que es Ernest. Lo vuelvo a guardar sin leerlo. Ya he salido y voy a ir a casa directamente, así que ya me contará qué tal su entrevista de trabajo cuando llegue.

—Está todo bien, no te preocupes —respondo mecánicamente.

—Si necesitaras cualquier cosa, sabes que no tienes más que pedírmelo, ¿verdad?

Asiento con una triste sonrisa. Sé que podría pedir ayuda. Algo de dinero, un enchufe para que Ernest o yo trabajáramos de algo decente... Pero no soy capaz. No puedo. Me imagino pidiendo algo así y me entran ganas de llorar.



Y no dejo de pensar que si fuera cualquiera de mis amigos los que estuvieran en mi situación, ellos no tendrían que pedirme ayuda: sería yo la que se la diera antes de que ellos tuvieran que rebajarse a hacerlo.

Nada más que abro la puerta de casa, me encuentro con la cara de preocupación de Ernest, que ha salido a recibirme.

—¿Dónde estabas? —me dice abrazándome unos segundos.

—En clase —respondo—. Y por cierto, gracias por no levantarme cuando te fuiste. Perdí la primera clase...

Voy hacia el sofá, deseando tumbarme y descansar un poco.

—Estás enferma, Marta, debiste quedarte en casa y curarte.

—Sólo es una gripe... —le intento explicar, cerrando los ojos.

—Pero aun así...

—Si quiero acabar la carrera en junio, no puedo andar faltando ahora, Ernest.

Se sienta a mi lado y posa su mano en mi frente.

—Sigues teniendo algo de fiebre —me dice enfadado todavía.

—Y no ayudas a que se me quite si te enfadas conmigo —contesto sin abrir los ojos, reclinada en el respaldo, con voz cansada.

Se hace el silencio un instante y segundos después Ernest me coge y me arrastra hacia él, haciendo que me tumbe en su pecho mientras acaricia mi pelo.

—No van a hacerme contrato —comienza a decirme—, pero me podrían pagar un modesto sueldo hasta que...

—Eso es genial, noiva —le digo abrazándome a él—. Sabía que...

—No lo suficiente como para seguir en este piso —me corta.

Abro los ojos y levanto la vista hacia él. Parece como si eso le resultara aterrador, no sé por qué.

—No pasa nada —le digo para tranquilizarle—. Buscaremos otro sitio.

—Otro que sea mucho más barato que esto —especifica.

—Claro, uno más barato —pero parece que sigue preocupado—. Ernest, ¿qué te pasa?

—Marta, desde que he llegado a casa, he estado echando cuentas y buscando pisos...

—¿Quieres que los vayamos a ver juntos?

Se incorpora en el sofá y yo lo hago a su vez.

—Quiero que sepas que jamás te echaría en cara que quisieras volver a tu casa. Es más, lo entendería. Nosotros podríamos vernos en unos meses otra vez, cuando...

—¿Qué dices? —pregunto empezando a molestarme.

Él suspira y levanta la vista al techo unos segundos antes de volver a mirarme y responder.

—Marta, tú estás acostumbrada a cosas muy diferentes de las que estás teniendo que vivir conmigo, y puede que incluso sea ése el motivo por el que has caído enferma. No quiero que por retenerte a mi lado, tú...

—Tú no me retienes —le corto—. Estoy contigo porque quiero. Jamás me he planteado cambiar eso, suceda lo que suceda. Una mudanza no es algo tan grave, Ernest, no seas melodramático, d'acord? Seguiría contigo aunque tuviera que vivir debajo de un puente.

Parece dudar de mis palabras, como si creyera que no estoy siendo sincera.

—He concertado unas cuantas visitas para hoy por la tarde —comienza a decirme

—. Si quieres, puedes venir conmigo y luego decidir lo que quieres hacer. Te prometo que yo no voy a culparte si...

—Vayamos a ver esos puentes que tan preocupado te tienen.

Sonríe por fin con mi broma, aunque no demasiado. Sí lo justo como para darme un breve beso en los labios, seguido de una caricia en la mejilla.

—T'estimo tant^[9], noiava...

—¿Por qué sueñas tan triste? —pregunto, todavía sin entender lo que le está pasando—. En unos meses todo esto habrá acabado. Vamos a conseguirlo, estoy segura.

Él sigue sonriendo con tristeza. Sus ojos me miran como si tuviera un tiempo muy limitado para hacerlo; como si al cabo de unos segundos, fuera a desaparecer para siempre de su lado e intentara memorizar cada milímetro de mi rostro. Acaricia mis manos con sus dedos, cobijadas entre las suyas. ¿Por qué piensa que yo pueda dejarle y volver con mis padres?



¿No se da cuenta de lo mucho que le quiero?

Después de comer y de una merecida siesta para reponer fuerzas, hemos salido a ver los pisos para los que Ernest tenía concertada cita. Y ahora entiendo por qué creía que podría querer volver a mi casa. Jamás pensé que hubiera sitios así. Hemos visto cinco pisos, a cada cual peor. Oscuros, insalubres, sucios, viejos. Los pocos muebles que tenían estaban casi todos rotos. Y ese olor... Nunca había oído algo semejante. Era como una mezcla de moho y basura, como si hiciera años que nadie limpiaba allí. En todos esos pisos se repetían estas sensaciones dentro de mí, y en cada uno Ernest me observaba con atención, temiendo que en cualquier momento me echara a correr.

Él habla nervioso con cada uno de los propietarios de estos... lugares, por llamarlos de alguna forma. Comenta eventualidades como la fianza o los meses por adelantado que nos piden, mientras yo paseo por el pequeño habitáculo, tratando de ver los puntos positivos a cada uno de ellos.

No los hay.

—Marta —me dice en bajo, viniendo hacia mí, dejando en la entrada al barrigón

propietario que nos mira con recelo—, ¿qué te ha parecido éste?

—Es... Tiene... —pienso rápido y digo la primera estupidez que se me ocurre—. Me encanta ese puff que tiene junto a la ventana, ¿verdad que parece cómodo?

Él se gira y observa aquel amplio cojín en el suelo, aunque no parece entusiasmarle.

Bueno, igual que a mí.

—En éste podría conseguir que nos dejaran la mensualidad en un precio que podríamos pagar —comienza a explicarme—. Además no tendríamos que pagarle fianza. Dice que se fía de nosotros aunque no le entreguemos nómina; no nos ve como otros que han pasado por aquí.

Ya imagino...

—Quedémonos con éste —le digo, sabiendo que es lo que intenta decirme con su explicación.

—Pero creo que a ti no te convence...

—Ernest, pinto cuadros —le recuerdo—. Todo artista que se precie tiene que vivir alguna vez como en el París de los años veinte —veo que una leve sonrisa se escapa de sus labios y prosigo—. Además, son sólo unos meses. En junio nos habremos ido.

—Podríamos limpiar todo esto a fondo y decorarlo a nuestro gusto —propone.

—He visto unos tutoriales en internet y seguro que con unas cuantas ideas, todo queda precioso.

—Y bueno, la zona... Yo te seguiría acompañando y yendo a buscar a clase, no tienes que preocuparte.

—No he visto que la zona sea tan mala. Además, tenemos casi enfrente la estación de Vallcarca, está relativamente cerca del piso de Gràcia para hacer la mudanza y podría ir fácilmente a la EBU. Quedémonos con él.

—¿Estás segura? —pregunta, no creyéndose que haya sido tan sencillo convencerme.

¿Qué otro remedio me quedaba, más que dejarme convencer?

—Venga, quedémonos con él.

—¿Sí? —insiste una vez más.

—¿Podemos preguntarle si nos dejaría empezar con la mudanza esta misma semana?

—Si le pagamos, no creo que tenga problema.

—¿Podemos pagarle? —pregunto, bajando la voz.

—Sí, claro. Podemos —me dice con una sonrisa.

Cojo su mano y ambos nos apretamos con fuerza. Creo que intentamos infundirnos ánimo el uno al otro con este gesto.

Y por lo menos conmigo funciona.



XIX

Ernest

a no queda nada más —le anuncio en cuanto poso las últimas bolsas en la entrada. **Y**

Se acerca a mí con su moño medio deshecho y sus vaqueros desgastados, y me da un beso.

—Lo bueno de que sea tan pequeño, es que se limpia muy rápido y necesitamos poco para decorarlo.

Se lleva una de las bolsas a la zona de la cocina. Sólo nos quedaban algunos utensilios que no eran del propietario del piso de Gràcia, así que comenzamos a colocar lo poco que nos queda. Llevamos toda la semana adecentando el nuevo piso y haciendo la mudanza, intentando adaptarnos a este estudio de treinta metros, en donde el dormitorio, el salón y la cocina es una sola habitación.

—Te quedaron preciosas las cortinas —le digo al ver el trabajo que hizo en mi ausencia.

—¿Verdad que parece un lugar diferente? —contesta con orgullo.

Estamos en un bajo sin persianas, y era prioritario hacer algo para evitar mirones, así que Marta cogió una sábana vieja y la convirtió en unas cortinas con mucho color. Da un toque distinto a la casa, incluso alegre, a pesar de lo pobre del lugar.

Marta tose de nuevo, apoyándose en la puerta del frigorífico.

—No se te cura esa tos —le regaño.

Cojo una botella de agua, le sirvo un vaso y se lo doy, aunque ya se le pasó la tos.

—Pero no tengo tanta fiebre como estos días —me dice en cuanto acaba de beber—. Me vino muy bien quedarme en casa, aunque me da rabia que hayas tenido que hacer tú prácticamente toda la mudanza.

—Eran cuatro cosas —contesto, restándole importancia—. Vete a sentarte mientras acabo de recoger todo, ¿vale?

—Voy haciendo algo de cena —dice sin hacerme caso.

—¿Te parece que para celebrar que hemos acabado la mudanza, pidamos algo de comida?

Me mira con el ceño fruncido.

—Ernest, no podemos —me recuerda—. Cualquier cosa que pidamos, se nos sale del presupuesto y...

—A veces uno necesita darse un capricho.

Veo en sus enrojecidos ojos una chispa de emoción y en cuanto veo su sonrisa, sé que he ganado.

—Pero una pizza para los dos —me advierte cuando ve que cojo el móvil para llamar cuanto antes.

Ella va hacia el sofá cama y se deja caer encima, tapándose los ojos con el antebrazo, volviendo a toser en bajo. Me acerco a ella mientras saco el móvil para pedir nuestra pizza favorita de varias carnes.

—Marta... —le susurro, acariciando su pelo.

—Mmmm... —dice sin moverse.

—Tenemos que ir al médico —vuelvo a repetirle como he hecho durante estos días—. No me gusta que sigas tosiendo.

—Ya se me pasará —dice con voz neutra, todavía con el brazo por encima de su cara.

—¿Qué más te da que vayamos? Nos acercamos en un momento, te recetan algo y nos volvemos a casa.

—Íbamos a pedir una pizza —me recuerda.

—Después.

—Ya es tarde, Ernest, déjame descansar...

—Marta, pero tienes que...

Ella se revuelve, molesta.

—Si la semana que viene no se me ha pasado, voy al médico, ¿de acuerdo?

Voy a protestar cuando siento vibrar el móvil en mi mano. No tengo guardado el número, pero es un prefijo local.

—¿Sí? —contesto, agarrando a Marta por los hombros.

—Señor Calzó, le llamamos del Hospital Sagrada Familia, ¿es usted el hijo de Carles Calzó?

—Sí, soy su hijo —respondo de manera mecánica.

Marta se incorpora y se queda sentada a mi lado, mirándome.

—Acaba de ingresar su padre y necesitábamos la firma de un familiar para intervenirle, ¿podría pasarse por aquí?

—¿Cómo que intervenirle? —pregunto, levantándome—. ¿Qué le pasa? ¿Está bien?

—Está estable pero tenemos que intervenirle a la mayor brevedad posible, señor Calzó, por lo que si pudiera venir hoy mismo, operaríamos a su padre nada más que tuviéramos el consentimiento firmado.

—Pero él... ¿Él corre peligro? Me dijo que tenía un tumor y...

Creo que el corazón comienza a bombearme demasiado fuerte y a mi cabeza llega más sangre de la que debería, por lo que empiezo a ver borroso. Marta tira de mí con suavidad y vuelvo a sentarme casi sin darme cuenta.

—Ha tenido que personarse en Industrias Calzó el equipo médico después de una llamada a emergencias. Su padre sufrió un desmayo en su despacho, pero como le decía, en este momento está estable. Le explicaremos los detalles en cuanto llegue.

No sé si he colgado directamente, he dado las gracias o qué he hecho. Segundos después sólo sé que tengo el móvil en la mano, mirándolo atónito, mientras Marta me pregunta qué sucede.

—Tengo que ir al hospital —explico, todavía sentado—. Mi padre... Tienen que operarle, pero no me han dicho nada más —me froto el pelo con nerviosismo—. Ha tenido un desmayo en el trabajo y... Joder.

Me levanto por fin y abro nuestro único armario para coger la cazadora.

—Voy contigo, espera —me dice Marta detrás de mí.

—No, quédate. Yo vendré en cuanto pueda.

—Voy a ir —repite, poniéndose los zapatos a la vez que coge su cazadora del mismo armario.

—Es mi padre, no tienes que...

—Tú estás mal, así que te acompaño.

—Todavía no estás bien y...

Ella chasquea la lengua y coge sus llaves y el móvil.

—Vamos —dice simplemente, abriendo la puerta.



Marta

—No creo que despierte —me dice, todavía reticente—, pero...

—Prefiero estar aquí dentro sentada que más tiempo de pie.

Ve mi cara de agotamiento y cede al fin.

—Muy bien. Yo vuelvo en un par de minutos.

Besa mi frente y sale de la habitación para acabar con el papeleo de la operación de su padre. Yo me siento en una incómoda silla al lado de la ventana, justo frente a la cama en donde el padre de Ernest está postrado, con los ojos cerrados, según los médicos, inconsciente.

Observo a ese hombre que parece inofensivo, algo muy diferente de aquel día que le vi en ese restaurante. Entonces me miraba con verdadero odio, como si yo fuera la

reencarnación del mismísimo diablo. Pero hoy no parece el mismo. Respira con dificultad, conectado a la máquina que pita de forma constante a su lado. Y yo me pregunto si podría algún día hablar con él, explicarle que quiero a su hijo, que intente conocerme para darse cuenta de que no soy como mis padres y que no tengo que ver con lo que quiera que haya pasado entre ellos cuando yo ni siquiera había nacido.

¿Por qué nuestros padres nos lo están poniendo tan complicado? ¿Por qué hacernos pasar por esto, sólo porque nos queremos?

Vuelve a darme la tos. Intento respirar de forma profunda para que se me pase cuanto antes, mirando el techo de la habitación durante unos segundos. Cuando la tos cesa, vuelvo a dirigir mi mirada hacia la cama y veo dos pequeños ojos que me miran, haciéndome estremecer. Y todo lo que acababa de pensar que querría decirle se desvanece.

Me agarro a la silla como si fuera a llevarme un tornado, pero eso no evita que aquel hombre siga mirándome.

—Tú... qué... haces... aquí... —le escucho decir entrecortadamente.

—Lo siento, yo estaba esperando... Ernest está...

—Ven —me dice, cortando mi pobre explicación.

Me levanto y voy hacia la cama como si flotara; como si todo esto lo estuviera soñando.

Cuando llego a su lado, él me mira girando su cabeza hacia mí, apoyado todavía en la pila de almohadas que le han colocado debajo.

—Si quiere, puedo irme y...

Rezo para que me diga que sí, pero ni siquiera se molesta en contestar.

—Así que... eres la hija de ese... —tose levemente antes de proseguir—... asesino hijo de puta...

—¿Ase...? —murmuro sin entender.

—Tu padre... Es un puto... asesino. ¿Mi hijo... no te dijo...?

—Mi padre no es un asesino, se está confundiendo —respondo, intentando no ofenderme con aquello.

Claramente está afectado por su enfermedad. Han debido de drogarle y...

Me da la tos de nuevo, y esta vez no soy capaz de controlarme, durando mi acceso

demasiado tiempo en realidad, teniendo incluso que apoyarme en la pared. Cuando consigo calmarme, veo que sonrío con maldad.

—Esa tos... Estás enferma.

—Gripe.

—Tus ojos... Estás enferma...

—Es cansancio, nada más —le digo, como si tuviera que justificarme delante de él.

—Espero... que acabes como yo... Lo mereces...

Mis ojos casi se salen de las órbitas cuando escucho esas horribles palabras.

—¿Cómo puede decir...?

—Mi hijo... —sigue diciéndome—. Mi hijo está... con la hija... de un... asesino...

—Le repito que mi padre no es...

—¡Lo es! —grita de repente.

Tose de forma escandalosa por el esfuerzo, y aquella máquina comienza a pitar, alertando al personal médico, que se presenta en la habitación casi al segundo, seguidos de Ernest.

Cuando consiguen estabilizarle de nuevo, nos avisan que nos dan unos minutos y se lo llevarán a quirófano para la intervención. Nos quedamos los tres en la misma habitación. Ernest nos mira de forma intermitente, no sabiendo ni qué hacer.

—Ella... —comienza a hablar su padre—. Ella es... una asesina...

—No, papá, ella no es ninguna asesina. Es mi novia, la persona que pondría por encima de todo y por la que daría mi vida, ¿recuerdas?

Viene hacia mí y me coge por los hombros, besando mi sien sin dejar de mirarle.

—Yo... Salgo y... —le digo en bajo a Ernest.

—Es... Es una... asesina —repite, de nuevo alterado—. Mi hijo... Mi hijo está...

Ernest se gira hacia mí.

—Espérame fuera, por favor —me dice—. Yo saldré en un momento.

Me da un breve beso en los labios y me voy de la habitación con prisa, aliviada por

salir de allí, alejándome de aquella mirada que me hiela la sangre.

Me siento en los bancos que hay en el pasillo, cerca de la habitación, esperando a que Ernest salga cuanto antes. Pero no ha pasado ni un minuto cuando la tos me ataca de nuevo. Cuando se me pasa, veo a una chica con bata blanca frente a mí, observándome con atención.

—¿Te encuentras bien? —pregunta, carpeta en mano.

—Sí, estoy algo acatarrada todavía —explico.

—Esa tos no es de catarro —me sigue diciendo.

—Bueno, tuve una gripe y...

—¿Qué estás tomándote para la tos? —insiste.

—En realidad nada —contesto, cogiendo aire para que no vuelva a darme la tos mientras hablo—. No he ido al médico todavía.

Ella me mira, entrecerrando los ojos y girando la cabeza unos milímetros hacia un lado.

—Puedo recetarte algo. Si me acompañas, te examino en un momento —me dice.

—Es que estoy esperando a que... —le contesto, señalando con la cabeza la habitación en donde todavía está Ernest.

—Estarás de vuelta en unos minutos.

Me lo pienso un instante y decido seguir a aquella morena de pelo corto y mirada amable. Me levanto y la sigo durante unos metros, entrando en lo que parece una pequeña consulta. Me señala una camilla y me acerco a ella, sentándome allí.

—Ya casi no tengo fiebre —le digo cuando me hace descubrir el pecho, colocándose el estetoscopio para auscultarme.

—Tienes fiebre —sentencia, como si no necesitara un termómetro para saberlo—. Ahora coge aire y no lo echas hasta que yo te lo diga —hago lo que me dice y hasta después de unos segundos, no vuelve a hablar—. Ya puedes echarlo lentamente.

Cuando lo hago, me da la tos de nuevo.

—Lo siento... —me disculpo.

—¿Hace cuánto que tienes esta tos? —pregunta, colgándose el estetoscopio de nuevo en el cuello, haciéndome un gesto con la mano para que vuelva a ponerme la

camiseta correctamente.

—No sé, algo más de una semana... o dos...

—Tienes principios de bronquitis —me dice yendo hacia la mesa—. ¿Tienes aquí la tarjeta de la seguridad social? —me bajo de la camilla y saco la cartera, cogiendo la tarjeta y dándosela—. Vale, vamos a ver tu historial... —ella teclea algo en el ordenador y vuelve a fruncir el ceño—. Qué raro... ¿Estás trabajando?

—Ehm... Ahora no... —respondo sin entender la pregunta.

—¿Hace cuánto del último trabajo?

—Pues una semana más o menos, ¿por qué?

—¿Tenías contrato? —pregunta ahora, mirándome.

—Ellos no me...

—¿Cuántos años tienes?

—Veintidós...

¿Qué es lo que pasa?

—¿Tus padres trabajan?

—Sí, pero, ¿qué es lo que pasa? —pregunto, ya bastante mosqueada por el interrogatorio sin sentido.

—No estás en nuestra base de datos —me cuenta al fin—. Apareces como dada de baja.

—Eso no puede ser —le digo, sintiendo mi corazón latir con fuerza—. Mis padres... Bueno, ellos están algo enfadados conmigo pero siguen incluso pagándome la universidad. Ellos no harían algo así. Debe haber un error...

—Es lo que aparece aquí. Iba a recetarte algo para que esa tos no fuera a más pero no puedo emitir recetas a alguien que no está en el sistema, menos aún si los medicamentos son caros. Y los tuyos lo serían.

—Pero yo... Mis padres...

—Habla con tus padres y diles que vengan contigo para solucionar esto —me dice, devolviéndome mi ahora inútil tarjeta.

—Ellos... —me llevo la mano a la frente, frotándomela, aguantando las lágrimas

que amenazan con salir—. No puedo, ellos no me hablan.

—¿No vives con ellos? —pregunta ahora, y por su gesto, creo que empieza a entender lo que sucede.

Yo niego con la cabeza.

—Vivo con mi novio —explico—. Es el que estaba en esa habitación con su padre. Estaba esperando a que saliera.

Ella sonrío con pena, no sé por qué.

—¿Tu novio trabaja?

—Sí, él sí trabaja.

—Y... ¿cotiza? —lee de nuevo mi rostro y me clava sus ojos tristes en los míos—. Vamos a hacer una cosa —se levanta y va hacia una vitrina, situada al lado de la mesa—. Te voy a dar algo de lo que tengo aquí, pero tienes que prometer que vas a hablar con tus padres y decirles que te incluyan de nuevo en su tarjeta, ¿de acuerdo?

Se gira hacia mí y me pasa una caja con un extraño nombre escrito en ella.

—Es que ellos no me hablan —explico, y mis ojos se llenan de lágrimas inevitablemente—. Me dijeron que si no dejaba a mi novio, ellos no...

—¿Qué le pasa a tu novio para que ellos...? —pregunta, recelosa.

—No, él es muy bueno —me apresuro a explicar—. Es solamente... Es que... Nuestras familias...

Creo que ella se da cuenta de lo incómodo que es para mí que no deje de hacerme esas preguntas tan personales.

—Lo siento, no tienes que contestar. Ha sido muy poco profesional por mi parte —se disculpa—. Es que me parece inaudito que unos padres... —se silencia a sí misma, y prefiere seguir en su terreno, cambiando de tema—. Tómate esas pastillas cada seis horas hasta terminar la caja. Pero intenta hablar con tus padres como sea, ¿de acuerdo? Es lo más rápido. Y por favor, cuídate, intenta no estar en ambientes con mucho frío o mucho calor, haz algo de ejercicio, evita los sitios con humo o sucios, y descansa y bebe mucho.

—Vale, gracias —le digo mirando todavía aquella caja con un nombre demasiado largo como para decirlo de una sola vez.

—Con todo lo que te he dicho y con esa medicación, el proceso de bronquitis

debería ir desapareciendo y no ir a más. Pero por favor, habla con tus padres, ¿vale?

La miro. No quiero tener que mentir, menos a alguien que se está portando tan bien conmigo.

—Tengo que irme; mi novio debe estar buscándome —es lo único que contesto.

Ella asiente, entendiendo de nuevo. Salimos de allí y ya en el pasillo veo a Ernest hablando de forma nerviosa con varias personas que pasan por allí. En cuanto me voy acercando, él parece intuir mi presencia y se gira hacia mí. Se acerca, llegando a mi lado, abrazándome.

—No te encontraba —me dice. Se separa de mí y sujeta mis brazos—. ¿Estás bien?

—Sí, yo...

—Tiene principios de bronquitis —escucho a aquella médico a mi lado.

Casi me había olvidado de que venía conmigo.

—¿Cómo? —pregunta él, mirándola.

—Tendría que hacerla más pruebas pero todo apunta a...

—Entonces hágaselas —le dice.

Ella me mira y yo le ruego con la mirada que no diga nada. No quiero preocuparle con algo más. Bastante tenemos con todo lo que nos está sucediendo.

—Me ha dado una medicina —le digo enseñándole la caja—. Y con esto se me va a pasar esta tos.

—¿En serio? —me pregunta frunciendo el ceño.

—Sí, no es nada en realidad —respondo, quitándole importancia—. ¿Y tu padre?

—Bueno, yo me tengo que ir —nos dice aquella médico—. Recuerda *todo* lo que te dije, ¿de acuerdo?

Sé a lo que se está refiriendo, pero prefiero asentir y darle las gracias sin más palabras.

—¿De verdad estás bien? —me vuelve a preguntar Ernest en cuando la doctora se aleja por el amplio pasillo.

—Sí, tonto —respondo—. ¿Ya se han llevado a tu padre?

—Al final le operarán mañana a primera hora —me explica, aunque no muy convencido por el cambio de tema—. En cuanto salga de trabajar por la mañana, me paso. Él no quiere verme, pero yo...

—Nada más que salga de la uni, puedo...

—No —me corta—. Prefiero que vayas a casa y descanses, Marta. No estás como para estar aquí tanto tiempo.

—Pero yo quiero estar a tu lado —me quejo.

Él sonrío. Agarra mis hombros y comenzamos a caminar en dirección a los ascensores.

—Ya lo estás, aunque no sea siempre de forma física —me asegura con dulzura.

Me giro para mirarle y veo que él ya me está mirando a mí. Me da un beso en los labios y sigue sonriendo mientras esperamos al ascensor.

—T'estimo, noiva. Lo sabes, ¿verdad? —le digo emocionada, sin saber muy bien por qué.

Su sonrisa se vuelve casi infinita con mis palabras.

—Lo sé —afirma—. Y tú, ¿sabes que te quiero con locura?

El ascensor se abre y comienza a salir la gente, quedando únicamente un par de personas dentro.

—Lo veo en tu halo —le contesto en cuanto entramos, recordándole nuestra canción.

Se ríe un instante y coge mi rostro, haciendo que lo apoye en su hombro. Suspira conmigo, y creo que ambos sentimos el agotamiento físico y mental del otro, pero también la gran fortaleza que nos mantiene unidos, lejos de todo lo que pueda suceder a nuestro alrededor.

Aunque... ¿Por cuánto tiempo?



XX

Marta

Por qué últimamente hace tanto frío en Barcelona? Ya estamos en primavera pero, aun siendo marzo, las temperaturas no suben. Y eso no es bueno para mi tos. Lo paso peor de noche. Despierto a Ernest cada poco y no sé qué hacer para dejarle dormir. No tengo otra habitación donde meterme y a esas horas de la noche, en esta zona, no tengo ganas de salir a la calle.

—¿Ya no te quedan más pastillas de ésas que te dio la médico? —me pregunta, trayéndome una taza de café caliente a la cama, sentándose somnoliento a mi lado.

—Creo que voy a ir a hablar con mis padres —le digo cogiendo la taza entre mis manos—. No es normal que sigan pagándome la universidad pero me hayan quitado de su seguro médico. Tiene que haber un error.

Finalmente tuve que contarle lo de mi cartilla del médico. Insistía en que pidiera cita para que me hicieran pruebas, así que no tuve más remedio que confesar por qué no podía pedir cita ni nada parecido.

—Puedo irte a comprar las medicinas —se apresura a decirme.

—Son cincuenta euros la caja, Ernest —le recuerdo—. Con eso comemos una semana, no podemos gastar tanto dinero.

—Puedo hacer más horas en la gestoría. Tú necesitas esas medicinas.

Parece perdido, sin saber qué hacer. Se retuerce las manos y frota su pelo de manera intermitente, no mirándome a los ojos, sino a un punto indefinido de la cama.

—Hoy voy a quedarme en casa —le digo—. Y mañana seguro que ya estoy mejor.

—Pero en casa hace frío —responde con tono de angustia—. No sé qué le pasa a esta puta casa, que nos entra frío por todas partes. Y el casero no me hace caso, joder.

Golpea el colchón con su puño, lleno de rabia. Cojo su mano para intentar tranquilizarle y él la aprieta entre las suyas, todavía sin mirarme.

—Pero esta manta es muy caliente —comento, posando mi otra mano en la demasiado veraniega manta que tenemos para taparnos por las noches—. Y en breve va a cambiar el tiempo. ¿Vas a ir a ver hoy a tu padre?

No le gusta el cambio de tema ni le convence la excusa de la manta y el cambio de tiempo, pero me contesta después de un prolongado suspiro.

—Hoy le dan el alta, así que iré a acompañarle a casa. Así a lo mejor puedo coger de allí algo de miel o...

—No creo que quiera darte nada —le recuerdo.

Levanta la vista y me clava sus ojos en los míos.

—No he dicho que vaya a pedirselo —me dice con determinación.

—Pero eso no está bien, Ernest, no puedes robar a tu propio padre...

—Marta, creo que no comprendes que por ti haría cualquier cosa.

Suena desesperado, y eso me da incluso miedo.

—Me vale con que estés a mi lado —le digo acercando mi mano a su mejilla, acariciándole.

Cierra los ojos un segundo, posando su mano sobre la mía.

—Nunca me iría de tu lado, noiava, no podría dejar mi vida.

Sonrío con sus tiernas palabras y me siento un poco más feliz.

—Oye, lo que dijo tu padre del mío el otro día...

—Estaba medicado —me dice, quitándole importancia—. Ya te dije que no hicieras caso a eso.

—Pero él...

—Él puede decir lo que quiera para intentar separarnos, pero no va a conseguirlo. Voy a quedarme contigo, d'acord?

Toso de nuevo, pero consigo calmarme antes de que Ernest empiece a hiperventilar de desesperación. Me duele más por él que por mí estar enferma.

—Ahora vas a tener que irte a trabajar —le recuerdo.

Hace un gesto de desgana y se acerca a mí, besándome.

—Te traeré algo para esa tos, te lo prometo —me dice antes de levantarse.

—Estoy bien, de verdad...

—¿Vas a quedarte entonces en casa? —pregunta mientras saca su ropa del armario.

—Sí, hoy estoy muy cansada. Le daré a Iona nuestra nueva dirección y le pediré que me traiga los apuntes.

—Fran va a estar muy decepcionado por no verte en su clase.

Me mira de reojo y sonrío con malicia, comenzando a vestirse.

—Yo creo que ya se ha dado cuenta de que no vamos a tener nada. Además, ahora es muy amigo de Montse. Iona me dijo que ella iba diciendo que hasta quedaban después de clase...

—Me iba a reír mucho si les pillan y le despiden...

—Sé que no te reirías.

Sonríe y vuelve a mirarme.

—Me conoces demasiado bien, noiava —reconoce—. Pero no le vendría mal algo así.

Me da la risa y toso un poco. Me duele la garganta, la cabeza, el pecho; desde hace un par de días, demasiado. No quiero alarmar a Ernest, así que sigo sonriendo cuando él me mira frunciendo el ceño con preocupación.

—Tráeme un bonito regalo cuando vuelvas —le digo al ver que se está poniendo la americana.

Me mira sorprendido.

—¿En serio? —pregunta ajustándose las mangas.

—Es que no me tratas nada bien; me tienes abandonada.

Se ríe y se acerca a mí, dándome un beso de despedida.

—T'estimo, molt i sempre, noiava — susurra sobre mis labios.



—Molt i sempre, noiava —repito.

Marco el número de teléfono de mi padre con manos temblorosas. Hace semanas desde que me echaron de casa, y desde entonces no he hablado con ellos. No quería tener que recurrir a llamarles y pedirles algo, pero me encuentro realmente mal y necesito ir al médico. Así soy incapaz de estudiar, ni siquiera consigo mantenerme en pie durante unos minutos.

Al tercer tono, me contesta.

—¿Sí?

—Papá, soy yo.

—¿Marta? —pregunta como si no lo hubiera visto en la pantalla de su móvil—. ¿Qué quieres?

—Papá, quería preguntarte si ha habido algún error en mi tarjeta de la seguridad social. He ido al médico el otro día y me dijeron que estaba dada de baja.

—Eso lo tienes que solucionar tú —dice con calma pero firme.

—Pero yo estaba con vosotros y ahora me dicen...

—Ahora tú vives por tu cuenta —me corta—. Obviamente te dimos de baja. ¿No tienes trabajo para que te den de alta ellos?

—¿Me disteis de baja? —pregunto incrédula—. ¿Por qué hicisteis eso?

—Ya te lo he dicho —contesta con poca paciencia—. Ya no vives en esta casa, así que apáñatelas como quieras.

—Pero papá, estoy enferma y necesito...

—¿Dejaste a ese Calçó? —vuelve a cortarme.

—¿No estás escuchándome? —exclamo con desesperación—. Me encuentro muy mal, papá, ¡necesito ir al médico!

Me da otro ataque de tos y mi padre espera tranquilamente a que se me pase para

volver a hablar.

—No tiene buena pinta esa tos —comenta como quien está hablando del clima.

—Por favor, papá, deja que siga en tu tarjeta de la seguridad social —le ruego—. De verdad que lo necesito...

—No tengo por qué pagarte nada ni incluirte en algo familiar cuando ya no formas parte de la familia, compréndelo.

—Pero la universidad me la estás pagando, ¿qué sentido tiene que...?

—Yo no estoy pagándote la universidad.

Siento que se me paraliza el corazón unos segundos.

—¿Cómo?

—Que yo no estoy pagando tu universidad desde enero —repite.

—Pero yo... Nadie me ha dicho nada...

—Pues infórmate bien, no vaya a ser que estés estudiando para los exámenes y luego no te dejen presentar siquiera. Bueno, ¿algo más?

—Pero estoy a punto de acabar y...

Parece que todo el esfuerzo que estoy haciendo desde el principio, no sirve de nada. Me siento inútil y sin fuerzas para seguir. Si ni siquiera voy a poder acabar la universidad, Ernest y yo no podremos irnos de aquí, y todo habrá sido para nada. Las lágrimas comienzan a rodar por mis mejillas, escociéndome a su paso. ¿Cómo voy a decírselo a Ernest? Va a quedarse hecho polvo, va a darse cuenta de que todo lo que está haciendo es para nada, y que podría estar en París viviendo como antes, sin tantos problemas como tiene ahora.

Estoy segura de que va a dejarme.

—Mira, Marta —dice mi padre, parece que dando por finalizada nuestra conversación—, cuando entres en razón y te olvides de ese Calçó, tu madre y yo estaremos muy felices de acogerte de nuevo en casa. Mientras tanto, ya te he dicho que como si tienes que pudrirte bajo un puente. Y ahora si me disculpas, tengo mucho que hacer. Buenos días.

—Pero papá, ¡soy tu hija! No puedes dejar que me...

Escucho que me ha colgado con la palabra en la boca. No me puedo creer que esto

esté pasando.

Y ahora, ¿qué hago?

Vuelvo a tener un ataque de tos por el esfuerzo de estar llorando. Lloro. Sigo llorando no sé ni siquiera por cuánto tiempo, cuando escucho que llaman a la puerta. Me levanto mientras me seco las lágrimas apresuradamente y una conocida voz me responde al otro lado.

—¿Fran? —pregunto al abrir la puerta—. ¿Qué haces tú aquí?

—¿Puedo pasar? —me dice, señalando el interior con la cabeza.

Me hago a un lado y dejo que pase, cerrando la puerta acto seguido.

—¿Cómo has sabido...?

—Mariona dijo que iba a traerte los apuntes y le dije que me diera tu dirección, que te los traería yo —echa un vistazo a su alrededor con rostro serio y luego me mira—. ¿Vivís ahora aquí?

—Bueno, sí... Es temporal hasta que...

Vuelvo a recordar que ahora ya no hay un *hasta que acabe la carrera* y muy a mi pesar, las lágrimas vuelven a brotar de manera incontrolada. Tapo mis ojos como si hubiera vuelto a la infancia y con ese gesto, nadie pudiera verme llorar. Fran me abraza con fuerza hasta que tengo otro ataque de tos y tengo que ir a la cama a tumbarme de nuevo para descansar. Él se sienta a mi lado, cogiéndome la mano y posando su otra mano en mi frente.

—Marta, ¿qué está sucediendo? Cada vez estás peor y ahora te encuentro llorando desconsoladamente. Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea. ¿Tienes problemas con Ernest? ¿Te ha hecho algo?

—¡No! —exclamo, molesta—. Él es maravilloso, no tiene que ver con eso.

—¿Entonces qué te ocurre?

Me tapa con la manta en cuanto me pongo a tiritar, y vuelve a coger mi mano entre las suyas.

—Mi padre me ha quitado de su cartilla de la seguridad social y necesito ir al médico.

—¿Cómo que te ha quitado?

—Me dio de baja. Y no me encuentro bien, tengo que ir al médico para que me dé medicinas y ya no sé qué hacer...

—¿Qué medicinas son? Puedo ir yo a por ellas si quieres.

—Son muy caras —le digo.

—¿Muy caras?

—Sí, unos cincuenta euros...

—Marta, eso no es caro. Dame la receta y voy ahora mismo a por ellas.

—Es que no tengo receta porque no puedo ir al médico sin tarjeta y...

Lloro con más fuerza al volver a explicar mi situación.

—¿No pueden atenderte por urgencias?

—Sí, pero las medicinas...

—Lo único que necesitas es la receta. Luego ya compro yo lo que necesites.

—No, Fran, no puedo dejar que...

—¿No te das cuenta de cómo estás, Marta? —me dice con desesperación, más aún que la mía—. Tienes unas horribles ojeras desde hace días, estás pálida, has adelgazado y esa tos no suena nada bien. Sigues con fiebre, por el amor de dios, ¿cuánto tiempo llevas con fiebre ya? ¿Tres semanas?

—Fran, cálmate... —le pido.

—No, ¡no me calmo! ¿Se puede saber por qué no me dejas ayudarte? ¡Necesito verte bien!

—Yo... Fran, yo no... Nosotros no...

¿Cómo explicarle?

—No quiero nada a cambio, si es a eso a lo que te refieres —se adelanta él con voz molesta—. Quiero verte bien, nada más. Así que ahora mismo vas a vestirte, nos vamos a ir a urgencias y voy a comprarte esas medicinas —mira hacia los lados, como buscando algo—. ¿Por qué en esta casa hace tanto frío?

—No lo sabemos. Ernest está llamando al casero para solucionarlo, pero no nos contesta —y añado—: Pero tenemos esta manta, y da mucho calor.

—Esa manta es de verano, Marta —parece realmente afectado por cómo me mira

—. Cuando salgamos del médico, pasamos a comprar una manta de invierno y un calefactor.

—Es que los calefactores gastan mucho y...

Él hace un gesto molesto, casi gritando en silencio.

—Cinco putas mantas vamos a comprar, ¿de acuerdo?

Me echo a reír por su desesperación. No tiene sentido, pero nunca le había visto así de enfadado.

—No tienes que hacer nada de esto —le digo.

—No puedo hacer otra cosa —contesta—. Y ahora, vamos. Te ayudo a cambiarte.

—No, puedo yo sola...

—Marta, no puedes casi ni moverte —y entendiendo, añade—: Ya te he visto desnuda antes.

—Sí, pero ahora es diferente...

Él me mira unos segundos y se levanta, yendo hacia el armario y cogiendo algo de ropa. Me la vuelve a traer a la cama.

—Te espero en la puerta —me dice—, pero si necesitas ayuda, dímelo, ¿entendido?



Asiento con una sonrisa y él parece dulcificar su gesto. Se gira hacia la puerta y sale de aquí, dejándome sola de nuevo.

—Neumonía —vuelve a repetir—. Tienes neumonía, ¿tú sabes lo que es eso?

—Me lo acaban de explicar. Sé lo que...

—No, no te haces una idea —me interrumpe para seguir desahogándose—. Una neumonía no es una tontería. Puede agravarse si no te cuidas y las consecuencias serían horribles, ¿entiendes?

Fran me tiene agarrada por la cintura para ayudarme a caminar mientras salimos de la farmacia. Ha comprado todas mis medicinas y está acompañándome a casa de nuevo. Yo estoy demasiado débil para discutir, así que me dejo llevar por él.

—Gracias por todo, Fran —le digo al llegar al portal—. No tenías que hacer todo esto y... No sé cómo agradecerte...

—Te repito que sólo quiero que estés bien.

Entramos al fin en casa y Fran me acompaña hasta la cama, en donde me tumbo suspirando de agotamiento.

—Fran, ¿tú sabes si podría examinarme aunque mi padre no me esté pagando la matrícula?

Él se gira desde la zona de la cocina en donde me estaba preparando las medicinas y se me queda mirando. Parece querer decirme algo, entreabriendo la boca, pero no parece convencido de ello así que la cierra y vuelve a abrirla para decirme creo que algo diferente.

—No, no lo sé.

—Tengo que acabar como sea la carrera este año.

—Yo podría ayudarte con eso también.

—¿Cómo?

Viene hacia mí con un vaso de agua y varias pastillas, sobres y jarabes.

—Podría pagarte la matrícula y...

—No, Fran, no podría permitir eso. Ni hablar.

—Tómate esto primero —me dice sin hacerme caso. Abro la boca y tomo la primera pastilla—. Así... Ahora el jarabe —mientras tomo el resto de medicinas, vuelve a hablarme—. Me lo podrías devolver con tu primer sueldo. Podría incluso hacer que entraras a trabajar a la EBU en cuanto acabaras en junio.

No me da tiempo a contestar. Escucho abrirse la puerta de casa y veo entrar a Ernest con unas bolsas en la mano, sonriente, hasta que ve a Fran a mi lado.

—Hola —dice secamente.

—Ernest, ¿qué tal? —le responde Fran en buen tono, extendiéndole la mano sin moverse de mi lado.

Ernest posa en la entrada las bolsas y le acepta el saludo, dándose la mano unos segundos.

—No sabía que ibas a tener visita —me dice a mí, viniendo a mi lado. En cuanto

ve que estoy vestida y todas esas medicinas que me rodean, me pregunta—: ¿Y esto?

—Fran me acompañó a urgencias y compró estas medicinas...

Ernest me mira primero a mí y luego a él. Parece dolido y derrotado, y de repente me siento mal por haber dejado que Fran hiciera todo esto por mí.

—Muchas gracias, Fran —le dice con sinceridad—. Te agradezco lo que has hecho por Marta.

—Iba a salir ahora a comprar unas mantas algo más calientes y...

—No hace falta —le corta Ernest—. He traído yo una manta de invierno que espero que sirva.

—Aquí hace demasiado frío y no es bueno que con la neumonía que Marta tiene... —protesta Fran.

—¿Tienes neumonía? —me pregunta ahora Ernest, girándose hacia mí con preocupación.

—No es nada en realidad —le digo, intentando quitarle importancia—. En cuanto me tome todas estas cosas, estoy segura de que voy a ponerme bien.

Sigue mirándome con angustia, creo que a punto de echarse a llorar. Acaricia mi mejilla, mientras que con la otra mano coge la mía y la aprieta con fuerza.

—Bueno, yo tengo que irme —nos dice Fran, levantándose—. Si necesitas cualquier otra cosa, no tienes más que avisarme —me recuerda.



Ernest se levanta también con él, acompañándole a la puerta. Yo cierro los ojos, agotada por el esfuerzo que he hecho hoy, y me quedo dormida en el acto.

Ernest

—¿Cuánto te debo por las medicinas? —le pregunto en cuanto estamos fuera.

—No pienso dejar que me des nada por ello —se queja molesto—. Haría cualquier

cosa por Marta, ya lo sabes.

—Te lo agradezco, pero quiero pagarte lo que...

—¿No te das cuenta de lo que le estás haciendo? —me dice de repente.

—¿Perdona?

—Estás matándola de forma literal, ¿es eso lo que quieres? ¿Si no es contigo, con nadie? ¿Eres de esos?

—Fran, creo que te estás pasando —le advierto—. Te agradezco lo que has hecho hoy por ella, pero no tienes derecho a...

—Tengo todo el derecho del mundo, porque yo sí que la quiero. Haría lo que fuera por ella, para mantenerla a salvo. Y tú la estás matando, física y mentalmente.

—No está enferma por mi culpa, ¿se puede saber por qué dices esas tonterías?

—Está enferma precisamente por tu culpa, por cómo tiene que vivir por estar contigo. Porque eres un ser egoísta que no se da cuenta del daño que le está haciendo a alguien como ella —me señala con el dedo de forma amenazante—. Si algo le pasa a Marta, será solamente culpa tuya.

—No va a pasarle nada. Nosotros estamos bien y...

Se ríe con sarcasmo.

—¿Estáis bien? —me dice—. ¿Eso crees? Cuando llegué, Marta estaba llorando desconsoladamente. ¿Crees que la estás haciendo feliz? —agita su cabeza con una sonrisa horrible—. Hay que estar muy ciego para no ver lo infeliz que es Marta. Ella está haciendo todo esto por ti, se está dejando morir, y tú no eres capaz de hacer nada por ella. Sólo piensas en retenerla a tu lado hasta la muerte. Eres un puto egoísta de mierda y no mereces tener a alguien como Marta a tu lado.

—Ni se te ocurra volver a decir algo así —le advierto, intentando calmarme para no reventarle a puñetazos aquí mismo—. Quiero a Marta más que a mi vida y no dejaría jamás que le pasara nada.

—¡Estás dejando que se muera, maldita sea, Ernest! ¿Sabes lo que me dijo el médico a solas? Si las condiciones en las que Marta vive no son óptimas, podría agravarse su neumonía y causarle incluso la muerte, ¡eso es lo que me dijo! ¿Escuchaste bien? ¡Puede morir! ¡Marta puede morir y a ti no te importa!

—¡Cállate, maldita sea! —le grito yo ahora para hacerle callar—. ¿Te piensas que

no estoy haciendo todo lo que puedo por hacer que esto funcione? Jamás vuelvas a decir que yo no quiero a Marta, porque sabes muy bien que eso no es cierto.

—Si tanto la quieres —me dice con calma, como si mis palabras no le afectaran en absoluto—, te acabarás dando cuenta de que a tu lado ella está sufriendo y te alejarás de ella antes de que sea demasiado tarde. Si cambias de idea y dejas que yo le ayude, llámame.

Se da media vuelta y sale del portal, dejándome hecho una auténtica mierda.



XXI

Marta

levo tiritando un día entero. O dos. O puede que más, no soy capaz de pensar con claridad. **L** Tiemblo de frío, o eso creo, aunque Ernest dice que es fiebre.

Hoy ni siquiera fue a trabajar. Está preocupado. Le escucho hablar por lo bajo con alguien por el móvil, mientras me pone un paño mojado en la frente cada poco, intentando que me baje la fiebre. Toso. Toso mucho. Las medicinas no me hacen nada y me duele demasiado el pecho; ni siquiera me atrevo a respirar. Cada vez que lo hago en profundidad, se me caen las lágrimas del dolor. ¿Por qué he tenido que ponerme enferma? ¿Por qué no he sido capaz de seguir adelante como Ernest, ser fuerte por él?

—Lo siento —le digo como puedo, agarrando su mano—. Siempre lo estropeo todo...

—Tú no has estropeado nada, noiava —me dice, con voz llorosa—. Es mi culpa. No tuve que ser tan egoísta. Tuve que pensar más en ti y no permitir que dejaras todo por mí. Yo...

Acerco mi mano a su mejilla, atrapando un par de lágrimas que caen de sus ojos en este momento.

—No tienes la culpa, yo...

Toso de nuevo, y él vuelve a llorar, desesperado.

—Tengo que llevarte al hospital —me dice levantándose y yendo al armario—. Ahora pido un taxi y...

—Pero no tenemos dinero para un taxi —le digo como puedo, bajando el tono para no volver a toser.

Sólo le escucho llorar como respuesta. Viene hacia mí con algo de ropa y comienza a ayudarme a vestirme.

—Fran tenía razón, maldita sea...

—¿Fran? —pregunto.

—Yo... Soy un puto egoísta, Marta. Tienes que perdonarme —se seca con la manga las lágrimas y sigue ayudándome a ponerme ahora el jersey—. Pero te prometo que vas a estar bien, ¿vale? Te vas a poner bien y vas a ser muy feliz.

—Ya soy feliz, Ernest...

—No, vas a serlo de verdad. Y vas a estar sana, y...

—Tenemos que volver a París —le digo.

—Para tu exposición —contesta sin dejar de llorar, aunque con una sonrisa en los labios.

—Quiero ir de picnic.

—Y a un buen restaurante —propone mientras me ayuda a incorporarme.

—Y para eso tienes que estar conmigo... —entonces recuerdo la maldita universidad y...—. No voy a poder acabar la carrera...

—Vas a acabarla, claro que sí, Marta.

Me levanta en brazos mientras habla por teléfono para pedir un taxi.

—No, mi padre... No voy a poder acabarla... Todo ha sido para nada...

—Marta, vas a ponerte bien, vas a acabar la carrera y si algún día me perdonas, nos casaremos y tendremos muchos hijos.

—¿Por qué lloras entonces?

—Porque te quiero demasiado y sé que debo dejarte ir.

Llora con amargura al decirme aquello, y yo no entiendo nada.

—Yo no quiero irme a ninguna parte...

—Claro que no, tú vas a quedarte y te juro que serás feliz. Vas a ser feliz, porque lo mereces más que nadie.

Salimos de casa a toda prisa. Él me lleva en brazos mientras me agarro a su cuello lo más fuerte que puedo. No me entero de cuándo hemos llegado al hospital, sólo me llega ese característico olor que todos los hospitales tienen y comienza a llegar gente y más gente que pregunta cientos de cosas que yo no soy capaz de responder. Escucho a Ernest hablar a mi lado, pero siento que alguien me arrastra en una camilla e intento incorporarme para buscarle.

—Ernest... —empiezo a decir. Nadie me hace caso y siguen alejándose de allí—.
¡Ernest!

He gritado tanto que vuelvo a toser. Intentan hacerme tumbar pero no quiero.
¿Dónde está Ernest?

—Estoy aquí noiava —escucho que me dice, cogiendo mi mano—. Ya estoy aquí, lo siento.

—No me dejes, por favor, no me dejes sola...

No me dejes...

Por favor, no me dejes...

—No voy a dejarte, tranquila. Ahora respira hondo, noiava —me va diciendo mientras alguien me coloca una mascarilla que huele a medicamentos y a mar.

Respiro. Cojo aire y, aunque al principio me cuesta y vuelvo a toser, me voy calmando mientras Ernest acaricia mi mano y respira conmigo. Está más tranquilo que hace un rato, y eso me tranquiliza. Han colocado mi camilla a un lado del pasillo y no deja de pasar gente a nuestro alrededor, unos corriendo, otros gritando.

—Ya me encuentro mejor —le digo a través de la mascarilla, intentando quitármela.

—No, déjatala puesta —me pide con dulzura, colocando la goma correctamente para que no me haga daño.

—Pero ya respiro mejor —me quejo—. Y quiero un beso.

Me sonrío tristemente. Me separa la mascarilla el tiempo justo como para darme un beso. Quiere hacerlo breve pero yo lo alargo todo lo que puedo, haciéndole sonreír más.

—Ahora quédate con la mascarilla un rato más, ¿entendido? —me dice volviendo a colocármela.

—Sí, profe —contesto, sabiendo que le gusta que le llame así—. Tengo sueño...

—Es por el medicamento y porque llevas días sin dormir por no poder respirar bien. Puedes dormirte si quieres.

—Pero no te vayas —le pido de nuevo, agarrando su mano.

Él acaricia mi pelo con la otra mano y besa mi frente. Sus ojos vuelven a enrojecerse y no entiendo por qué. Parece tan triste... Ya le he dicho que me encuentro mejor, ¿qué le sucede ahora?

—Nunca me iré de tu lado, noiava.

—¿Lo prometes?

—Molt i sempre, ¿recuerdas?

Me tapa con la fina sábana de hospital que me han colocado por encima al llegar a urgencias y saca mi móvil de su bolsillo.

—¿Qué es lo que...?

Empiezo a escuchar nuestra canción. Me mira y me sonrío, colocando el móvil junto a mí, al lado de la almohada.

—Voy a pedir que nos den una habitación, ¿de acuerdo? —me dice. Intuyendo cuál va a ser mi respuesta, se adelanta—. Sólo será un momento. Estaré justo detrás de ti, en el mostrador que hay a pocos pasos de aquí.

Suelto poco a poco su mano, agarrando el móvil en el que suena nuestra canción. Dejo que se vaya pero siento un gran vacío en cuanto desaparece de mi vista. Me acurruco en esta pequeña camilla y me concentro en la música, la misma que escuché la primera vez que vi a Ernest en aquel vagón. Estaba tan guapo ese día... Parecía alegre, feliz, seguro de sí mismo. Me sonreía de tal forma que me enamoré al instante y por siempre de aquel chico de azul; de sus ojos, de su manera de caminar; de esos brazos que quise al instante que me abrazaran.

Me pesan los párpados y cierro los ojos escuchando la melodía con la que conocí a Ernest, la que sonaba también la primera vez que hicimos el amor; la que siempre sonará en mi cabeza de manera inevitable.



Ernest

—Gracias por venir. Ella está en el pasillo, allí enfrente, pero no hay habitaciones libres y...

Fran frunce el ceño, claramente molesto por el caos que hay en urgencias en este hospital.

—Hay que sacarla de aquí —me dice sin moverse todavía de la entrada.

—Por eso te he llamado. Yo no... —respiro hondo, porque todo lo que va a venir a continuación va a ser muy duro—. Yo no puedo llevarla a un hospital privado y ella necesita atención urgente.

—Has hecho bien en llamarme —responde, palmeando mi hombro sin dejar de mirar la camilla de Marta, en donde sigue acurrucada en torno a su móvil.

—Hay más, Fran —me mira sorprendido y prosigo—. Ella no puede seguir así. Aunque ahora se reponga, tendrá que salir del hospital y... No tengo medios para asegurarle un alojamiento decente, ni la medicación adecuada, ni siquiera una buena alimentación. Yo no puedo y...

Froto mis ojos, tratando de no volver a llorar. No delante de él.

—¿Qué quieres decirme? —pregunta con seriedad.

—He llamado a sus padres. Están de camino. En cuanto ellos vengán, yo voy a tener que irme incluso del país para que accedan a pagar los costes médicos, pero tengo miedo de que le pase algo.

—¿Por qué...? ¿Qué iba a pasarle?

—Su padre... Por favor, tienes que prometer que en cuanto yo me vaya, tú no vas a separarte de ella.

—Ernest, vamos a ver... —parece algo perdido con lo que estoy diciéndole—. ¿Me estás diciendo que vas a irte del país y quieres que yo cuide de Marta? ¿Vas a dejarla?

—No voy a... —maldita sea...—. No puedo hacer otra cosa. Ella no va a estar bien si yo no...

—¿Por qué ibas a tener que irte incluso del país? —pregunta ahora.

—Es complicado, pero...

—Y, ¿por qué tienes miedo de que le pase algo? Se quedaría con sus padres, no es algo que...

—Fran, están a punto de llegar y no tengo tiempo, ¿de acuerdo? —le digo con desesperación—. Es muy importante que ella no se quede en su casa. Tiene que quedarse contigo, no con ellos. Promete que vas a cuidar de ella para que nada le pase.

Me mira todavía perplejo durante unos segundos. No creo que logre entender por qué le he llamado a él precisamente para algo así. Pero sé que, a pesar de todo, él no dejaría que nada le pasase. He visto cómo la mira, cómo habla con ella y las cosas que hace para que Marta esté bien. Sé que todavía la quiere y si yo tengo que dejar el país, no puedo confiar en nadie más para asegurarme de que ella esté a salvo.

—Muy bien, estaré con ella —dice al fin.

Asiento, lleno de dolor.

—Quiero despedirme, ¿nos dejas un momento a solas?

Él asiente a su vez, cruzándose de brazos en modo espera. Me acerco a Marta, que sigue escuchando en bucle nuestra canción con los ojos cerrados. Acaricio su sedoso pelo y su mejilla, intentando memorizar cada minúscula sensación junto a ella, algo que a partir de hoy solamente quedará en el recuerdo.

—Mmm...

—Marta... —le susurro casi al oído—. Noiava...

Abre lentamente los ojos y vislumbro una sonrisa apagada por la mascarilla que todavía lleva puesta.

—¿Conseguiste habitación? —pregunta agarrando mi mano suavemente.

—Sí —le medio miento—. En un rato van a llevarte a una buena habitación.

—¿Te quedarás conmigo?

¿Por qué todo tiene que ser tan doloroso?

—Molt i sempre, noiava.

Vuelve a sonreír y de nuevo cierra los ojos. Beso su frente, casi clavando mis labios en ella. No sé si algún día podrá perdonarme lo que voy a hacer. Sé que ella no quiere que me vaya, quiere quedarse conmigo y no con Fran. Pero para salvarle la vida, tengo que dejarla.

Maldita sea... Ni siquiera sé si yo mismo podré perdonármelo.

—¿Qué cojones haces todavía aquí?

Me giro en cuanto escucho ese tono agrio detrás de mí. Es Jordi, que acaba de llegar a nuestro lado junto a su mujer y Fran.

—Me estaba despidiendo, nada más —respondo en bajo para no volver a despertar a Marta y que no tenga que presenciar algo así.

—Lárgate de aquí de una puta vez —me dice su padre—. Ya bastante daño le has hecho. Has estado a punto de matarla, maldito niño Calçó.

—No se confunda —le digo, enfrentándome a él, sabiendo que ya nada tengo que perder porque yo mismo he declarado mi derrota—. Ha sido usted el que echó de casa a su propia hija, el que dejó de pagarle la universidad, el que le dio de baja en su seguro médico aunque ella estaba enferma. Es usted el que quiso que su propia hija muriera antes que pudiera estar con un Calçó. ¿Acaso le traía recuerdos del pasado?

Recibo una inesperada bofetada como respuesta, pero ni siquiera duele.

—Lárgate del país y no vuelvas a ponerte en contacto con mi hija jamás —me dice con una calma que da miedo—. Ya has visto que puedo ser capaz de cualquier cosa.

Veo a Fran sorprendido con todo lo que está presenciando. Espero que haya sido suficiente como para que se haya propuesto en firme no separarse de ella. Me giro hacia Marta por última vez y separo mi mano de la suya. Ella parece quejarse pero no opone resistencia. Acaricio una vez más su frente y su pelo, y mis dedos quedan atados a ese tacto de por vida.

Sin pronunciar palabra, me alejo de allí, dejando la mejor parte de mi ser junto a Marta.

Y mis lágrimas parecen brotar del mismísimo infierno al que me dirijo al separarme de ella.



Epílogo

Marzo, 1992

veces tu peor enemigo es quien considerabas tu mayor apoyo. Y Silvia estaba viviendo esto **A** en sus propias carnes.

Hacía tiempo que Carles y ella vivían juntos y felices. La familia parecía aceptar por fin su relación, o al menos soportaban el hecho de no haberse casado con Jordi.

Tenían un hijo, Ernest. Era el niño más bueno y más hermoso de Barcelona, hecho que no solamente destacaban sus propios padres, sino también todos cuantos conocían a ese niño rubio de ojos pequeños y adorables, con sus buenos modales y un carácter extrovertido y alegre.

Era un niño feliz en una familia feliz.

Jordi había apoyado a Silvia y a Carles como ningún otro. Se había comportado como un buen amigo, aceptando su derrota. Para el pequeño Ernest, Jordi era como su tío, con el que jugaba y se reía a carcajadas. Siempre que Jordi llegaba a casa, Ernest gritaba de emoción y se echaba en sus brazos, esperando que comenzara la diversión.

Todo parecía ir bien, pero a veces esa especie de calma en los acontecimientos es

la que da paso a la terrible tempestad.

Hoy Jordi había llegado cuando Ernest estaba todavía durmiendo la siesta. Carles seguía en el trabajo, así que Jordi y Silvia decidieron esperar a que llegara mientras se tomaban un café.

—El pequeño trasto hoy no aparece —comenta Jordi mirando hacia los lados, dejando la taza medio vacía encima de la mesa.

—Deja que descanse —le pide Silvia con tono agotado—. Tiene tanta energía que a veces da miedo.

Ambos se ríen al hablar del pequeño Ernest.

—Es extraño no tenerlo trepando por mi espalda.

—Creo que de mayor podría ser corredor de maratón o...

—Recuerda que quiere ser como [Stoichkov](#) —le dice Jordi a Silvia, mencionando al jugador de fútbol favorito de Ernest esa temporada del club culé.

Ella le hace un gesto de desgana.

—Ni me menciones a ese chico —le dice—. Ernie me tiene todas las paredes desconchadas por los balonazos que da. No tiene ni dos años y...

—Habrá que celebrar su cumpleaños por todo lo alto —comenta ahora Jordi, acomodándose en el sofá.

—El tío Jordi está orgulloso de que su Ernie cumpla años el día de su santo... —canturrea Silvia con una sonrisa, echándose también hacia atrás.

—Reconoce que lo hiciste por mí.

Ella ríe con esa pequeña broma que tanto le gusta hacer.

—Habrá que salir a celebrarlo, sí —contesta sencillamente—. Podrías traer a esa chica y así nos la presentas.

—¿Mercè? Todavía llevamos poco tiempo —le dice, reticente.

—Hace medio año que estáis juntos; no es poco tiempo.

—La verdad es que puede que le pida que se case conmigo.

—¡Vaya! —exclama Silvia con verdadera felicidad—. Eso sería maravilloso, Jordi. Ahora sí que vas a tener que presentárnosla.

Jordi sonríe con incomodidad.

—Se lo comentaré —promete.

—Le diré a Carles que haga la reserva para uno más.

—El pequeño de la casa se va haciendo mayor —comenta ahora él, con un suspiro cansado.

—Jordi, que tiene dos años...

Él sonríe, frotándose el pelo con una mano y atrapando un mechón de Silvia entre sus dedos. Es una manía que tiene desde que eran novios y sigue conservándola, aunque a Carles no le gusta en absoluto, pero él y Silvia ni siquiera se dan cuenta cuando eso sucede. Para ellos es algo natural, sin ninguna otra connotación.

—Debiste llamarle también Jordi.

Silvia se echa a reír, pero es reprendida por su amigo, que le recuerda que su hijo duerme en la habitación de al lado.

—Tienes unas cosas... —le contesta al fin.

—Me hubiera hecho ilusión —reconoce Jordi.

— No te gusta el nombre de Ernest?

—Me gusta todo lo que t  elijas.

Jordi no ha pensado decir esa frase. Simplemente, le ha salido de esa forma. Es entonces cuando Silvia se da cuenta de lo cerca que est n ambos; Jordi casi est  susurr ndole al oído. Intenta levantarse pero éste coge su mano, tirando de ella hacia abajo para que vuelva a sentarse.

—Voy a ver qué tal est  Ernie —le dice Silvia para irse de all  cuanto antes.

Y es que su intuición le está pidiendo a gritos que coja a su hijo y huya cuanto antes de all .

—Deja que el niño duerma,  qu  prisa tienes por despertarle?

—Jordi, por favor... —le pide, desviando la vista hasta su mano, la cual ahora él acaricia.

—Antes esto te gustaba —comenta él—. Te relajaba. Y hace tiempo que te veo demasiado estresada. Si estuvieras conmigo, no tendr as que trabajar más de maestra.

—Me gusta mi trabajo —responde ella—. Y por favor, suéltame, Jordi.

Intenta mantener la calma pero su tono nervioso la delata frente a él. Y eso es algo que a Jordi siempre le ha excitado, no entiende por qué.

—¿No extrañas nada de cuando estábamos juntos? —pregunta él sobre el cuello de Silvia.

—Estoy casada, Jordi, ¿recuerdas? Y tú hace meses que tienes pareja... —le dice separando su cuerpo un palmo del de Jordi, pero al parecer, no lo suficiente para él, que vuelve a acercarse.

—¿Nunca te preguntas si te equivocaste al elegir a Carles? Puede que yo sea mejor amante.

—Jordi, se acabó —le corta Silvia—. Sal ahora mismo de mi...

No puede ni terminar la frase. Jordi ha agarrado a Silvia por la nuca y está besándola como antes hacía, con pasión contenida.

Pero ella no reacciona como solía hacer. Le separa de un empujón y la bofetada que le da, resuena en su ego con demasiada fuerza. Jordi agarra las manos de su ex novia y las coloca en la espalda de ésta. Ella se queja; forcejea. Es un placer ver que en esta ocasión es él quien tiene el control, no como cuando Carles y ella decidieron darle una puñalada en la espalda.

Ahora mismo es él quien manda sobre Silvia; como siempre debería ser.

—Creo que me debes algo por todo lo que estoy haciendo por vosotros —le dice al oído, mordisqueando la oreja de una aterrorizada Silvia.

—Jordi, por favor, déjame —le ruega ella con lágrimas en los ojos, sabiendo de sobra a lo que éste se refiere—. Ernie puede salir en cualquier momento y...

—Entonces más te vale no hacer mucho ruido o puede que el tío Jordi tenga que enseñar al pequeño Ernie modales.

La sangre se le congela a Silvia, no pudiendo creer que este hombre sea el mismo que momentos antes estaba tranquilamente tomando un café con ella.

—Si te vas ahora, te prometo que... —intenta negociar ahora.

Pero Jordi sabe bien lo que quiere, y se lo demuestra colando una mano por dentro de su falda hasta alcanzar aquel lugar que nunca pudo antes. Algo en su cerebro se ha desconectado hace rato, pero se encuentra a gusto en esta situación. Él esperó años por ella

y merece una compensación.

—Te prometo que va a gustarte —intenta tranquilizarle, besando su cuello—. Puede que incluso quieras darle a Ernest un hermanito con el que pueda jugar...

Siente temblar sus dedos cuando por fin separa la ropa interior que le cubre a Silvia aquel desconocido lugar para él; no para Carles. Maldito Carles. Era su amigo, pero se acabó llevando a su chica.

¡Era suya!

La rabia se apodera de él y es Silvia quien lo paga. Se coloca sobre ella con brusquedad. La ve llorar en silencio. Por lo visto, amenazarle con su hijo fue una buena idea.

—¿Tito Jordi?

Una dulce y asustada voz de niño se escucha en el salón, frente a ellos.

—¡Cariño, vuelve a tu habitación! —ruega su madre, temiendo que Jordi pague con su hijo aquella interrupción.

—¿Por qué estás haciendo llorar a mamá? —le pregunta Ernest sin amedrentarse.

Camina con decisión de adulto hacia ellos, arrastrando un peluche de oso más grande que él mismo.

Jordi en ese instante parece reaccionar. Su cerebro vuelve a conectarse y se levanta del sofá, dejando libre a Silvia, la cual se echa a correr hacia su hijo, sin importarle las veces que tropieza para llegar hasta él. Lo abraza y llora con rabia y dolor. Su amigo, el que era su gran amigo, acaba de hacer algo que jamás podrá olvidar y que lo cambiará todo. Y Jordi también lo sabe.

Comienza a alejarse de ambos, con pasos cortos, caminando hacia atrás.

—Dios mío, perdóname... —repite una y otra vez, no sabe bien si a Silvia, a Ernest o al propio Dios—. Dios mío, dios mío, perdóname. Yo...

—¡Vete! —grita Silvia sin soltar a su hijo—. ¡Lárgate o será Carles quien te eche!

Silvia grita con desesperación. Grita y sigue aferrándose a lo más bonito de su vida, a su luz y su fuerza, a su pequeño Ernie, que observa la escena sin entender del todo lo que sucede. Sólo sabe que su tío Jordi estaba haciendo daño a su mamá. Ella llora, y Ernest nunca la ha visto llorar, ni gritar. Y eso le hace daño. Tiene un nudo en la garganta que no le deja respirar. No llora. Siente que tiene que mantenerse fuerte, como si su tío

estuviera corriendo ahora mismo hacia la puerta precisamente por la forma en la que está mirándole. De repente ya no es un niño, sino un pequeño adulto que ha perdido la inocencia. Acaba de desarrollar un miedo atroz a ver sufrir a su madre, la figura más importante para un niño de su edad.

De aquel día Ernest no recordará gran cosa en el futuro. Sólo le quedará una sensación de pánico, un saber que debe ser fuerte ante cualquier circunstancia. Siempre arrastrará una gran losa que va a recordarle que, en cualquier momento, un ser querido puede ser atacado. Pero él, sea de la forma que sea, siempre podrá derrotar al enemigo.

Pero quién sabe qué sucedería si un día, por cualquier circunstancia, el pánico volviera a aparecer y Ernest no dispusiera de esas necesarias herramientas para salvar a ese ser querido. Puede que todo el pánico infantil surgiera de nuevo y las consecuencias fueran imprevisibles, hundiendo a Ernest hasta un abismo que habría cavado él mismo durante años de olvido, del que sería casi imposible salir.

Silvia sabe todo esto sin necesitar reflexionar sobre ello, y sólo reza para que Ernest no tenga que volver a vivir algo parecido.

Dios no quiera poner de nuevo a prueba a su pequeño.

[1] Un cuerpo de seguridad de la policía de la Generalitat de Cataluña.

[2] En catalán. Su traducción al castellano sería *horno* o también *panadería*. A veces hay forns que tienen otros productos de pastelería y supermercado, que es a lo que Ernest se refiere.

[3] En catalán. Su traducción al castellano sería *Te quiero, mucho y siempre*, una frase que en sí misma no tiene mucho significado salvo para la original Marta.

[4] En catalán. Su traducción al castellano sería *escucha*.

[5] Universidad privada de Barcelona.

[6] En catalán. Su traducción al castellano sería *Plaza Universidad*.

[7] Las siglas de ASD significan Acción Social y Democracia.

[8] En catalán. Su traducción al castellano sería *gracias*.

[9] En catalán. Su traducción sería *te quiero tanto*.